



**UNIVERSIDAD MICHOACANA DE
SAN NICOLÁS DE HIDALGO**
FACULTAD DE PSICOLOGÍA
MAESTRÍA EN ESTUDIOS PSICOANALÍTICOS



***LA VIOLENCIA ESTRUCTURAL Y LA CONCEPCIÓN DEL
SUJETO EN EL PSICOANÁLISIS LACANIANO***

TESIS

QUE PARA OBTENER EL GRADO DE
MAESTRO EN ESTUDIOS PSICOANALÍTICOS

PRESENTA:

LIC. CARLOS ALEJANDRO FERNÁNDEZ ENRÍQUEZ

DIRECTOR: DR. DAVID PAVÓN-CUÉLLAR
CO-ASESOR: MARIO OROZCO GUZMÁN

MORELIA, MICHOACÁN: MARZO, 2024

CONTENIDO

Introducción	7
Capítulo I: Violencia estructural y psicoanálisis	15
1.1 De lo propio de la experiencia de la explotación a lo impropio de la estructura violenta	15
1.2 La violencia de la explotación capitalista y psicoanálisis.....	18
1.3 Perspectivas sobre la relación entre el patriarcado y el capitalismo: violencia estructural y opresión de género	27
1.4 El anarquismo como respuesta a la violencia estructural del capitalismo	30
1.5 La colonización eurocéntrica en América y la continuidad de la dominación mediante la raza y el capitalismo.....	35
Capítulo II: Revisión conceptual de las aproximaciones teóricas lacanianas a la violencia estructural	39
2.1 La relación entre lenguaje, racismo y violencia estructural según Fanon	39
2.2 La violencia simbólica del capitalismo: el análisis de Safatle sobre el régimen disciplinario y la normalización en la producción capitalista.....	43
2.3 Reflexiones sobre la subjetividad y la adaptación al sistema capitalista en la perspectiva crítica lacaniana de Parker.....	45
2.4 Reflexiones sobre la relación entre el concepto de sujeto y el discurso capitalista en la obra de Jorge Alemán.	49

2.5 La vida de condominio y la violencia estructural en la obra de Christian Dunker: una perspectiva crítica sobre la gestión de la vida en el capitalismo	52
2.6 De lo real de la vida y el goce, a la identificación con significante y el deseo.....	56
2.7 La violencia estructural como expresión del Capital.....	70
Capítulo III: Análisis conceptual de los posibles vínculos entre concepción del sujeto y violencia estructural.....	77
3.1 Construcción de la violencia estructural	77
3.2.- El psicoanálisis contra el poder, la opresión, explotación, colonización y el patriarcado.	79
3.3.- El sujeto y la violencia estructural.....	81
3.4.- Movimiento dialéctico en conceptos psicoanalíticos a partir de la violencia estructural	85
Conclusiones.....	95
Trabajos citados	104

RESUMEN

El principal objetivo de la presente tesis es el análisis de las implicaciones teóricas del concepto lacaniano de sujeto en relación con la violencia estructural. Para ello, se exploran diversas perspectivas teóricas provenientes de más de trece nacionalidades que se han dedicado al estudio de la violencia estructural a través de la óptica del psicoanálisis lacaniano.

En los mencionados estudios sobre la violencia estructural, se identifican y problematizan sus principales manifestaciones, que incluyen la explotación capitalista, la opresión de género y la dominación colonial. Estas condiciones se comprenden como elementos que penetran y trascienden la subjetividad, y no simplemente como factores externos puramente sociales que permanecen distantes e inconexos. El estudio se divide en tres capítulos. En el primer capítulo, se examinan distintas corrientes teóricas que definen los elementos de la violencia estructural, desde el marxismo, el anarquismo, la teoría de género y el decolonialismo. El segundo capítulo se centra en las aproximaciones teóricas lacanianas a la violencia estructural, analizando el papel del lenguaje, el racismo, la violencia simbólica, la subjetividad y la adaptación al sistema capitalista. Se exploran también las contribuciones de autores lacanianos y en relación con dichos factores. En el tercer capítulo, se realiza un análisis conceptual de los posibles vínculos entre la concepción del sujeto y la violencia estructural, investigando aspectos como la construcción de la violencia estructural, el papel del psicoanálisis en la lucha contra el poder, la opresión, la explotación, la colonización y el patriarcado, y la dialéctica de los conceptos psicoanalíticos en relación con la violencia estructural. Esta investigación aspira a contribuir a la construcción del concepto de violencia estructural, mediante la revisión y discusión de trabajos individuales y colectivos que demuestran un alto compromiso con la precisión conceptual, el pensamiento crítico y las causas sociales. El objetivo no es solamente reafirmar y revitalizar el poder liberador del psicoanálisis al vincularlo con la violencia estructural, sino también promover una reflexión crítica sobre el propio psicoanálisis y sus conceptos fundamentales. Al examinar la violencia estructural desde una perspectiva psicoanalítica, se busca ofrecer una visión amplia que considere diferentes enfoques de la desigualdad y la injusticia en la sociedad contemporánea, teniendo en cuenta la materialidad de la subjetividad.

Palabras clave: psicoanálisis, violencia estructural, sujeto, capitalismo, pensamiento crítico.

ABSTRACT

The main objective of this thesis is the analysis of the theoretical implications of Lacan's concept of the subject in relation to structural violence. To this end, various theoretical perspectives from more than thirteen nationalities dedicated to the study of structural violence through the lens of Lacanian psychoanalysis are explored.

In the aforementioned studies on structural violence, its main manifestations, which include capitalist exploitation, gender oppression, and colonial domination, are identified and problematized. These conditions are understood as elements that penetrate and transcend subjectivity, and not simply as purely external social factors that remain distant and disconnected. The study is divided into three chapters. The first chapter examines different theoretical currents that define the elements of structural violence, from Marxism, anarchism, gender theory, and decolonialism. The second chapter focuses on Lacanian theoretical approaches to structural violence, analyzing the role of language, racism, symbolic violence, subjectivity, and adaptation to the capitalist system. Contributions from Lacanian authors and in relation to these factors are also explored. In the third chapter, a conceptual analysis is carried out of the possible links between the conception of the subject and structural violence, investigating aspects such as the construction of structural violence, the role of psychoanalysis in the struggle against power, oppression, exploitation, colonization, and patriarchy, and the dialectics of psychoanalytic concepts in relation to structural violence.

This research aspires to contribute to the construction of the concept of structural violence, by reviewing and discussing individual and collective works that demonstrate a high commitment to conceptual precision, critical thinking, and social causes. The aim is not only to reaffirm and revitalize the liberating power of psychoanalysis by linking it with structural violence, but also to promote critical reflection on psychoanalysis itself and its fundamental concepts. By examining structural violence from a psychoanalytic perspective, the intention is to offer a broad vision that considers different approaches to inequality and injustice in contemporary society, taking into account the materiality of subjectivity.

Keywords: psychoanalysis, structural violence, subject, capitalism, critical thinking.

INTRODUCCIÓN

Desde que Freud fundó el psicoanálisis, su principal objetivo ha sido liberar al sujeto de diferentes formas de opresión intersubjetiva que jerarquizan los vínculos sociales, familiares y personales. Asimismo, el psicoanálisis busca liberar los deseos reprimidos del sujeto y romper con los patrones de repetición que le causan experiencias subjetivas dolorosas. Es decir, el psicoanálisis desde siempre ha puesto su atención en la liberación del sujeto tanto a nivel subjetivo como intersubjetivo pues se reconoce desde el propio psicoanálisis que la liberación del sujeto corresponde una no disociación de la materialidad social, económica, política y cultural, respecto de la materialidad subjetiva.

Durante más de un siglo, el principio liberador del psicoanálisis ha sido objeto de interés por diversas tradiciones de escuelas de pensamiento crítico. En este trabajo, se analizan varios trabajos de autores que cuestionan categorías de inspiración crítica que se enmarcan en la categoría general de violencia estructural. Estas categorías incluyen la explotación capitalista, la opresión de género y raza, la dominación colonial, la marginación y otras.

A este respecto, es importante considerar que el presente trabajo se centra en el análisis de trabajos de orientación lacaniana, seleccionados específicamente por su reciente publicación. Es importante tener en cuenta que estas limitaciones en la selección de los trabajos estudiados tienen como objetivo reducir la amplitud de la variedad de enfoques y perspectivas sobre el tema de la violencia estructural.

De esta manera, en el presente trabajo se analiza la violencia estructural desde la perspectiva del psicoanálisis lacaniano, con el objetivo general de reflexionar sobre las implicaciones teóricas del análisis del concepto de sujeto en relación con la violencia estructural. Para alcanzar este objetivo, se han establecido tres objetivos específicos: 1) examinar trabajos recientes sobre la violencia estructural en relación con la concepción del sujeto, 2) analizar los vínculos conceptuales entre la violencia estructural y la concepción del sujeto, y 3) reflexionar sobre las posibles repercusiones conceptuales al relacionar la concepción del sujeto con la violencia estructural. Los objetivos establecidos tienen como propósito responder a la pregunta de investigación central del presente trabajo: ¿Cuáles podrían ser las implicaciones teóricas de analizar el concepto de sujeto a partir de las teorías de la violencia estructural?

La metodología elegida para dirigir el análisis teórico en este proyecto de investigación es la metodología teórica, la cual implica un enfoque minucioso en la formulación del problema teórico, su posterior investigación a través de la revisión de la bibliografía seleccionada, el análisis conceptual de los principales conceptos recogidos de los diversos trabajos, y finalmente, la presentación de los resultados basados en consecuencias lógicas derivadas de la relación conceptual establecida.

En esta investigación teórica se examinan y analizan tres capítulos que, en conjunto, abarcan un total de trece subsecciones. Estos capítulos tratan diversas perspectivas críticas y recopilan trabajos de más de trece nacionalidades distintas. Cabe destacar que la estructura de este estudio se divide en dos bloques principales.

El primer bloque corresponde al primer capítulo, en el cual se exploran cuatro corrientes diferentes que definen los elementos que, según el presente trabajo, constituyen la violencia estructural. Este capítulo incluye a varios autores clásicos con el objetivo de obtener una definición del concepto de violencia estructural a partir de las tradiciones de pensamiento del marxismo, anarquismo, teoría de género y el decolonialismo. Por otro lado, el segundo bloque abarca el segundo y tercer capítulo, en los cuales se seleccionan autores que comparten no solo una perspectiva crítica, sino también un amplio conocimiento del psicoanálisis lacaniano. Esto permite establecer conexiones lógicas entre la violencia estructural y los conceptos del psicoanálisis lacaniano.

De manera general, el principal objetivo de la presente investigación es analizar la relación entre la violencia estructural, en sus diversas manifestaciones, y su influencia en la formación del sujeto y su subjetividad. Asimismo, se examina cómo esta violencia contribuye a la reproducción y legitimación de sistemas de opresión y explotación. Este enfoque se desarrolla a lo largo del estudio de la siguiente manera:

En el Capítulo I, se abordan diferentes perspectivas teóricas que han estudiado la violencia estructural en relación con el psicoanálisis, incluyendo el análisis de la explotación capitalista, la opresión de género, el anarquismo como respuesta a la violencia estructural del capitalismo y la dominación colonial eurocéntrica en América.

El Capítulo II se centra en las aproximaciones teóricas lacanianas a la violencia estructural, examinando el papel del lenguaje, el racismo, la violencia simbólica, la subjetividad y la adaptación al sistema capitalista. Se exploran también las contribuciones de

varios autores lacanianos y poslacanianos que han abordado estas cuestiones desde diferentes ángulos.

Finalmente, en el Capítulo III, se realiza un análisis conceptual de los posibles vínculos entre la concepción del sujeto y la violencia estructural. Se investigan aspectos como la construcción de la violencia estructural, el papel del psicoanálisis en la lucha contra el poder, la opresión, la explotación, la colonización y el patriarcado, y la dialéctica de los conceptos psicoanalíticos en relación con la violencia estructural.

Esta investigación pretende contribuir al debate académico y a la comprensión de cómo la violencia estructural afecta la vida y la subjetividad de los individuos, y cómo el psicoanálisis puede ofrecer herramientas críticas para analizar y desafiar estos sistemas opresivos. Al examinar la violencia estructural desde una perspectiva psicoanalítica, se espera ofrecer una visión amplia que incluya diferentes autores cuyos enfoques de la desigualdad y la injusticia en la sociedad contemporánea consideran la materialidad de la subjetividad.

Antecedentes

Los antecedentes históricos de este trabajo se pueden rastrear en distintos momentos y contextos que han contribuido al desarrollo de las ideas y conceptos relacionados con la violencia estructural, el psicoanálisis y las diversas teorías críticas. Es crucial mencionar que el siguiente recorrido panorámico abarca tradiciones de pensamiento y autores que presentan divergencias entre sí y que, a lo largo de su actividad intelectual, experimentaron sus propios cambios. Asimismo, es importante destacar que los antecedentes mencionados constituyen solo una parte de la inspiración que se puede encontrar en el desarrollo de la presente tesis, pero no son englobados en su totalidad. Los antecedentes pueden dividirse en varias etapas:

1. Siglo XIX: Auge del pensamiento crítico y la teoría marxista. Durante el siglo XIX, Karl Marx y Friedrich Engels formularon la teoría del materialismo histórico y una profunda crítica al capitalismo. Sus emblemáticas obras, "El Capital" y "El Manifiesto Comunista", establecieron las bases para analizar la explotación y la alienación laboral dentro del sistema capitalista, así como las relaciones de poder y opresión existentes en la sociedad. El revolucionario concepto del plusvalor, aportado por ellos, resulta esencial para cualquier corriente de pensamiento, ya que

su ausencia podría dar lugar a imprecisiones conceptuales y a luchas políticas desorientadas.

2. Mediados del siglo XX: Desarrollo de la teoría crítica y la Escuela de Fráncfort. La Escuela de Fráncfort, con teóricos como Theodor Adorno, Max Horkheimer y Herbert Marcuse, Erich Fromm, desarrollaron la teoría crítica, combinando la teoría marxista con la teoría freudiana para analizar las dinámicas de poder, opresión y alienación en la sociedad capitalista. Estos pensadores se centraron en la influencia de la cultura y la ideología en la reproducción de la violencia estructural y la dominación.

Durante este periodo de tiempo, también se hicieron interesantes aportaciones desde la tradición freudomarxista, en la cuales autores como Wilhelm Reich Psicoanalista desarrolló teorías sobre la relación entre la sexualidad, la represión y la política. Examinó cómo la represión sexual y la estructura familiar autoritaria pueden contribuir a la violencia estructural y la dominación en la sociedad, y propuso la necesidad de liberar la energía sexual y cambiar las estructuras sociales para superar la opresión.

Por otro lado, Georges Politzer fue un filósofo marxista y psicólogo, quien también elaboró trabajos críticos en los que aplicó ideas de Freud al análisis de la ideología y la política. Afirmó que la psicología debe ser entendida en el contexto de las relaciones sociales y económicas y que las estructuras de poder y opresión pueden ser desentrañadas a través de un enfoque materialista dialéctico. Resaltó también la capacidad del caso por caso empleado por el psicoanálisis para abordar la verdad del sujeto.

Otro interesante pensador del psicoanálisis es el educador austriaco de Siegfried Bernfeld, pionero en la promoción de la integración entre las teorías freudianas y marxistas, especialmente en el campo de la educación y la pedagogía. Su enfoque interdisciplinario abogaba por abordar las dimensiones psicológicas y sociales en la formación de los individuos, destacando la importancia de un aprendizaje consciente y crítico. Bernfeld consideraba que el análisis combinado de estos dos marcos teóricos podía contribuir significativamente al desarrollo de métodos educativos más justos y

equitativos, así como al fortalecimiento del pensamiento crítico en las generaciones futuras.

Por su parte, Otto Fenichel fue un destacado psicoanalista austriaco y representante de la segunda generación de psicoanalistas freudianos, Fenichel fue un ferviente defensor del freudomarxismo y se dedicó a explorar la relación entre la política y la psicología. En obras como *Problemas de la psicología del proletariado*, Fenichel examinó cómo las condiciones socioeconómicas y las luchas de clases influyen en la subjetividad humana y en la dinámica de los grupos sociales. Su enfoque interdisciplinario proporcionó una perspectiva innovadora para entender las motivaciones, conflictos y deseos individuales y colectivos en el contexto de un sistema capitalista. A través de sus escritos, Fenichel enriqueció el campo del psicoanálisis y contribuyó a un entendimiento más profundo de la interacción entre los fenómenos políticos y psicológicos en la sociedad.

3. Década de 1960: Emergencia del feminismo y los estudios de género. El movimiento feminista y los estudios de género surgieron en la década de 1960, cuestionando las estructuras patriarcales de poder y opresión. Autores como Simone de Beauvoir, Betty Friedan y Kate Millett analizaron cómo el género se construye socialmente y cómo afecta la formación del sujeto y las relaciones de poder. Estas teorías proporcionaron una base importante para analizar la relación estructural del capitalismo y el patriarcado en la violencia estructural.
4. Décadas de 1960 y 1970: Pensamiento anticolonial y poscolonial. El pensamiento anticolonial y poscolonial surgió en respuesta a la dominación colonial y neocolonial en el mundo. Autores como Frantz Fanon, Aimé Césaire y Edward Said analizaron cómo la colonización y la dominación eurocéntrica influyen en la formación del sujeto y perpetúan la violencia estructural a través de la opresión racial y cultural.
5. Jacques Lacan, un psicoanalista francés, quien leyó minuciosamente el pensamiento de Freud para reinterpretarlo y formular su propia lectura de la teoría freudiana a través de su enfoque en el lenguaje y el inconsciente como estructura. Sus ideas influyeron en la teoría crítica y en campos como la filosofía, la política y los estudios culturales. Lacan propuso conceptos como el "Otro" y el "discurso del amo", plus-de-goce, entre otros, que permitieron un análisis más profundo de la subjetividad, la

teoría del sujeto, la alienación y las relaciones de poder. La obra de Lacan fue desarrollada y aplicada a la filosofía por autores como Slavoj Žižek, Louis Althusser y Ernesto Laclau.

6. Década de 1980 en adelante: Estudios culturales y teoría queer. Los estudios culturales surgieron como un enfoque interdisciplinario para analizar la cultura y la sociedad, enfocándose en la producción y la reproducción de significados y representaciones. Teóricos como Stuart Hall, Raymond Williams y Paul Gilroy abordaron temas como la identidad, la raza, el género y la clase, y cómo estos factores influyen en la violencia estructural y la opresión. Paralelamente, la teoría queer se vió enriquecida a través de retomar el pensamiento de a Michel Foucault que se haya presente en autoras como Eve Kosofsky Sedgwick y Judith Butler, quienes examinan las construcciones sociales de la sexualidad y cómo las normas sexuales y de género cuya rigidez pueden perpetuar la violencia y la exclusión de las minorías y las radicales diferencias presentes en todos los sujetos.
7. Década de 1990 en adelante: Estudios decoloniales y crítica poscapitalista. Los estudios decoloniales, con teóricos como Aníbal Quijano, Walter Dignolo y María Lugones, se centraron en desentrañar las estructuras de poder y opresión heredadas del colonialismo y en buscar alternativas al pensamiento eurocéntrico. Estas teorías analizan cómo la raza, el género y la clase se entrelazan con la violencia estructural y la dominación en un contexto global. Además, las críticas poscapitalistas, como el anarquismo y el comunismo, han buscado alternativas al capitalismo y han analizado cómo la resistencia y la transformación social pueden desafiar y superar la violencia estructural.

Estos antecedentes históricos han influido en la formación del índice y los conceptos analizados en el trabajo presentado. La comprensión de la violencia estructural y su relación con el capitalismo, el patriarcado, la colonización y la subjetividad se ha enriquecido y ampliado a lo largo de los años, gracias a las contribuciones de diferentes teorías y enfoques. Estos antecedentes proporcionan un marco sólido para analizar y comprender la complejidad de la violencia estructural y sus múltiples manifestaciones en la sociedad contemporánea. Cabe recordar que tal amplitud de tradiciones y autores,

requirió de un acotamiento aplicado a la presente tesis y previamente descritos al inicio de la introducción.

Metodología

Para llevar a cabo esta investigación, se emplea el enfoque teórico con el propósito de analizar la construcción de conceptos, categorías, sistemas teóricos y lógicos vinculados a la "violencia estructural" (Galtung, 2003), los cuales han sido estudiados por diversos autores previamente. Al examinar cada conjunto de conceptos dentro del marco lógico de cada autor, se podrán identificar similitudes y diferencias en los fundamentos y principios que sustentan cada perspectiva teórica analizada. El enfoque seleccionado nos permitirá indagar en la esencia del objeto de estudio, es decir, los conceptos relacionados con la violencia estructural, en conexión con el campo del psicoanálisis lacaniano.

Para realizar esta tarea, es necesario seleccionar los conceptos asociados a la violencia estructural, clasificarlos, compararlos, analizarlos, efectuar abstracciones necesarias para sintetizar las características conceptuales y señalar posibles relaciones o rupturas fundamentales entre los trabajos de los autores. Algunas de las principales etapas a desarrollar en esta investigación teórica son:

Formulación del problema

El objeto de estudio de este trabajo de investigación son las implicaciones teóricas que emergen de la relación entre dos categorías teóricas: la violencia estructural y la concepción del sujeto desde el psicoanálisis lacaniano. Dada la amplitud de ambas categorías, será preciso realizar un análisis meticuloso para identificar los elementos teóricos más relevantes de cada una. Este proceso de delimitación se llevará a cabo en la introducción del trabajo, donde se proporcionarán las definiciones de ambas categorías según diferentes autores, se explicarán los motivos para considerar ambas categorías y se describirá la forma en que se pretende vincular categorías provenientes de distintas áreas del conocimiento.

Revisión bibliográfica

En la segunda etapa de la investigación, se realizará una búsqueda bibliográfica exhaustiva de autores que hayan trabajado con las categorías de la violencia estructural y los conceptos

del psicoanálisis lacaniano, identificados previamente. Esta revisión de literatura servirá para reunir un acervo teórico amplio y sólido que permita llevar a cabo el análisis conceptual. La organización de los trabajos de los diferentes autores se realizará en función de su aparición histórica. El primer capítulo ofrecerá una visión general de las cuatro perspectivas teóricas que han adquirido relevancia en diversos trabajos contemporáneos: marxismo, feminismo, anarquismo y decolonialismo, discutidos a partir de los conceptos del psicoanálisis lacaniano. Mientras que el segundo capítulo se centrará en una revisión bibliográfica de trabajos que aborden las concepciones de la violencia estructural y sus efectos en el sujeto.

Análisis de elementos que conforman el problema

En la tercera fase de la investigación, se realizará un análisis minucioso de las distintas propuestas conceptuales de los autores incluidos en la revisión bibliográfica. El objetivo de este análisis es examinar los sistemas lógicos y conceptuales de las propuestas que vinculan la violencia estructural y sus efectos en el sujeto. La finalidad de esta revisión es extraer, de cada perspectiva, un planteamiento central que aborde de forma crítica la violencia estructural y sus consecuencias en el sujeto.

Formulación de los principales hallazgos finales de la investigación

Tras la revisión bibliográfica y el análisis de los sistemas lógicos presentes en las concepciones de los sistemas teóricos examinados, se elaborará una propuesta conceptual que explore posibles reformulaciones de la concepción del sujeto en el psicoanálisis en el contexto de la violencia estructural. El propósito de esta propuesta es brindar una perspectiva que permita comprender cómo la violencia estructural puede influir en la constitución del sujeto y cómo abordar este fenómeno desde el enfoque del psicoanálisis lacaniano.

CAPÍTULO I: VIOLENCIA ESTRUCTURAL Y PSICOANÁLISIS

1.1 De lo propio de la experiencia de la explotación a lo impropio de la estructura

violenta

En este primer capítulo, se abordan cuatro perspectivas que han estudiado la violencia estructural, categoría acuñada por Johan Galtung a finales de los años 60. Se ofrece una breve introducción panorámica a esta categoría, seguida de un análisis de las perspectivas conceptuales sobre la violencia en la teoría marxista, feminista, anarquista y decolonialista, que serán discutidas en relación a conceptos de la teoría psicoanalítica. Es importante destacar que cada una de estas perspectivas es amplia y diversa, lo que impide hablar de tradiciones homogéneas y lineales. Cada tradición es tan extensa que resulta imposible abarcarla en su totalidad.

Cada una de estas perspectivas tiene como punto de confluencia la idea de que las condiciones que someten a los sujetos se asemejan a fuerzas impersonales que se encuentran en puntos sistémicos que deben ser señalados. Por tanto, el propósito del presente trabajo es resaltar estas fuerzas implicadas en las concepciones de violencia estructural en las diferentes visiones conceptuales de abordaje. Aunque se reduce cada perspectiva mencionada a una revisión panorámica, se considera que estas revisiones sirven como base teórica para realizar análisis conceptuales generales en capítulos posteriores.

Comencemos recordando algunas consideraciones de Galtung (2003) sobre la violencia estructural. En primer lugar, es importante señalar que tanto la violencia directa como la violencia indirecta se alimentan de una violencia más general, la cual es la violencia cultural. Es necesario distinguir al menos tres elementos diferentes de violencia: en primer lugar, la violencia cultural, que nutre y da legitimidad a la violencia estructural como proceso; en segundo lugar, la violencia estructural en sí misma, entendida como un proceso; y en tercer lugar, la violencia directa, que se entiende fenomenológicamente como un acto represivo.

Para Galtung (2003), la violencia cultural se compone de elementos simbólicos como la religión, ideología, lengua y arte, así como las ciencias empíricas y formales como la lógica y la matemática. Según Galtung, estos elementos culturales pueden convertirse en violencia

estructural si son utilizados para justificar o legitimar la violencia directa o indirecta. Es importante destacar que la violencia cultural es una forma de violencia más general que nutre y da legitimación a otras formas de violencia, y que se trata de un proceso que puede tener efectos duraderos en la sociedad.

Es necesario destacar que tanto la violencia directa como la violencia estructural pueden ser letales y activas. La violencia directa es eficaz en términos de los actos represivos del Estado, mientras que la violencia estructural mata sistemáticamente a la gente a través de la hambruna o la falta de atención médica, por ejemplo. Ambas formas de violencia están respaldadas por la legitimación cultural que busca la aceptación social.

Es importante destacar que la violencia estructural no solo es un error del sistema cultural que puede ser corregido por el propio sistema, sino que cumple una función central en la explotación de ciertos grupos por parte de las clases privilegiadas. Estas clases obtienen ventajas políticas, económicas y sociales a partir de la interacción en la estructura, lo que resulta en un intercambio desigual.

En este sentido, en la interacción en la estructura existen dos posibles resultados basados en la explotación: la explotación A y la explotación B. La explotación A implica que aquellos que se encuentran en una posición desfavorable pueden llegar a tener un futuro limitado a la mortalidad producida por el hambre, la fatiga extrema y la falta de atención médica. Por su parte, la explotación B se refiere a un estado permanente de pobreza, malnutrición y enfermedad, en el que la vida se reduce a una forma moderna de esclavitud agónica.

La violencia estructural es una forma de dominación y sometimiento que permite la extracción de fuerza de trabajo y de lo producido por ella, lo que la convierte en una herramienta fundamental para la explotación. Además, la violencia mediada se legitima a través de un dispositivo cultural que permite su perpetuación. Para hablar de violencia estructural en los términos de Galtung, es necesario considerar cuatro elementos constitutivos de la estructura que tienen como objetivo la consecución del principio de explotación. Es importante destacar que estos cuatro elementos deben impedir las condiciones entrópicas para la estructura misma como efecto primordial.

La estructura se auto perpetúa a través de un bucle de violencia y explotación que busca extraer riqueza a costa de la opresión y dominación de ciertos grupos sociales. Para lograr esto, la estructura se protege a sí misma a través de sus propios elementos y busca evitar

cualquier tipo de movimiento social que busque romper con este ciclo de explotación y violencia. En este sentido, la falta de organización y unidad entre los grupos sociales afectados por la estructura es un obstáculo para la lucha contra la violencia estructural y la construcción de una sociedad más justa e igualitaria.

Los cuatro elementos generales mínimos de la estructura violenta consideran una jerarquización binaria:

1.- La penetración: se refiere al proceso de implantación por parte de los dominantes, en el interior de las personas dominadas. Los de arriba penetran en los de abajo en el sentido de establecer una unidireccionalidad en el flujo de información, ideología, pautas sociales, etc.

2.- La segunda condición debe ser combinada con la primera condición, se trata de la segmentación, que consiste en proporcionar a la parte de abajo, una visión muy parcial y limitada de lo que ocurre sustancialmente en la realidad constituyente en cuanto a las operaciones y los fines de la estructura. Ejemplos de esto podría ser la distribución de las riquezas producidas en el seno de las relaciones de la estructura, el ejercicio de la política, finalidades de la ideología, etc.

3.-El tercer elemento es la marginación: que como su nombre lo indica, consiste en dejar fuera a la parte inferior no de la estructura en sí, sino respecto a los beneficios que la estructura otorga a los de arriba.

4.- La cuarta condición es la fragmentación. Se trata de mantener a los de la parte de abajo suficientemente separados entre sí. Desde luego no se habla de una separación en los términos de distancia que pueda existir entre los oprimidos, pues podrían estar a escasos centímetros entre sí y aun así no desarrollar acciones que atentasen contra la estructura que los ordena, que los piensa y que los explota; sino que se trata de mantener a los de abajo alejados entre sí respecto a la causa que los mantiene en la parte de inferior de la estructura.

La violencia estructural, como lo plantea Galtung (2003), es un concepto que nos permite reflexionar sobre cómo ciertos elementos sistémicos presentes en la cultura pueden generar condiciones desiguales y opresivas que afectan la vida de las personas. Esta violencia cultural se organiza de manera estructural para generar una distribución desigual del trabajo y las riquezas, así como la miseria y la decadencia, y se legitima mediante dispositivos culturales.

Las condiciones impuestas por la violencia estructural afectan la subjetividad del sujeto, quien se ve obligado a adaptarse a estas condiciones opresivas para sobrevivir. Por lo tanto,

es importante reconocer que la violencia estructural no es un error del sistema, sino que tiene una funcionalidad en la explotación y en la perpetuación de las desigualdades sociales. Es necesario cuestionar y transformar estos sistemas opresivos para lograr una sociedad más justa y equitativa.

1.2 La violencia de la explotación capitalista y psicoanálisis

En el diálogo que se establecerá entre las conceptualizaciones sobre la violencia estructural en Galtung y el marxismo, se identificarán algunos conceptos clave como la explotación capitalista, la alienación de la conciencia y otros que serán desarrollados en este mismo análisis. A su vez, se problematizarán estos conceptos con algunos provenientes de la teoría psicoanalítica, como el gran Otro simbólico, la pulsión de muerte, el sujeto del significante y la alienación.

En ambos enfoques, tanto en el de Galtung (2003) como en el de Marx, la violencia estructural se corresponde con una visión sistémica del capitalismo como sistema que tiene como objetivo la explotación de la fuerza de trabajo como fuente de generación de riqueza. De esta forma, el sistema en sí mismo es el que se encarga de garantizar la distribución desigual a través de sus diversos elementos.

Tanto en Marx como en Galtung, se observa una concepción vertical de la estructura, donde en Galtung se compone por los de arriba y los de abajo, y en Marx se establece la dicotomía entre la burguesía y el proletariado. Ambos autores consideran al sistema capitalista como beligerante por su uso de la violencia como medio para explotar la fuerza de trabajo. Por otro lado, en el psicoanálisis de Lacan, no se aprecia una concepción vertical de la estructura, sino más bien una conceptualización que agrupa cuatro elementos que pueden rotar de forma covariante en cuatro distintos lugares, dando lugar a cuatro discursos diferentes, que son formas de vínculo social. Según Lacan (1972), estos discursos tienen por función el establecimiento del “lazo social” (p.40).

Comencemos revisando algunas reflexiones presentes en el marxismo que se relacionan con lo que actualmente se conoce como violencia estructural. Una de las primeras conceptualizaciones sobre violencia estructural que podemos encontrar en Marx y Engels (1848/2011) se encuentra en el *Manifiesto del Partido Comunista*, donde se destaca la violencia presente en la estructura social, originada por la distribución desigual de recursos

y denunciada por la "lucha de clases" entre "opresores y oprimidos", resultado de la explotación del sistema capitalista (p. 1). Leer a Marx desde la perspectiva de la violencia estructural implica entender la "explotación capitalista" como un elemento central en la organización de la sociedad.

La explotación es una forma de violencia estructural que determina la distribución de roles y posiciones en la sociedad. Esta violencia estructural tiene su origen en las condiciones materiales de producción y en el mercado, que reducen a los sujetos a objetos a ser explotados. En el marxismo, la explotación se comprende como una consecuencia histórica de las condiciones materiales de producción que determinan la posición que el sujeto debe ocupar en la sociedad.

Las condiciones materiales de producción determinan las formas que el ser histórico del sujeto debe asumir. Esta condición se puede apreciar en las tres formas históricas de producción: esclavista, feudal y capitalista, las cuales determinan las circunstancias en las que el sujeto puede existir en la estructura social. En este sentido, la estructura de producción y las relaciones sociales que se derivan de ella, moldean la identidad y las posibilidades de acción de los individuos que forman parte de una sociedad determinada.

¿Cómo es que la violencia de la explotación en Marx se vuelve “insensible” en los términos de la violencia estructural en Galtung? La violencia estructural de la explotación se vuelve insensible para el sujeto a través del concepto del “plus-valor” en la teoría marxista. El asalariado produce mercancías mediante su trabajo en un tiempo determinado por la jornada laboral. El tiempo de trabajo invertido para producir una mercancía es lo que le da el valor a la mercancía producida.

El concepto de plus-valor es fundamental en la teoría marxista, ya que se basa en la existencia de un tiempo de trabajo no remunerado durante la jornada laboral del asalariado. Este tiempo de trabajo es la fuente del excedente de valor que genera la producción y que es apropiado por los dueños de los medios de producción, la burguesía. Este excedente de valor es utilizado para la acumulación de capital y la inversión en la adquisición de bienes activos, lo que permite que el sistema capitalista siga funcionando y expandiéndose. Es decir, el plus-valor es el resultado de la explotación de los trabajadores, que trabajan más allá de lo necesario para producir su propio salario y generan ganancias para los dueños de los medios de producción.

El concepto de plus-valor en la teoría marxista revela que el funcionamiento del sistema capitalista se basa en la acumulación del capital obtenido a través de la explotación de la fuerza de trabajo. Esta acumulación permite la compra de los medios de producción, que se convierten en propiedad privada del capitalista. La lógica de acaparar los medios de producción es la condición que garantiza la reproducción de las condiciones de explotación y opresión del dinero sobre la fuerza de trabajo (Woods, 1996). De esta manera, el sistema capitalista se sostiene en la violencia estructural del robo sistemático de plus-valor.

El concepto de plus-valor es fundamental en la teoría marxista, ya que no solo pone de manifiesto el robo estructural en el que se basa el sistema capitalista, sino que también evidencia cómo este robo está oculto detrás de sus elementos. Para Marx, la elaboración teórica del plus-valor era necesaria para denunciar el encubrimiento del acaparamiento del plus-valor que mantiene a la burguesía en su posición dominante. Además, el concepto de plus-valor permite identificar quiénes son los sujetos que pueden poseer y acumular este valor agregado y quiénes son los despojados de él (la burguesía en el primer caso y el proletariado en el segundo). En definitiva, la elaboración teórica del plus-valor y la comprensión de la lucha de clases son dos aspectos estrechamente relacionados en la teoría marxista.

En la teoría marxista, el plus-valor es un concepto fundamental que permite entender la naturaleza de la explotación en el sistema capitalista. La explotación, entendida como la apropiación por parte de la burguesía del trabajo no remunerado del proletariado, es un fenómeno estructural que se encuentra en el corazón del funcionamiento del capitalismo. Esta violencia estructural, en términos de Galtung, implica la dominación, sometimiento y alienación de los sujetos al sistema.

Es importante destacar que el concepto de plus-valor no solo permite comprender la explotación, sino que también evidencia el ocultamiento que se produce en torno a esta. La teoría marxista sostiene que el capitalismo se sostiene sobre la acumulación de plus-valor y la propiedad privada de los medios de producción, lo que garantiza la reproducción de las condiciones de explotación y opresión de la fuerza de trabajo.

En la tradición marxista-leninista, se sostiene que la violencia de la explotación en la estructura capitalista está asegurada por la legitimación del aparato burocrático gubernamental del Estado. En su conferencia *Acerca del Estado* (1919), Lenin enfatiza que

la esencia de este aparato radica en su capacidad de "aplicar sistemáticamente la violencia y someter a los hombres a dicha violencia. Este aparato es lo que se llama Estado" (p.141).

La violencia de la explotación, a pesar de ser un elemento fundamental en la estructura social capitalista, a menudo se vuelve insensible y estructural, y se disemina a través de la ideología que se difunde a través de las leyes, el discurso político, las disposiciones jurídicas, la conciencia aburguesada y los aparatos gubernamentales, como la educación, la religión, los medios de comunicación y el arte (Galtung, 2003).

En la perspectiva marxista de la violencia en la sociedad capitalista, se reconoce que no solo se legitima el uso de la violencia por parte del Estado, sino que ésta es una presencia constante y multidimensional en la vida de la clase oprimida. Esta violencia permanente se manifiesta en distintos ámbitos como lo son el económico, ideológico, cultural y laboral. Asimismo, se conceptualiza la explotación como un proceso continuo que implica no solo circunstancias cotidianas, sino también condiciones estructurales subyacentes. En este sentido, se da prioridad a la comprensión de los procesos constitutivos de lo cotidiano, de manera que se pueda entender cómo los procesos de subjetivación son el efecto de las condiciones económicas, políticas, jurídicas y culturales

La relación entre la violencia del Estado y el psicoanálisis no es ajena. En este sentido, se podría afirmar que Freud (1915/2012), en el contexto del capitalismo industrial de la Primera Guerra Mundial, señaló que la apariencia de una sociedad altamente civilizada dependía de la represión de la violencia de los sujetos que la conforman, con el objetivo de que el Estado sea el único autorizado para ejercer la violencia, la injusticia y la dominación.

Freud (1915/2012) sostiene que el funcionamiento violento del Estado no es un evento ocasional ni un probable error, y que el Estado no tiene interés en la eliminación de la violencia, sino que, por el contrario, "pretende monopolizarla como a la sal y al tabaco". Según Freud, "el Estado beligerante se dedica a todas las injusticias y violencias que infamarían a los individuos" (p. 281).

Por supuesto, Freud no parece considerar que la violencia del Estado sea exclusiva del momento histórico capitalista, pero es innegable que él reflexiona en su contexto histórico. Parece estar más inclinado a reflexionar sobre la violencia como un factor intrínseco de cualquier sociedad organizada, donde la violencia se ramifica en la violencia objetiva presente en la organización del Estado y la violencia subjetiva en las instancias psíquicas.

En su obra *Yo y el ello* (1923/2011), Freud plantea que la cultura y la sociedad organizada demandan del individuo la internalización de la violencia hacia sí mismo a través del superyó, una instancia psíquica represora encargada de censurar y sancionar cualquier intención de satisfacción pulsional del ello. Esta exigencia cultural hace que el sujeto experimente sus satisfacciones pulsionales como culposas, limitando su capacidad de goce y aumentando su sensación de insatisfacción. De este modo, el superyó se convierte en una vía violenta de aculturación del sujeto, ejerciendo una violencia psicológica que lo somete a las normas y valores de una sociedad que exige la renuncia a los instintos más básicos del ser humano.

Mientras que para el psicoanálisis la violencia es vista como un malestar intrínseco en el funcionamiento de la sociedad, con el objetivo de controlar y limitar las pulsiones del individuo, el marxismo se enfoca en la violencia económica y estructural que surge de la explotación capitalista y la acumulación de plus-valor. En este sentido, la violencia marxista no se justifica como una forma de proteger al sujeto de sí mismo, sino que se enfoca en el análisis crítico de las estructuras y relaciones de poder que perpetúan la explotación y opresión de la clase trabajadora.

La concepción del sujeto desde la perspectiva de la violencia estructural contrasta con la tendencia a la neutralidad que se refleja en el planteamiento del concepto de sujeto en el psicoanálisis. Freud (1923/2011) identifica lo humano dentro de una relación permanente con la destrucción, expresada en la concepción de la pulsión de muerte, que se encarga de “reconducir al ser vivo orgánico al estado inerte” (p.41). En este sentido, la violencia intrínseca en el sujeto se encuentra en tensión con la construcción social del mismo y la estructura social que lo contiene, donde la violencia estructural juega un papel fundamental en la forma en que se desarrolla y expresa la violencia en la sociedad.

Es importante reconocer que analizar al sujeto en psicoanálisis desde la perspectiva de la violencia estructural capitalista pone en cuestión la tendencia a la neutralidad del psicoanálisis. En este trabajo, se adopta la postura de considerar al sujeto como un efecto de las acciones de la estructura violenta. Aunque el descubrimiento de Freud acerca de la relación humana con la pulsión de muerte sigue siendo relevante, es necesario explorarlo en el contexto histórico del capitalismo.

Según Lacan (1956/2009), el sujeto es fundamentalmente un ser del lenguaje y está sujeto a sus leyes. En psicoanálisis, el ser se refiere al vínculo que el sujeto tiene con el campo del

gran Otro simbólico. La compleja concepción lacaniana del ser, destaca el estatuto simbólico-cultural que tiene la categoría del sujeto, al mismo tiempo que se define el campo Simbólico al que el sujeto está alienado. Sin embargo, debido a lo Real, el sujeto no es totalmente un ser del lenguaje, ya que hay una parte de él que escapa a la alienación simbólica. En otras palabras, el sujeto no logra ser solo lenguaje, sino que hay una insuficiencia en él que se manifiesta como un corte en el lenguaje.

La entrada del sujeto en el lenguaje implica dejar atrás la agresividad, la destrucción y la barbarie para convertirse en un ser del lenguaje y la cultura. Sin embargo, el sujeto no se identifica completamente ni con el lenguaje ni con la cultura. En su lugar, el sujeto busca identificarse con ellos a través de dos recursos que tiene a su disposición: el ideal del yo, que es fundamentalmente simbólico, y el yo ideal, que es fundamentalmente imaginario.

Siguiendo a Lacan (1965), podemos afirmar que el sujeto en psicoanálisis es una negatividad que ocupa un lugar en el discurso, en la estructura del amo (s_1-s_2). Para conceptualizar al sujeto, Lacan utiliza la figura topológica de la banda de Möbius. Esta banda se encuentra en el centro de una superficie que mantiene soldadas dos superficies en una sola y en continuidad. Si se corta el centro de la banda, se modifica su propiedad, surgiendo una superficie con dos caras (como la del toro). La banda de Möbius es, por lo tanto, el corte mismo.

Según Lacan (1965), el sujeto es el efecto del corte en el discurso del amo, que destruye el ordenamiento imperante en la cadena (s_1-s_2) que solía estar soldada en infinita continuidad. Esta condición habilita la vacuidad original en el sujeto para el surgimiento de nuevos ordenamientos y leyes significantes. Para Lacan, el sujeto se encuentra alienado al deseo como deseo del gran Otro, pero el deseo no se reduce a su entera y permanente alienación (Lacan, 1958). En este sentido, el sujeto en Lacan es un ser de negatividad, que se caracteriza por su capacidad de romper con el orden establecido y abrir la posibilidad de nuevas formas de significación. La banda de Möbius, figura topológica utilizada por Lacan, ilustra esta noción de corte y vacuidad en el sujeto. Al cortar el centro de la banda, se produce un cambio en sus propiedades y surge una superficie con dos caras distintas, lo que sugiere que el sujeto es un ser que se encuentra en constante transformación y movimiento.

Podría plantearse que la categoría de sujeto es el resultado del discurso de la violencia estructural capitalista, que tiene su núcleo en la explotación, lo que a su vez implica que el

deseo del sujeto está alienado y determinado por las leyes significantes de la explotación. La violencia estructural que se encuentra en la base de la explotación es el lugar donde el gran Otro simbólico habita. Sin embargo, también se podría argumentar que el discurso de la violencia de la explotación que el gran Otro articula no es suficiente para comprender plenamente la complejidad del sujeto, ya que representa una categoría subversiva que desafía la lógica del poder.

La violencia estructural, como proceso mediado, ha sido reflexionada por Bourdieu (2000) en su concepción de la violencia simbólica, la cual reside principalmente en el campo simbólico. Esta forma de violencia es fundamental para la explotación capitalista, ya que no sólo la legitima, sino que también permite la comprensión, distribución y reconocimiento de las pautas necesarias para la explotación. Es precisamente por esto que la violencia simbólica es tan insidiosa, pues se naturaliza y se internaliza en los sujetos, quienes llegan a aceptar y reproducir las relaciones de dominación sin cuestionarlas.

Este dispositivo simbólico violento es compatible con la violencia estructural denunciada por el marxismo, ya que hace referencia a las fuerzas colectivas y no a la individualidad. En su obra *El Capital* (2008), Marx advierte desde el prólogo sobre la importancia de la lucha de clases como posibilidad para crear una fuerza colectiva organizada por las clases obreras, asalariadas y campesinas, con el fin de combatir las condiciones de producción de mercancías aisladas, la ideología burguesa que promueve la asimilación de sus propios intereses, la cultura que pondera al mercado capitalista por encima de cualquier otro factor, así como el órgano del Estado que legitima y asegura la reproducción de las condiciones capitalistas.

Las condiciones opresivas son constituidas por medios que estructuran la vida cotidiana en su conjunto. Estas fuerzas no pertenecen a un individuo en particular, sino que forman parte de un sistema en el que lo impropio de las fuerzas reguladoras del mercado afecta directamente la vida cotidiana en un nivel inmediato.

Es evidente que dentro del sistema capitalista, existen múltiples formas de violencia. Un ejemplo de ello es la fetichización del trabajo humano, en donde la vida humana es reducida a un objeto con valor de cambio. Esto se logra a través del valor que adquiere una mercancía debido al trabajo humano invertido en ella. Sin embargo, lo preocupante del asunto es el carácter privado en que se desarrolla el trabajo humano.

Existen al menos dos formas principales implicadas en la fetichización de la mercancía. En primer lugar, el trabajo humano aplicado dentro de las condiciones de la producción capitalista está velado y destinado a la explotación masiva, lo que resulta en la opresión de la clase trabajadora y la producción de riqueza privada. En segundo lugar, la riqueza privada lleva la marca del robo del capitalista a la clase trabajadora en el momento en que se produce el plus-valor. Ambas formas de fetichización contribuyen a la opresión de las masas y a la desigualdad económica en el sistema capitalista.

Es cierto que el trabajo humano ha sido un agente productor del valor de la mercancía a lo largo de la historia. Sin embargo, es en el capitalismo donde se produce un cambio en la producción de mercancías, ya que se convierte en un producto del trabajo social. En tiempos anteriores, los hombres trabajaban para producir objetos que satisfacían las necesidades de otros hombres. En este sentido, el trabajo de cualquier persona se enfocaba en cubrir necesidades sociales en lugar de ser un medio para generar ganancias privadas.

En el pasado, los objetos producidos en condiciones de trabajo social eran intercambiados en el mercado para satisfacer las necesidades de los hombres en lo particular. Este proceso de intercambio tenía lugar en el marco de una economía basada en la producción para la satisfacción de necesidades sociales. Sin embargo, en el capitalismo, las condiciones de producción pasan a ser de carácter privado, lo que implica que los objetos producidos se convierten en mercancías con valor de cambio en el mercado, y su valor ya no está determinado por la satisfacción de necesidades sociales, sino por la competencia entre productores y la maximización de la ganancia privada.

Todo trabajo invertido en la producción de mercancías en el capitalismo no tiene como fin satisfacer las necesidades de otros, sino generar plus-valor para que el burgués pueda acumular riqueza a expensas del trabajo no remunerado del trabajador. Es decir, la vida humana se reduce a una mera cosa (mercancía) para generar riqueza.

El mercado y sus mercancías ocupan así un lugar preponderante sobre la vida humana. Marx (2008) advertía el carácter "endemoniado" de la mercancía, que se desvincula de su creador cuando su valor se muestra como independiente del tiempo de trabajo humano aplicado, y en cambio se presenta como una cualidad naturalmente inherente a la mercancía misma (p. 87).

Debido a la cualidad del valor de las mercancías, cuando entran al mercado, aparentemente se prestan a un puro ejercicio de valores de cambio, lo que oculta la relación entre los trabajos humanos que se intercambian. El fetichismo de las mercancías implica que no solo se intercambia el valor de cambio de la mercancía en sí, sino también el trabajo humano invertido en ella, reduciendo a las personas a meros objetos.

En este sentido, Kohan (2015) resalta la preeminencia de los objetos como entidades que regulan la vida de los sujetos debido al carácter fetichista implicado en el mercado capitalista. El dinero, por ser la mercancía privilegiada con valor de cambio por excelencia, deviene la máxima expresión de valor, mientras que lo humano pierde toda valorización. Marx (2008) señala que la mercancía se vuelve "endemoniada" cuando su valor se muestra como independiente del trabajo humano aplicado, ocultando la relación entre el trabajo y la mercancía en sí misma (p. 87).

Por otro lado, la fetichización del mercado se extiende también al plus-valor, ya que una proporción del tiempo de trabajo de la jornada laboral no remunerado es lo que permite el incremento de la riqueza capitalista, tal como se ha señalado anteriormente. En este sentido, Kohan (2015) destaca que lo que se socializa en el mercado capitalista no son solo cosas, sino también personas, a través del intercambio de mercancías.

Si lo humano se ve obligado a ocupar el lugar de cosa en el mercado, entonces no es que carezca de valor, sino que su valor se reduce al de una cosa. Los sujetos se valoran como objetos. La cuestión de cómo el mercado logra ejercer un control tan determinante sobre los sujetos es fundamental para entender cómo se consigue aumentar el plus-valor a costa de la explotación humana.

Respecto a las fuerzas del mercado que se superponen sobre la posición subordinada de los sujetos, Pavón-Cuéllar (2010) sostiene, desde su perspectiva marxista-lacaniana, que el sistema capitalista está subordinado al gran Otro del sistema simbólico, siendo esta una condición indispensable de la cultura humana. En consecuencia, los sujetos permanecen alienados al deseo del Otro, que es aquel que los sujetos asumen como propio al integrarse en la cultura. El deseo del Otro se dirige hacia los objetos que el mercado produce mediante la explotación de la fuerza de trabajo, y es así como los sujetos trabajan no solo para producir riqueza para el sistema mediante la intercambio de plusvalía, sino que también se ejecuta

trabajo para producir mercancías que permiten a los sujetos adquirir otras mercancías deseadas a través de su salario.

La alienación del deseo del sujeto se produce a través de una transmutación del plus-de-gozar, que se utiliza para producir riqueza en el sistema económico mediante la generación de plus-valor y la consiguiente alienación del deseo. Esto pone de manifiesto que el inconsciente es el sistema simbólico. El proletariado, al entregar su plus-de-goce al sistema, lo convierte en plus-valor y se ve reducido por el mismo a una expresión simbólica general: la del proletariado. En este sentido, el proletariado realiza el trabajo del inconsciente, ya que su subjetividad se ve acaparada y reducida a su condición de clase. En otras palabras, el sistema (inconsciente) entiende a todo lo humano como explotable, lo que permite que cuanto más proletariado se explote, mayor será la riqueza para el sistema.

Finalmente, según Woods (1996) y su interpretación marxista, el proletariado se convierte en la portadora de la consciencia del sistema capitalista debido a las condiciones estructurales previamente mencionadas. Sin embargo, es importante destacar que esta toma de consciencia por parte del proletariado no ocurre de manera automática ni lineal. A pesar de que las condiciones estructurales de violencia son generales, su impacto varía en cada sujeto según sus circunstancias específicas. De esta manera, el sujeto es portador de una consciencia alienada que es constituida por los elementos estructurales del sistema capitalista. Esta alienación es necesaria para que el sistema pueda explotar la fuerza de trabajo. El sistema otorga al sujeto una consciencia que le es funcional al sistema mismo, y a cambio obtiene la fuerza de trabajo necesaria para subsistir. De este modo, la vida del sujeto se traduce como vida para el sistema capitalista, perpetuando la opresión del trabajo proletario.

1.3 Perspectivas sobre la relación entre el patriarcado y el capitalismo: violencia estructural y opresión de género

De la opresión capitalista hemos pasado a la opresión del género femenino por el sistema patriarcal. Aunque no existe una definición única sobre el patriarcado, sí hay varias propuestas basadas en diversas reflexiones y trabajos. En este trabajo, consideramos que el patriarcado es un conjunto de relaciones de dominación y explotación de mujeres, tanto materiales como culturales, basado en la explotación capitalista (Arruzza, 2016).

Es bien sabido que es más común hablar de feminismos que de un feminismo único y homogéneo. Algunas corrientes feministas separan el sistema patriarcal del capitalismo, mientras que otras consideran que ambos sistemas se asemejan tanto que es difícil diferenciarlos. También hay quienes reconocen que hay diferentes opresiones que no se limitan al capitalismo y al patriarcado, sino que incluyen también la opresión racial.

En este apartado, se expondrán estas tres perspectivas, pero se destacarán los puntos de convergencia donde se entrecruzan elementos del sistema capitalista y el patriarcal, es decir, la segunda posibilidad mencionada anteriormente

La diferencia sexual, como punto de partida para entender la opresión de género por el sistema patriarcal, ha generado innumerables reflexiones, teorías y luchas políticas, culturales e ideológicas a lo largo de la historia. En este trabajo, se examinarán algunos trabajos feministas que guardan cierta relación con el psicoanálisis.

Para ello, recordemos que la violencia estructural es un tipo de violencia que se produce en la sociedad a través de la organización social y económica. Este tipo de violencia no siempre es directa o física, sino que se manifiesta de manera más sutil en las estructuras sociales y económicas que perpetúan la desigualdad y la exclusión de ciertos grupos.

Respecto de la violencia estructural manifestada en la violencia de género, podemos retomar las reflexiones de Tubert (2003), quien analiza la creación de relaciones jerárquicas y opresivas entre lo masculino y lo femenino como forma de violencia estructural profundamente arraigada en la cultura. Esta concepción vertical de la diferencia sexual se manifiesta en las estructuras sociales y económicas que perpetúan la desigualdad entre los géneros.

Otras autoras se enfocan en señalar la masculinización del sujeto trascendental en diferentes tradiciones de pensamiento, al reconocer que el sujeto no se crea a sí mismo, sino que es producido por las estructuras sociales y económicas en las que vive. En este sentido, tanto lo masculino como lo femenino son construcciones del sistema patriarcal, y la violencia estructural trabaja para perpetuar la desigualdad entre los géneros inscrita en las estructuras culturales (Irigaray, 2007).

Por su parte, Mitchell (1974) destaca que aunque la ideología ha evolucionado hacia una mayor inclusión social, el sistema capitalista no ha experimentado una transformación

paralela, lo que significa que la violencia estructural que perpetúa la desigualdad y la exclusión de ciertos grupos sigue siendo una realidad en nuestras sociedades.

La discrepancia entre la transformación ideológica y la base económica, señalada por Mitchell (1974), impide que los hombres reconozcan en qué medida son gobernados por las leyes de explotación implicadas en el patriarcado, incluso si esto implica una posición privilegiada en relación a las mujeres. Esta opresión patriarcal se manifiesta como una violencia estructural, que no se limita a extraer plusvalía de un solo género, sino que utiliza las diferencias entre hombres y mujeres para explotarlos a ambos.

Por su parte, Buzzatti y Salvo (2001) sostienen que el patriarcado funciona como un gran Otro simbólico, es decir, un sistema que otorga reconocimiento a los significantes que él mismo produce. En este sistema, los significantes reconocidos son aquellos que se refieren al cuerpo femenino, representado como un "continente negro". Esta concepción remite a la idea de figuras monstruosas que, según Klein, son utilizadas para constituir al yo femenino como objeto de ataque, tortura, aniquilación y detrimento, lo que contribuye a perpetuar la violencia estructural del patriarcado.

Las formas perjudiciales en las que el sistema patriarcal hace representar a lo femenino forman parte de la violencia estructural que se ejerce contra las mujeres. Esta violencia no se limita a afectar a las mujeres en su individualidad, sino que tiene consecuencias en todo el conjunto social. En este sentido, la lucha feminista por la igualdad no solo busca la liberación de las mujeres sino la transformación de un sistema que las oprime.

Flax (1995) destaca la importancia de comprender la experiencia humana dentro de un sistema mayor. En el caso de las relaciones de género, ambos géneros están atrapados dentro de las estructuras patriarcales, aunque de maneras distintas pero interconectadas. Por lo tanto, es responsabilidad de cada género luchar contra los elementos estructurales que perpetúan la violencia y la opresión de género en pro de un bien colectivo.

El texto de Irigaray (1993) señala cómo la historia ha relegado a la mujer a tareas de beneficio privado o a la explotación capitalista, lo que la ha mantenido en una posición de subordinación. Esta situación implica que las condiciones que configuran el mundo no cambien, perpetuando la violencia estructural del patriarcado. Por ello, Irigaray señala lo relevante de considerar en todo abordaje de la opresión de género el vínculo con las

condiciones laborales, políticas y económicas que sustentan la acumulación capitalista y las opresiones entrecruzadas de raza y clase.

El análisis de Reed sobre la opresión que sufren las mujeres, nos lleva a vincular la violencia estructural con la conformación capitalista y el sistema patriarcal. Según Reed, la opresión general del capitalismo es la matriz que genera formas de subjetivación y condiciones estructurales de explotación que afectan a todas las personas, y en particular, a las mujeres. Además, la visión estratificada de Lorde (1980/2017) nos indica que la opresión que sufren las mujeres no es lineal, sino que depende de la suma de las violencias de la estructura capitalista, tales como la raza, la clase social y el género. La violencia estructural se manifiesta a través de las condiciones económicas y sociales impuestas por el sistema capitalista y patriarcal, lo que resulta en la opresión y explotación de las mujeres y otros grupos marginados.

El feminismo considera que el capitalismo no se limita a ser un conjunto de regulaciones gubernamentales o económicas, sino que representa una compleja organización social basada en relaciones de explotación, dominación y alienación (Arruzza, 2016). La dinámica de acumulación capitalista produce relaciones jerárquicas y opresivas que se manifiestan de manera diferente según la ubicación particular de cada individuo dentro de la estructura social. En este sentido, el feminismo subraya la importancia de examinar las múltiples manifestaciones que adopta la estructura de violencia a través de las formas de opresión basadas en el género, la raza, la clase, entre otras, con el fin de comprender cómo se entrelazan y afectan a las mujeres.

1.4 El anarquismo como respuesta a la violencia estructural del capitalismo

La resistencia contra la opresión del capitalismo ha dado lugar a una variedad de movimientos filosóficos, ideológicos y políticos, incluyendo el socialismo, comunismo y anarquismo. El anarquismo, en particular, se presenta como una forma de resistencia contra la violencia estructural impuesta por el Estado y sus diversos dispositivos jurídicos, políticos y económicos.

El funcionamiento de la economía capitalista depende de la explotación, la cual requiere el apoyo y la protección del Estado. La burguesía detenta el poder económico y, como tal, determina el poder político, tal como denuncia el marxismo. La expropiación de los medios de producción se convierte así en un paso fundamental para crear un Estado socialista o comunista, según la perspectiva marxista.

Como sabemos, la violencia estructural arraigada en las estructuras mismas de la sociedad y se manifiesta en la forma de desigualdades sistemáticas e institucionalizadas. En el contexto del capitalismo, esta violencia se presenta en la forma de la explotación económica, la cual es necesaria para mantener el sistema en funcionamiento. El anarquismo, como respuesta a esta violencia, se fundamenta en la abolición del Estado y la creación de formas más horizontales y justas de organización social (Cappelletti, 2010).

En la lógica del anarquismo y a diferencia del marxismo, son las instituciones del Estado las que han distorsionado las relaciones sociales y no las clases dominantes que las han utilizado con fines de explotación. Es por ello que el anarquismo plantea como solución disolver instituciones y organismos estatales para eliminar la opresión, el control, la coerción y la jerarquización social que atraviesa la socialización.

Esta perspectiva se relaciona con el concepto de violencia estructural, que se refiere a las desigualdades sistemáticas e institucionalizadas arraigadas en las estructuras mismas de la sociedad. En este sentido, las instituciones estatales pueden ser vistas como mecanismos de violencia estructural que mantienen y perpetúan estas desigualdades y opresiones.

Esta opresión institucionaliza hace pensar al anarquismo en la disolución de dichas instancias institucionales y permitir una autodeterminación social equitativa y solidaria en una organización social espontánea (Méndez & Vallota, 2006). Podría decirse que el anarquismo se inspira no solo en la eliminación de la violencia estructural a través de la eliminación de las instituciones estatales, sino que apoya su pensamiento en la promoción de una autodeterminación social equitativa y solidaria.

Es notable que la categoría del poder está presente tanto en el pensamiento anarquista tanto como en la sociedad capitalista, sin embargo su participación es notablemente diferente: mientras que en la sociedad capitalista el poder se coagula en las instituciones y la clase dominante que las gobierna y con ello reproduce las condiciones estructurales para mantener el control de dicho poder; en el anarquismo el poder está destinado a la resolución de eventos

concretos espontáneos. Esta visión crítica del anarquismo hacia el Estado y su relación con la violencia estructural es importante para entender cómo se busca erradicar las estructuras de poder que generan desigualdades y violencias sistémicas.

El análisis de las diferentes expresiones anarquistas a través óptica de la violencia estructural revela que su surgimiento está estrechamente ligado a las condiciones económicas y sociales de la época. En este sentido, Cappelletti (2010) señala que el mutualismo surgió como respuesta a la transición de una economía agraria a una industrial, mientras que el anarquismo colectivista se desarrolló en las primeras etapas de la expansión capitalista y el anarcocomunismo tuvo su auge en la etapa imperialista.

Siguiendo la línea del tiempo del anarquismo trazada por el autor, resulta de interés la concepción opresiva de los sujetos que se genera a partir de las condiciones sociales propias de la propiedad privada. Proudhon (2005) explica en su obra *¿Qué es la propiedad? Investigaciones sobre el principio del derecho y del gobierno*, que es la propiedad privada la que permite el enriquecimiento del propietario a costa de la enajenación del trabajo del desposeído. De esta manera, la propiedad privada tiene como fin producir riqueza a expensas del trabajo enajenado bajo el amparo de las leyes universales que emanan del poder estatal.

Según Proudhon (2005), la propiedad debe ser producto del trabajo del trabajador y no de las leyes que protegen el interés del trabajo privado. De esta manera, el trabajo se convierte en la forma privilegiada de crear riqueza y explotar un territorio, sin necesidad de apropiarse indefinidamente del espacio: la propiedad se tiene en la medida en que se trabaja. En este contexto de pensamiento anarquista, la concepción del trabajo se convierte en regulador social, mientras que la propiedad privada rompería el lazo social.

En este sentido, Proudhon (2005) comparte una noción del sujeto muy cercana a la de la Ilustración: si se eliminan las condiciones que corrompen al individuo en la sociedad, como la generación de riqueza a través de la propiedad privada y las leyes que la protegen, se produce una definición esencial del individuo como aquel que naturalmente tiende a hacer el bien, y que busca alcanzar libertades individuales que no atenten contra las formas de explotación de otros. La idealización del sujeto previo a su inserción en la sociedad capitalista y pre-capitalista es lo que encontramos en el anarquismo mutualista.

Bakunin, al igual que Proudhon, sostenía que el trabajo en sí mismo es una forma de producir riqueza y mercancías fuera de la opresión que implica el mercado basado en la

propiedad privada. Sin embargo, sabemos que en el mercado capitalista, para que los precios de las mercancías sean competitivos, los burgueses invierten en la industria y aceleran la producción, reduciendo el valor de la fuerza de trabajo. Este proceso conduce a una opresión económica estructural, en la que los trabajadores son explotados y su fuerza de trabajo es sometida a la lógica del mercado.

Bakunin (2015) entendió que la socialización de los medios de producción era la única forma de acabar con la opresión del dinero y liberar al proletariado. Sin embargo, también sabía que la socialización de los medios de producción no era suficiente. Era necesario erradicar el Estado de la sociedad, no solo porque es el garante de la propiedad privada, sino porque es la plataforma desde la cual se perpetúa la violencia estructural en el sistema capitalista. Bakunin temía que, incluso en el contexto de una revolución social, el Estado y su carácter autoritario perpetuara la opresión del proletariado (Dolgoft, 2017)

La visión de Bakunin (2015) sobre la necesidad de socializar los medios de producción y erradicar el Estado se relaciona con la noción de violencia estructural, que se refiere a las formas sutiles y a menudo invisibles de opresión que están inherentemente presentes en la estructura de un sistema social. La opresión económica estructural que afecta al proletariado es una forma de violencia estructural, y Bakunin abogó por medidas radicales para erradicarla.

Bakunin (2015) concebía la revolución como una lucha colectiva en la que los sectores más oprimidos, como los obreros de las fábricas y los campesinos, se unirían para expropiar los medios de producción y acabar con el Estado. Para ello, era fundamental la movilización de una fuerza colectiva organizada en base a mandos no formalizados, que no reprodujeran las estructuras de autoridad del Estado. La idea era crear una organización incluyente y federalizada, que reuniera a diversos colectivos de distintos sectores económicos, laborales e ideológicos, sin la figura de una autoridad intelectual o moral que los dirigiera.

Es importante destacar que esta lucha colectiva no solo iba dirigida contra la opresión del sistema capitalista, sino también contra la violencia estructural que se reproduce en las relaciones de poder y en la organización de la sociedad. Bakunin (2015) creía que la organización federalista permitiría la construcción de una sociedad más justa e igualitaria, en la que se eliminaran las estructuras de poder que perpetúan la opresión y la explotación.

El hecho de que para Bakunin (2015) tenga el mismo valor revolucionario un obrero de ciudad letrado que un campesino, refleja la idea semejante a la de Proudhon (2005) en cuanto a que el sujeto tiende a la solidaridad y la fraternidad siempre que no existan las fuerzas opresivas de las instituciones formales con tendencia a la permanencia que perviertan los lazos sociales.

La perspectiva de Kropotkin (2005) en su contribución al anarquismo se enfoca en la reafirmación del individuo y su necesidad de libertad. Para Kropotkin, la libertad es la ausencia de dominación del Estado como personificación de la opresión. Al liberarse del sistema gubernamental opresivo, el individuo puede hacer aportaciones significativas en comunidades libres. Además, al liberarse del trabajo que impone el sistema opresivo, el individuo tiene la oportunidad de generar asociaciones libres.

La libertad individual es la clave para poder ejercer la libre voluntad y formar parte de un trabajo colectivo. Este trabajo colectivo tiene como objetivo atender las necesidades colectivas, las cuales son la suma de voluntades libremente asociadas. Kropotkin (2005) propone que el desarrollo de la civilización debe estar basado en colectividades bajo esquemas de libertad, superando así a aquellas en las cuales la individualidad de una minoría social gobernara a la masificación social. En este sentido, la lucha por la libertad individual es una lucha contra la violencia estructural impuesta por el sistema opresivo y sus instituciones.

En el anarquismo colectivo, la diferencia individual es la base para conformar una colectividad asociada libremente. Esta perspectiva contrasta con el desarrollo de las fases imperialistas, en las que la individuación de la colectividad se da a través de la organización de minorías que representan a los dueños de monopolios y dominan a las masas.

Kropotkin (2005) sostiene que la elevación de la civilización implica la supresión de los deseos egoístas que representan el Estado. Según el autor, "la humanidad tiende a reducir a cero la acción de los gobiernos, esto es, a abolir el Estado, esa personificación de la injusticia, de la opresión y del monopolio" (p. 47). Es decir, en el anarquismo colectivo, son los individuos libres los que crean una socialización libre en colectividad. Por el contrario, en el capitalismo y su fase imperialista, son los reducidos grupos conglomerados de poder los que crean instituciones que esclavizan a las mayorías mediante la violencia estructural.

Tras la revisión hecha del pensamiento anarquista, se podría decir que aunque el anarquismo y el psicoanálisis son dos corrientes de pensamiento diferentes, es posible encontrar algunas similitudes en su concepción del sujeto. Tanto el anarquismo como el psicoanálisis critican las relaciones de dominación y subordinación presentes en la sociedad, y buscan la liberación y emancipación frente a las estructuras de poder presentes en la violencia estructural.

Ambas corrientes también comparten una crítica a las estructuras opresivas y la búsqueda de una sociedad más justa y solidaria. Desde el anarquismo, se propone la abolición del Estado y la creación de una sociedad autogestionada, mientras que el psicoanálisis se centra más en la liberación del sujeto y la verdad sobre su deseo a través del cual se singulariza y toma acción frente a la violencia estructural que comprende normas, expectativas sociales y determinaciones del gran Otro.

1.5 La colonización eurocéntrica en América y la continuidad de la dominación mediante la raza y el capitalismo.

El mercado capitalista es un sistema que necesita crecer constantemente para mantenerse a flote, y para ello requiere explotar cada vez más recursos naturales, fuerza de trabajo y consumidores. Sin embargo, para lograr esta expansión, el capitalismo ha recurrido históricamente a la violencia estructural, es decir, a la dominación ideológica y represiva que asegura su control sobre las poblaciones a las que explota.

En América, la expansión del capitalismo se llevó a cabo a través de la imposición de las potencias europeas, como Inglaterra, Francia, España y Portugal, que impusieron su control sobre el territorio a través de la fuerza militar y la dominación cultural. Esta conquista no solo destruyó las formas de producción que existían antes de su llegada, sino que también eliminó las diversas ideologías, creencias y lenguas originarias que existían en el continente.

De esta manera, la colonización eliminó las diferencias culturales y étnicas que caracterizaban a las poblaciones originarias para instaurar una única estructura hegemónica: la estructura capitalista. Esta estructura, basada en la explotación de la fuerza de trabajo y los recursos naturales, ha perpetuado la desigualdad y la violencia estructural en América Latina

y en todo el mundo, ya que los países que fueron colonizados siguen siendo explotados por el sistema capitalista global.

La expansión del mercado capitalista fue acompañada por una violencia estructural que implicó el vaciamiento cultural y la eliminación de las diversas formas de producción, trabajo y relaciones sociales en América. Las potencias europeas como Inglaterra, Francia, España y Portugal utilizaron la fuerza represiva y la dominación ideológica para establecer su control sobre la región.

La expansión del capitalismo en tierras americanas destruyó las formas de producción que producían productos para satisfacer las necesidades de las diferentes latitudes, así como también se eliminaron paulatinamente las diversas ideologías y creencias originarias, las organizaciones sociales en función de los hábitos y costumbres, se perdieron innumerables lenguas para que primordialmente predominaran las lenguas inglesa, española, francesa y portuguesa. La conquista de la colonización eliminó las diferencias que caracterizaban las etnias originarias para instaurar a través de la violencia en distintos niveles un único patrón hegemónico: la estructura capitalista.

A pesar de los diferentes procesos de lucha por la independencia a lo largo del continente americano, el daño causado a las diferentes culturas por la eliminación sistemática de sus costumbres, tradiciones, formas de producción y de autodeterminación, pérdida de identidad colectiva y saberes, creó las condiciones propicias para que la colonización europea no dejara de ver en el continente americano un terreno para la continuación de la dominación. La violencia estructural, entendida como el conjunto de acciones y omisiones que perpetúan desigualdades y desequilibrios sociales, económicos y políticos, continúa afectando a las culturas originarias en América y sus posibilidades de desarrollo autónomo.

Según Quijano (2014) en su obra *Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina*, las potencias europeas han mantenido su dominio sobre las colonias a través de la "colonialidad del poder", la cual se sustenta en dos ejes: la raza y la estructura capitalista. La colonización, aunque ya no se manifiesta de forma explícita, sigue operando de manera menos perceptible para mantener a los colonizados bajo el dominio colonizador eurocéntrico. En este sentido, la primacía de la raza y la imposición del sistema capitalista han sido las principales herramientas utilizadas para ejercer una violencia estructural sobre las poblaciones colonizadas.

Mignolo (2000) en su obra *La colonialidad a lo largo y a lo ancho: el hemisferio occidental en el horizonte colonial de la modernidad*, señala que la raza y el capitalismo trabajan de manera conjunta para ejercer la dominación del poder eurocéntrico. En este sentido, la colonialidad ha expandido las condiciones económicas capitalistas a la par de la distinción racial, la cual se ha utilizado como una fuerza de trabajo explotable. La esclavitud, que se basó en la identificación racial de los africanos como esclavos, estableció nuevas relaciones entre raza y trabajo, perpetuando una violencia estructural que ha perdurado en el tiempo.

La colonialidad del poder ha sido una forma de violencia estructural ejercida por las potencias europeas sobre las poblaciones colonizadas, utilizando la raza y el capitalismo como herramientas para mantener su dominio. Esta violencia estructural ha tenido consecuencias duraderas en la organización social y en los modos de producción de los países colonizados.

Las condiciones de producción y acumulación de plus-valor y el paulatino expansionismo del capital necesitó de una clasificación de humanos para ser explotados. Para que fuera prospera y duradera esta explotación se requirió, según Mignolo (2000), de la producción de un imaginario confeccionado en Europa basado en sus propios valores e intereses para ser diseminado en las regiones geopolíticas que se pretenden dominar. De esta manera el dominado mexicano o latinoamericano no veía su propia condición de dominado, sino que veía a su semejante dominado desde la óptica del dominador. El dominado se identifica con el imaginario proyectado por el dominador como condición de la dominación eurocéntrica.

En este sentido, se aprecia que la liberación política y jurídica lograda por los diferentes países que conforman el continente americano no implicó necesariamente la liberación de la dominación eurocéntrica. La dominación de la colonia eurocéntrica fuera de sus límites geopolíticos se logra dominando la mente con la imagen que engaña e impone la identidad del opresor en el imprimido mediante opresión de su trabajo.

En esta perspectiva, Freire (1968) tiene razón cuando afirma en su libro *Pedagogía del oprimido* que los países colonizados, incluso después de lograr su independencia política, no han alcanzado su verdadera liberación. El problema no se limita a la definición jurídica y legislativa de un territorio perteneciente a una nación, sino que radica en el hecho de que aún hoy en día, muchos siguen siendo cegados por una mentalidad que distorsiona la visión y que

impide que los oprimidos alcancen su propia liberación. De hecho, los oprimidos aún no han logrado deshacerse de "alojar al opresor en sí mismos", como afirma Freire (p.26). Por lo tanto, Freire considera que es esencial que los seres humanos aprendan a desaprender lo que les ha sido enseñado por el dominio del poder colonial si desean liberarse de la opresión.

Según Quijano (2014), la construcción social de la raza es un artificio mental que se utiliza para clasificar a la humanidad en categorías de conquistadores y conquistados, justificando la idea de superioridad e inferioridad. Esta diferenciación se basa en aspectos como el color de piel, la complexión física, las formas de producción del conocimiento, las costumbres europeas, entre otros. Aunque la idea de la raza es principalmente una representación mental, adquiere una materialidad cuando se utiliza para reproducir las condiciones de la estructura capitalista.

En este sentido, la idea de la raza sirve para dominar la mente del oprimido y hacer que reconozca como legítima la actividad de la estructura opresiva, la cual se materializa en la dominación del trabajo. En lugar de promover la liberación de los oprimidos, la construcción de la raza los mantiene en un estado de subordinación, impidiéndoles reconocer su propia opresión y perpetuando la desigualdad y la violencia estructural.

Veamos aquí lo que hasta ahora se podría deducir respecto de la subjetividad planteado desde el decolonialismo. Se podría decir que el sujeto sin saberlo recorre el circuito trazado por el patrón de la opresión colonial. Es condición que no lo sepa para que lo realice. No lo sabe porque tiene una consciencia enajenada. Tiene una consciencia enajenada **DA** porque no fue producida por la colectividad a la que el sujeto pertenece y que conoce las necesidades sociales mejor que aquellos dominadores externos geográficamente, e internos y constituyentes en la explotación como forma de violencia estructural.

CAPÍTULO II: REVISIÓN CONCEPTUAL DE LAS APROXIMACIONES TEÓRICAS LACANIANAS A LA VIOLENCIA ESTRUCTURAL

2.1 La relación entre lenguaje, racismo y violencia estructural según Fanon

En este capítulo, se examinan diversas perspectivas lacanianas que abordan las categorías conceptuales relacionadas con la "violencia estructural". A lo largo del recorrido, se revisan trabajos de diferentes países con el objetivo de proporcionar una lectura estructural a dichos estudios lacanianos que han analizado las formas de violencia ejercidas mediante procesos de dominación, desigualdad, injusticia y explotación. Estas categorías corresponden a la definición de violencia estructural propuesta por Galtung.

Por lo tanto, es necesario retomar los elementos que componen el concepto de violencia estructural de Galtung. Según Galtung (2003), la violencia estructural es un proceso constitutivo de la explotación de la fuerza laboral, que surge a partir de la división del trabajo en las condiciones de producción capitalista. Este complejo proceso que da origen a la explotación de la fuerza laboral es legitimado mediante la aplicación de cuatro elementos, los cuales son analizados por los autores citados en este capítulo: 1) la penetración, 2) la segmentación, 3) la marginación y 4) la fragmentación. Estos cuatro elementos que conforman la violencia estructural en Galtung ya han sido explicados en detalle en el primer apartado de este trabajo.

Será a partir de este preámbulo conceptual sobre la violencia estructural del que se intentará dar una lectura a las diversas reflexiones lacanianas todas ellas distintas entre sí. Comenzaremos el recorrido con Fanon (2009) y su señalamiento sobre la violencia implicada en el lenguaje. El autor coincide con Lacan en que el lenguaje es concebido como una estructura en la que participa la cultura (el gran Otro en Lacan) gracias a la cual se forjan los lazos sociales entre los sujetos.

Fanon (2009) concuerda con la concepción lacaniana del lenguaje, en cuanto al papel que este desempeña en los lazos sociales, sin embargo, Fanon no se sirve de los cuatro discursos lacanianos sino que parece optar por explorar a profundidad el papel que tiene el lenguaje cuando este expresa la violencia económica en su dimensión simbólica.

Según Fanon (2009), el lenguaje es un efecto de la violencia económica, lo que significa que se convierte en una forma de violencia al prestarse a los fines de la dominación. En este sentido, el lenguaje debería incluirse en la categoría de violencias estructurales, ya que el lenguaje es un medio utilizado para la consecución de la dominación. Fanon argumenta que la violencia económica, originada por el histórico despojo y saqueo de los países colonizadores sobre los países colonizados, es la condición originaria que permite que el lenguaje sirva a los propósitos de dominación de los colonizadores, y deja a los países colonizados en una posición de subordinación.

El lenguaje no es solamente sería una estructura para el lazo social, sino que se convierte en una herramienta para la dominación y opresión. La violencia económica es la raíz de esta relación opresiva, lo que lleva a la inclusión del lenguaje en la categoría de violencias estructurales.

Una posible diferencia en la concepción del lenguaje entre lacaniana y fanoniana radica en que, para el primero, el lenguaje no sólo es un concepto fundamental, sino que se trata de una elaboración formal compleja que contribuye a construir una teoría del significante. Por su parte, Fanon (2009) fundamenta y documenta la función del lenguaje como medio para la subjetivación a través de medios simbólicos que sostienen las posiciones de dominantes y dominados.

Encontramos en Fanon (2009) una concepción del lenguaje que destaca la presencia de elementos estructuralmente violentos. Tanto Fanon como Lacan sostienen que el lenguaje no se limita a fines comunicativos, sino que incluye posiciones estructurales que dan origen al discurso como posibilidad de crear lazos a partir de la interacción de elementos en posiciones intersubjetivas inconscientes.

Mientras que en la obra lacaniana hay un amplio trabajo principalmente dedicado a desarrollar una teoría del lenguaje que sirva a la clínica psicoanalítica, Fanon se enfoca intensamente en identificar las violencias estructurales que sustentan la dominación de los conquistadores, con el propósito de impulsar procesos de sublevación social.

Consecuentemente, se podría decir que mientras Lacan se limita a una perspectiva más clínica del lenguaje, Fanon amplía su enfoque para abarcar el papel que el lenguaje desempeña en la estructura social y en la reproducción de las relaciones de poder. En este sentido, la perspectiva de Fanon sobre el lenguaje busca visibilizar las formas en que el

lenguaje se utiliza como instrumento de dominación y subyugación, y al mismo tiempo, pretende fomentar procesos de cambio social que transformen estas dinámicas violentas.

Lacan y Fanon presentan diferencias significativas en cuanto a su concepción del lenguaje. Para Fanon, el lenguaje es una herramienta que se utiliza como medio de violencia estructural, y se enfoca en demostrar cómo la dominación se impone de forma inconsciente en los sujetos de países colonizados. En cambio, Lacan, en una entrevista de 1974, expresa cierta desconfianza y descalifica la posibilidad de que existan leyes o principios generales que provengan de cualquier ciencia, y cuyas teorías puedan ser aplicadas en todos los casos que se estudien. En lugar de ello, se centra en la construcción de una teoría compleja del significante que pueda ser aplicada en la práctica clínica psicoanalítica, a través de un enfoque metodológico inductivo y deductivo en el análisis del caso individual.

Lacan sostiene que no existe un sujeto general que pueda ser deducido de la teoría del lenguaje. Su definición del sujeto como "lo que representa un significante para otro significante" implica una operación simbólica y no un saber a priori que necesariamente revele la presencia de violencia estructural (Lacan, 2005, p. 799). En este sentido, la concepción lacaniana del lenguaje se enfoca en la dimensión simbólica del sujeto y en la construcción de una teoría del significante, sin implicar una preocupación directa y manifiesta por la violencia estructural en la sociedad.

La concepción del lenguaje en Fanon parece estar basada la idea de la violencia estructural, lo que le permite avanzar en considerar que todos los sujetos de las regiones colonizadas padecen de una forma de dominación. No es necesario conocer los detalles bibliográficos que singularizan la historia de cada sujeto para intuir que éste vive bajo el yugo del opresor al habitar en el lenguaje de la opresión. Por lo tanto, Fanon podría considerar la teoría lacaniana del lenguaje de manera ecuánime. Esto no significa que reconocer la participación de la violencia estructural en los lazos intersubjetivos sea lo más determinante a la hora de considerar todo aquello que singulariza a cada sujeto.

Es posible que Fanon coincidiera con Christian Dunker (2019) en que el psicoanálisis podría contribuir a la liberación de colectividades, siempre y cuando se mantenga secular respecto a otras teorías políticamente comprometidas con la emancipación de los oprimidos. En este sentido, el psicoanálisis muestra mayor afinidad para desarrollar una teoría basada en conceptos consistentes que para intervenir directamente en los hechos sociales. Sin

embargo, Fanon retoma elementos conceptuales del psicoanálisis para denunciar la presencia de elementos estructuralmente violentos en el lenguaje.

En la concepción del lenguaje de Fanon, se identifican ciertos elementos que podrían considerarse estructuralmente violentos. Según esta perspectiva, el lenguaje no es simplemente un medio para la comunicación y la socialización, sino un instrumento europeo para la dominación. El lenguaje europeo, en particular, contiene la cultura europea y los vestigios de su ambición colonizadora. El uso del lenguaje europeo por parte de los colonizados, por tanto, los sitúa en una posición de subordinación y servilismo. La incorporación de las civilizaciones africanas al lenguaje europeo, además, conlleva una infravaloración cultural y un despojo económico de dichas culturas.

En su obra, Fanon (2009) utiliza conceptos del psicoanálisis para exponer su idea acerca del lenguaje como forma de violencia en el contexto colonial. Según él, la dominación del colonizador se encuentra en el lenguaje, lo cual queda evidenciado cuando un individuo proveniente de una comunidad colonizada es introducido en la cultura europea de los países colonizadores. Para Fanon, el acceso a la cultura dominante exige como condición necesaria el aprendizaje del lenguaje europeo.

Una vez que el individuo ha sido integrado a la cultura colonizadora, se producen dos dimensiones paralelas: por un lado, el sujeto puede reproducir las condiciones económicas de la metrópoli al entrar en el mercado laboral y vender su fuerza de trabajo; por otro lado, a nivel abstracto y conceptual, un africano que reside en Francia (el ejemplo prioritario de Fanon) debe desempeñar un papel que lo coloca en una posición subordinada frente a la representación del amo presente en la estructura del lenguaje francés.

Es importante destacar que Fanon se apoya en la teoría psicoanalítica para explicar la violencia estructural del lenguaje en la colonización, pero su enfoque no se limita a la dimensión individual o intrapsíquica, sino que también aborda el plano colectivo y social. Asimismo, aunque comparte algunas críticas al psicoanálisis junto con otros autores, como Dunker, Fanon encuentra en este enfoque herramientas para comprender y denunciar la violencia simbólica y cultural que sufren los pueblos colonizados.

Fanon y Lacan (1965) comparten la idea de que los sujetos desempeñan roles simbólicos en el lenguaje. Ambos autores hacen énfasis en la importancia de los lugares abstractos y representacionales que ocupan los sujetos en la estructura del lenguaje. En el caso de Lacan,

el concepto de "saber" hace referencia al conocimiento inconsciente que el sujeto tiene sobre su propio síntoma, que no es accesible a la consciencia. Por su parte, Fanon señala que el sujeto colonizado que participa en actividades económicas en un país colonizador con cierto grado de conocimiento, puede estar inconsciente respecto a los lugares simbólicos que la estructura del lenguaje de su dominador le asigna y que lo infravaloran. En este sentido, ambos autores convergen en su interés por la relación entre el lenguaje y la construcción de la identidad del sujeto, aunque desde perspectivas teóricas distintas.

Tanto Lacan como Fanon sostienen que el sujeto desconoce el lugar simbólico que representa, y sólo es capaz de reconocerlo sintomáticamente al hablar de su opresión. En su obra, Fanon (2009) utiliza términos psicoanalíticos para explicar cómo el lenguaje funciona como una forma de dominación que no es reconocida por los oprimidos. Según él, "el ello" es una construcción europea que sólo un europeo puede desconocer realmente en relación con las escenas traumáticas que constituyen el síntoma neurótico (p.138). Por otro lado, el sujeto colonizado reconoce la infravaloración simbólica en el lenguaje europeo y busca "identificarse" con las actitudes del colonizador (p.137). De esta manera, el oprimido se identifica con la violencia de su opresor al haber sido incorporado a la violencia del lenguaje del gran "Otro blanco" (p.141). Finalmente, el sujeto colonizado se juzga a sí mismo con la violencia del "superyó" formado en el seno del lenguaje europeo (p.138).

2.2 La violencia simbólica del capitalismo: el análisis de Safatle sobre el régimen disciplinario y la normalización en la producción capitalista

Safatle (2018) reconoce que la producción capitalista requiere una alta disciplina de los sujetos, con el fin de garantizar la explotación. Según Safatle, los estándares de disciplina en la producción capitalista exigen la creación de una norma que delimite lo que está dentro y fuera de los límites aceptables. Aquellos sujetos que se ajusten a los límites de la norma serán los que sirvan al propósito axiomático de la mercantilización, no solo produciendo mercancías, sino convirtiéndose ellos mismos en una mercancía a través de su explotación, lo que genera capital.

La producción capitalista exige que los sujetos se sometan para lograr eficiencia, y para lograr esta sumisión se les impone una normalización que sirve como referente simbólico. Sin embargo, la normalización y la alta disciplina generan sufrimiento en los sujetos. Este sufrimiento producido en condiciones de socialización requiere de una nomenclatura que permita traducir el sufrimiento afectivo que resulta de la producción de mercancías en el mercado capitalista (Safatle, 2018).

Safatle (2018) sostiene que el sufrimiento del sujeto en las condiciones de producción capitalista permite reconocer la dimensión simbólica implicada en la explotación capitalista. En su opinión, la opresión simbólica se relaciona con el sujeto como matriz simbólica que prescribe la patologización mediante la nomenclatura psiquiátrica. Es decir, la experiencia de sufrimiento afectivo del sujeto por explotación mercantil es traducida por la matriz simbólica del capitalismo como patología, siempre y cuando el sujeto no sirva al propósito de producción mercantil. Esto implica una escritura de la matriz simbólica sobre la experiencia de sufrimiento del sujeto.

Esta concepción del sujeto implica un doble vínculo violento. Por un lado, la explotación capitalista para la producción de mercancías en la que el sujeto se convierte en una mercancía en sí mismo durante ese mismo proceso. Por otro lado, participa la violencia simbólica en tanto que existe una escritura patologizante en el sujeto cuando no logra alcanzar los estándares de eficiencia.

Safatle (2018) identifica dos formas en las que la matriz simbólica interviene en el sujeto: la primera es a través del régimen disciplinar que busca hacer que el sujeto produzca mercancías mediante su explotación; la segunda, surge cuando la primera ha fracasado y se recurre a una jerga psiquiátrica que asigna una patología a la experiencia de sufrimiento del sujeto. Lo que destaca Safatle es que el sufrimiento del sujeto que está vinculado con las condiciones capitalistas de producción, es objeto de intervención de la escritura que realiza la matriz simbólica, al asignarle una patología al sufrimiento del sujeto cuando es explotado para la producción capitalista. A este proceso, Safatle lo llama "sustracción" del sujeto (p.26), ya que implica una radical separación del sufrimiento del sujeto respecto de las condiciones materiales de producción.

En este sentido Safatle no utiliza el concepto de ideología y, en cambio, **DA** un mayor peso a la mercantilización del sujeto sin apoyarse en conceptos como el plus-valor o la

fetichización del sujeto por el capital. Además, se enfoca en el sufrimiento del sujeto traducido por el lenguaje capitalista en patologías en lugar de analizar las implicaciones conceptuales de la explotación capitalista de la fuerza de trabajo y su relación con el lenguaje y el sujeto.

Siguiendo a Galtung, Safatle podría señalar que la violencia estructural se encuentra en la interacción de los elementos presentes en la economía basada en la explotación capitalista de la fuerza de trabajo para producir plus-valor. Esta violencia estructural requiere un proceso de normalización que se realiza mediante la creación de nomenclaturas relacionadas con la transformación simbólica de la experiencia del sufrimiento en patologías psíquicas. Esta es otra forma en que la violencia estructural está relacionada con nociones económicas que implican un nivel simbólico.

2.3 Reflexiones sobre la subjetividad y la adaptación al sistema capitalista en la perspectiva crítica lacaniana de Parker

Desde la perspectiva crítica lacaniana de Parker (2016), la subjetividad se entiende como una base determinada por la dimensión social en sus ejes económico y político. Según Parker, los factores políticos y económicos del sistema capitalista son las coordenadas alienantes a las que la subjetividad debe adaptarse. Retomando a Lacan, Parker puntualiza que el deseo del sujeto se puede entender como un orden significativo en relación permanente a las condiciones determinadas en la subjetividad.

En este sentido, la subjetividad es una estructura codificada y estructurada por las necesidades del sistema económico-político. En esta perspectiva, el sistema económico-político se equipara al sistema simbólico lacaniano, en el que el orden significativo que se presenta metonímicamente como el deseo del sujeto siempre termina siendo un deseo del Otro simbólico, tesoro de los significantes que desea a través del sujeto. Todo esto puede manifestarse en el deseo de gestión de adaptación del sujeto a través de su incorporación a las normas moralizantes vigentes del sistema.

En relación a la adaptación, Parker (2016) señala que el sistema capitalista necesita sujetos obsesivos debido a su predisposición a la obediencia y a la facilidad de adaptación. Esto se podría entender como la capacidad del obsesivo para asumir como propios los principios y

valores que corresponden al sistema capitalista, tales como la feroz competitividad destructiva, la abnegación del sujeto dictada por la explotación y la asunción de privilegios de clase justificados por un pretendido orden natural de funcionamiento del sistema. Según el autor, el sujeto obsesivo podría ser idóneo para reproducir las condiciones de la estructura capitalista.

Esto sugiere que para el sistema simbólico capitalista, el sujeto obsesivo es aquel que se identifica fácilmente con los valores moralizantes presentes en los códigos de enunciación significativa del sistema capitalista. De esta manera, el funcionamiento basado en la explotación del sujeto en el sistema capitalista y la división del trabajo como causas reales de la condición mórbida de la violencia estructural, requieren de la legitimación a través de la promoción de una ideología (como condición subjetivante) que articule la moral y valores del sistema. Este lugar se equipara al "ideal del yo" lacaniano, ya que la estructura ideológica subjetivante ofrece los medios simbólicos a los que el sujeto debe aspirar permanentemente para socializar con otros sujetos (Lacan, 1953-1954).

Desde temprano en la obra de Lacan, se sitúa al ideal del yo en el sistema simbólico. Esto se debe a que el sujeto, como resultado de la castración que funda su inacabamiento, solo puede experimentar satisfacciones parciales a través de la sublimación. En este sentido, el deseo del sujeto se ve capturado por aspiraciones que están limitadas por las vías admisibles de la cultura, como el arte, la creación, la ciencia y, en general, las formas de socialización.

Debido a la incompletud del sujeto, éste busca llenar su falta fundamental con los significantes provenientes del campo del lenguaje, representados en el gran Otro. El ideal del yo ofrece los medios simbólicos a través de los cuales el sujeto debe transitar permanentemente para ser incluido en la cultura, que a su vez funciona como estructura subjetivante. Gracias a esta incorporación del sujeto en la cultura, también se funda su alienación al lenguaje del Otro simbólico. Es decir, el sujeto, quien representa al lenguaje, puede llegar a confundirse a sí mismo con éste y con la cultura, a costa de desconocer su verdadera naturaleza incompleta.

A partir de la concepción de la violencia estructural de Galtung y las reflexiones de Parker (2016), podemos entender que el gran Otro simbólico, al ser la condición de existencia del sujeto en psicoanálisis y encarnar el sistema, se convierte en la fuente de su propia alienación. El sistema del lenguaje está determinado por factores económico-políticos y, por lo tanto, el

gran Otro simbólico representa dichos factores a los cuales el sujeto se aliena. En este sentido, podemos pensar que la violencia estructural se origina en la imposición de valores, normas y creencias que son inherentes a la estructura socioeconómica del sistema, y que son internalizados por los sujetos en su proceso de socialización y adaptación a la cultura dominante.

Es importante destacar que la alienación del sujeto al sistema del lenguaje no es total, ya que el sujeto no puede identificarse con el lenguaje por completo. Como bien señaló Lacan, el sujeto es efecto del significante, es decir, su existencia está determinada por la capacidad de articular significantes. En este sentido, el sujeto es un "devenir inmanente a un acto" que se realiza a través de la articulación significativa (Lacan, 1958, p. 31). De este modo, el sujeto es la capacidad de crear y articular significantes en el lenguaje, lo que le permite existir como sujeto del inconsciente.

La alienación del sujeto al sistema del lenguaje no es total. El sujeto es más bien el resultado de la articulación significativa, y su capacidad de crear significados lo define como sujeto. Sin embargo, esta capacidad tiene un límite que se encuentra en lo que Lacan llama "lo real", aquello que se resiste a ser simbolizado. Por tanto, aunque el sujeto es la potencia creativa del lenguaje, su existencia también está limitada por lo que no puede ser simbolizado. Como dice Lacan (1954), "lo real" es aquello que se resiste absolutamente a la simbolización, y es precisamente este límite lo que define la existencia del sujeto (p.110).

La noción de lo real como límite del sistema simbólico es fundamental en el pensamiento de Lacan y merece una mayor atención y profundización que será abordada más adelante. Sin embargo, podemos afirmar que lo humano se caracteriza por la omnipresencia de la función simbólica en todos los aspectos de la existencia, y que tanto la concepción del sujeto como el concepto del ideal del yo pertenecen al universo simbólico (Lacan, 1954).

Este universo simbólico es abarcador y se extiende a todos los niveles de lo humano, lo que sitúa al sujeto como un efecto del significante. A pesar de esta sobre determinación simbólica, el sujeto no es capaz de reconocer que su deseo es inherentemente impropio, ya que está alienado al deseo del gran Otro simbólico. Del mismo modo, las metas aspiracionales del sujeto representadas en el ideal del yo son identificaciones tomadas del sistema del lenguaje, con las que el sujeto aspira a confundirse.

El sistema simbólico del lenguaje, así como el ideal del yo, no muestran su condición alienante para el sujeto, y es fácil que el sujeto caiga en la ilusión de creer que sus aspiraciones y deseos son auténticamente suyos, cuando en realidad son una manifestación del circuito impuesto por el lenguaje.

Retomando la perspectiva crítica de Parker, podemos ver que la subjetividad se configura como un sistema simbólico general que abarca todas las esferas de la existencia, y que sus determinaciones últimas provienen de factores políticos y económicos. Como resultado, el sujeto es condicionado por este sistema y relegado a desear a través de su singular articulación metonímica del significante lo que es deseado por el sistema. En otras palabras, el sujeto es un efecto de la alienación del sistema del lenguaje capitalista.

Desde la perspectiva de la violencia estructural, sabemos que su principal objetivo es el proceso de explotación y que, para lograrlo, debe reproducir las condiciones que posibilitan dicha explotación. De esta manera, el sujeto queda atrapado en un sistema que lo aliena y lo somete a la explotación.

En primer lugar, es importante destacar que, según la perspectiva lacaniana de Parker (2016), la subjetividad se refiere a un sistema de coordenadas simbólicas determinado por factores económico-políticos que requieren la adaptación del individuo a través de la internalización de patrones que lo incitan a formar parte del sistema. Este sistema simbólico, que se corresponde con el lenguaje capitalista, actúa como una condición subjetivante al ser las "coordenadas" en las que el deseo circula y se articula.

Desde esta perspectiva, el deseo se convierte en una fuerza potencialmente enunciativa y al mismo tiempo está siempre condicionado por las coordenadas político-económicas que determinan la subjetividad. Es decir, el deseo debe atravesar las coordenadas simbólicas que son posibles gracias a la violencia estructural, la cual establece un circuito de desigualdades en la distribución de las riquezas generadas por el trabajo dentro de la estructura. En términos lógicos, podríamos entender que la concepción de estructura violenta se equipara con la subjetividad actual en el contexto histórico del capitalismo.

Según Galtung (2003), la estructura violenta se correspondería con el Otro simbólico de lacaniano. En este sentido, el ideal del yo podría identificarse con el primer proceso de la estructura: la penetración, que se refiere a la unidireccionalidad que ejerce la cultura violenta

sobre los sujetos explotados. Para lograr la explotación, la cultura requiere que el sujeto se identifique con ciertos rasgos del explotador, de manera que no sienta su propia explotación.

El ideal del yo se compone de los significantes ortopédicos de la cultura capitalista, con los cuales el sujeto se identifica parcialmente como un imperativo. Sin embargo, nunca logra ser completamente el ideal del yo. En lugar de eso, el sujeto está atrapado en un recorrido interminable de identificaciones.

En relación a la concepción del sujeto, se reconoce su carácter negativo en el sentido de que no existe una definición positiva que pueda dar cuenta de él de manera apriorística a su surgimiento. No obstante, a pesar de que para Lacan el sujeto es una novedosa combinatoria significativa, podemos afirmar, siguiendo a Galtung, que esta condición no lo protege de ser explotado: el sujeto es, por tanto, un sujeto explotado. A pesar de la negatividad característica del sujeto lacaniano, su capacidad de combinatoria se realiza con la materialidad de los significantes del gran Otro capitalista.

2.4 Reflexiones sobre la relación entre el concepto de sujeto y el discurso capitalista en la obra de Jorge Alemán.

Jorge Alemán (2014) reflexiona sobre la relación entre el concepto de sujeto y el discurso capitalista en su lectura de Marx a través de Lacan. Alemán parece inclinarse hacia una comprensión del capitalismo no solo como una lucha de clases liderada por un proletariado consciente en busca de la redistribución del plus-valor, que es la base de la explotación y acumulación capitalista, y donde la expropiación de los medios de producción es primordial, sino que también identifica una absorción del discurso capitalista dentro del discurso político

El discurso capitalista pierde distinción por el discurso de la política en el sentido de que “No hay distinción entre la base económica y la superestructura ideológica y política, entonces el capitalismo únicamente puede sostener su orden económico en función de cómo va emplazando al sujeto a producir su subjetividad” (Alemán, 2014, p. 28). La producción que realiza el sujeto al explotarse a sí mismo le sirve al autor para sostener la idea de que la base del capitalismo no es puramente económica.

Jorge Alemán (2014) retoma los cuatro discursos fundamentales del psicoanálisis lacaniano y nos recuerda que estos representan distintas formas en las que el sujeto se

relaciona con la verdad, el saber y el goce, en tanto que elementos que varían en relación a una estructura fija. Como es bien sabido, esta estructura es discontinua e impide una relación directa entre sus elementos, y dependiendo de la ubicación de estos cuatro elementos, se forma alguno de los cuatro discursos que son cuatro formas distintas de establecer un lazo social. Para que un discurso sea tal, se requiere de la presencia de sus elementos, lugares específicos y la ausencia de una relación directa entre ellos.

Lo relevante para Alemán (2014) es utilizar los planteamientos y elaboraciones sobre el discurso capitalista trabajado por Lacan, y en particular, la idea de que todo discurso implica una no relación continua entre los elementos que lo integran. Sin embargo, en el caso del discurso capitalista, éste se caracteriza por ser una forma de "rechazo de la imposibilidad" y, por tanto, no tener exterior alguno" (p. 29).

Según Alemán (2014), el discurso capitalista deja de ser un lazo social al perder la condición de discurso, lo que sucede cuando se elimina el corte que posibilitaba la relación discontinua entre los elementos de la estructura. La reflexión del autor se basa en que, si se elimina la discontinuidad entre los elementos, también se elimina el límite de lo simbólico, lo que permite abarcarlo todo sin dejar ningún resto.

La eliminación del resto heterogéneo que resulta de la relación discontinua de los elementos tiene como efecto la supresión del límite que representa lo Real, convirtiendo así lo simbólico en el único factor en juego. Para Alemán (2014), esto implica también la eliminación de una posible exterioridad económica. Todo se vuelve simbólico sin límites y lo económico se convierte en puro significante. El sujeto encarna solo las figuras del opresor y el oprimido, y se explota a sí mismo sin fin porque se ha eliminado el corte que impedía la siniestra circularidad.

En este sentido, el sistema simbólico lo abarca todo sin límite ni reverso, y la superestructura marxiana habría absorbido la base al punto de no haber distinción entre ellas: la materialidad económica sería la del significante. Los explotadores ya no necesariamente pertenecerían a una clase dominante y los explotados se vuelven también explotadores.

En cuanto al sujeto y su condición de inacabamiento en el discurso capitalista, se encuentra con la paradoja de que debe estar completo en la falta. En otras palabras, el sujeto está en un constante recorrido que le recuerda su falta y lo impulsa a buscar formas de hacerle frente. Alemán (2014) ilustra esta idea con varios ejemplos, como la relación circular e inagotable

en la que el sujeto, a pesar de recorrer siempre el mismo camino, nunca deja de encontrar su falta. Además, el autor argumenta que la búsqueda de satisfacción a través del consumo de bienes materiales no es más que una constatación de esta falta, y no una verdadera solución para ella.

Según Alemán (2014), en el discurso capitalista, el sujeto se enfrenta a una conjunción de elementos contrapuestos: la falta y el exceso. Por un lado, padece la opresión y la explotación excesiva del sistema, y por otro, experimenta la falta de alternativas a los significantes que articulan la demanda del Otro. De este modo, el sujeto se ve impulsado a convertirse en un "empresario de sí mismo" (p.22), en una constante búsqueda de recursos y estrategias para hacer frente a la exigencia del discurso capitalista.

Según Alemán (2014), la explotación que persigue la violencia estructural en Galtung tiene su origen en la relación circular continua del sujeto con el goce, el saber y la verdad. En este sentido, el sujeto se explota a sí mismo al romper con una exterioridad que esté fuera del discurso capitalista y al suponer que la única vía para revertir las condiciones que mantienen en funcionamiento al discurso capitalista es el discurso mismo, en la medida en que se le imponga un Real límite. En este sentido, la materialidad significativa se vuelve la única forma posible de materialidad, lo que implica una negación de la realidad material que sustenta la explotación capitalista.

Laclau (2012) ha reflexionado acerca de la necesidad de establecer un límite en el discurso capitalista que permita identificar una exterioridad que le sea ajena y que abra la posibilidad de alterar su funcionamiento. Esta exterioridad es esencial para poder localizar el campo de operación de la violencia y definir el límite de este campo, a fin de pensar en la resistencia. Es importante recordar que el fundamento de la violencia estructural radica en la explotación efectiva, y en este sentido, Laclau hace una distinción clara entre los medios de producción, que ocupan la dimensión simbólica, y los agentes de producción, que representan lo irrepresentable para el sistema.

Los agentes de producción se encuentran alienados dentro del sistema simbólico capitalista, pero esto no significa que sean simplemente significantes que el sistema pueda ubicar. Estos agentes, quienes generan el plus-valor, están inmersos en el proceso de explotación del sistema, pero a la vez representan un límite para éste, ya que el sujeto explotado es algo más que una mera entidad simbólica.

Según Laclau (2012), el sujeto en su carácter de negatividad no es completamente absorbido por el sistema simbólico del capitalismo, lo que le permite pensar que "el antagonismo no surge internamente a la relación de producción, sino entre la relación de producción y algo que el trabajador es con exterioridad a ella" (p. 72). El sujeto es una negatividad en el sentido de que no puede ser plenamente significado por el sistema que lo explota, y sólo puede ser comprendido por la extracción de plus-valor.

El sujeto, al representar una exterioridad al sistema, es un Real para éste y funda la posibilidad de emancipación y la formación de una pluralidad contingente y heterogénea a las actuales formas de producción. El sujeto representa lo Real en tanto potencia creadora en devenir respecto del sistema de producción y su respectiva matriz simbólica. La violencia estructural se logra a través de la identificación alienante generalizadora que cancela la negatividad del sujeto, reduciéndolo a ser fuerza de trabajo, principal objeto de explotación que busca cancelar la resistencia como límite de las formas de producción.

2.5 La vida de condominio y la violencia estructural en la obra de Christian Dunker: una perspectiva crítica sobre la gestión de la vida en el capitalismo

Otra perspectiva considerada en el presente trabajo es la del brasileño Christian Dunker, en lo particular en los abordajes sucesivos nos referiremos a su obra de "Malestar, sufrimiento y síntomas, una psicopatología de Brasil entre paredes". La concepción de la vida en Dunker (2015) se halla determinada por las formas de producción. Las formas de producción requieren de una parcelación de la vida a través de la división del trabajo de la misma manera se requiere de una parcelación de la mente. Dunker denomina "vida de condominio" (p. 10) a la separación de la causa económica respecto de los efectos que provoca. La dominación del capital a través de la explotación de la vida es separada de los efectos en la condición generalizada de pobreza y precariedad de la vida.

La vida de condominio es una administración y gestión del sufrimiento psíquico y el malestar social originado por el principio económico que no debe figurar en tanto tal para la preservación del sistema económico capitalista. La vida de condominio requiere de suturar ideológicamente la falta de la causa económica que se ve impedida a figurar en su condición raíz respecto de los efectos adversos en las dimensiones psíquico y social. La política, la

ideología neoliberal, así como la psicología desempeñan una función neutralizante y despolitizadora.

Para Dunker la condición parcelaria que representa la vida de condominio tiene por propósito el lograr una mejor administración del capital, que requiere de la misma manera una gestión de la vida. En Dunker podemos encontrar una concepción de violencia estructural planteada desde el proceso de gestión de la vida a partir de un sistemático control de factores más inmediatos en los que se desarrolla la vida.

La violencia estructural de la vida de condominio busca, según Dunker, no sólo sostener un esquema económico capitalista basado en la explotación y la dominación, sino que también se logra una mayor eficacia en la examinación de la vida para su dominación, una mejor administración de la vida para verla como un recurso humano, una mejor gestión de la vida para dominarla, y lograr una mejor eficiencia del trabajo para extraer más plus-valor. En Dunker la violencia estructural adquiere tal importancia en la gestión de la vida al punto de hacer difícil la distinción de la vida en sí, y la “vida de condominio” que hace referencia a la dominación, la explotación en el trabajo y la opresión del capital.

Dunker emplea las conceptualizaciones lacanianas para conceptualizar la violencia estructural a través de su concepto de vida de condominio, ligando los efectos de la economía capitalista y sus implicaciones en dos dimensiones: el sufrimiento del sujeto y malestar de carácter social. De manera que en el autor figuran una amplia gama de conceptos lacanianos, de los cuales se rescata aquí su concepción de síntoma como forma de construir en narrativa los malestares sociales que corresponden a la violencia estructural en Galtung.

La concepción de la violencia estructural en Galtung, corresponde con aspectos de la vida en condominio que Dunker conceptualiza: precariedad laboral por la falta de certidumbre, falta de garantía en los derechos y prestaciones del trabajador, pobreza, vulnerabilidad social por falta de servicios médicos, educativos, etc. Podría decirse que la violencia estructural galtungiana tiene como efecto el malestar social que constituye un sufrimiento psíquico propuesto por Dunker.

En Dunker la violencia estructural se puede traducir en conceptos clínicos, bien sea porque la psicología se presta al propósito de psicologizar las causas materiales del sufrimiento cuando patologiza el sufrimiento con el fin de neutralizar y despolitizar, o por el contrario, Dunker utiliza conceptos clínicos para dotarlos de capacidad crítica y denuncia.

Dunker utiliza los conceptos lacanianos de manera hábil en su análisis, lo que le permite profundizar en la noción de violencia estructural. Al respecto, es importante destacar que para Lacan (1955), el síntoma tiene un rol fundamental en la estructura del lenguaje, ya que permite poner de manifiesto la forma en que la significación es construida en la cadena significante. Específicamente, Lacan sostiene que el significante que hace referencia a la verdad sufre una represión que lo obliga a ser sustituido por otro significante, lo que provoca que el significante reprimido se deslice metonímicamente en la cadena significante.

En este sentido, Dunker muestra una clara afinidad con la teoría de Lacan al utilizar sus conceptos para analizar la dinámica de la violencia estructural. Sin embargo, también es importante destacar que Dunker va más allá de Lacan al vincular la represión del significante con la violencia estructural que subyace en las relaciones sociales. De esta manera, Dunker logra hacer puntualizaciones conceptuales valiosas para entender cómo la violencia estructural es parte constituyente de las relaciones sociales que se establecen en el nivel del lenguaje y cómo estas a su vez condicionan la vida cotidiana de los sujetos.

Lacan (1964) denomina como “metafórica” la sustitución sintomática de un significante reprimido por otro significante sustituto. Mientras que Dunker, a esta concepción lacaniana, añade su lectura freudiana sobre el síntoma que permite poner de relieve la violencia estructural. La idea freudiana que Dunker recupera es la doble posibilidad que ofrece el síntoma: no poder hacer (impedir o reprimir una acción) y tener que hacer (asunción de códigos de dominación y opresión). Formulado así, el síntoma es una construcción del lenguaje con la doble posibilidad de, por un costado, mantener lo imperioso del mandato que demanda un seguimiento de los códigos simbólicos de la dominación y normalización que mantienen en silencio el sufrimiento y el malestar; al tiempo que existe la posibilidad contingente de enunciar la verdad cuando se nombra políticamente el malestar.

En la concepción de síntoma de Dunker (2015), no solo es retomada la idea lacaniana sobre lo relativo del tiempo, pues este autor aborda la relación entre pasado, presente y futuro, con una perspectiva crítica relacionada con la noción de violencia estructural. Diríamos que lo relativo implica la posibilidad de experimentar en el presente una reorganización de la historia, mediante un esfuerzo consciente de historización que permita la posibilidad contingente de la libertad futura.

Esta concepción es importante para entender cómo los síntomas se relacionan con la historia personal y colectiva de los individuos y las sociedades. Al abordar el síntoma desde esta perspectiva, Dunker sugiere que es posible utilizar el pasado como un recurso para el presente y el futuro, y que es posible transformar la historia a través de una reflexión crítica sobre las relaciones de poder y la violencia estructural que subyacen en ellas.

Dunker se apoya en la mecánica lacaniana sobre el síntoma. Dicha mecánica consiste en considerar el aspecto sincrónico de la sustitución metafórica del síntoma y su implicación en el juego diacrónico del deslizamiento metonímico del deseo: se considera sintomático cuando la historia adquiere una organización repetitiva del pasado por faltarle su referente que representa la verdad; por otro lado, el proceso sintomático ofrece la posibilidad de cambiar la historia a través de una historización, que consiste en una actualización sincrónica de los acontecimientos del pasado que incluyan el acomodo de la verdad en tanto referente.

La violencia estructural que representa el concepto vida de condominio considera que explotación, dominación y opresión se hallan en el trabajo que se desempeña en la economía capitalista. Para Dunker, esta violencia estructural pone en vilo el presente por ser correlato de sufrimiento por no poder representar otra cosa que no sea fuerza trabajo a explotar.

La vida de condominio deniega la posibilidad de articular la verdad en la historización que le permita al sujeto hacer lazo con la verdad, no en su individualidad, sino de algo que simbólicamente permita nombrar la verdad respecto de su trabajo socialmente útil, para que el presente sea dotado de un activismo transformacional que habilite la posibilidad contingente del futuro libre de la repetición del goce del capital.

¿Cuál es el límite considerado en la concepción del síntoma que a Dunker le sirve para exponer la violencia estructural? Lo real representa el límite de lo simbólico y todo lo que se refiere a ese campo. Dunker rescata de lo real lacaniano dos cualidades: la primera es que se trata del límite del síntoma, y lo segundo es el carácter contingente. Contingente porque al no poder nunca decirse toda la verdad, se admite al mismo que contingentemente podría nombrarse algo de la verdad a través de una infinita variedad de combinatorias posibles con los recursos finitos del lenguaje (Lacan, 1970).

Si consideramos lo inagotable de la verdad respecto de los recursos del lenguaje, y por otro lado, la contingencia de la aparición de la verdad en el lugar del referente, ¿qué podría implicar lo real lacaniano respecto de las reflexiones de Dunker sobre el síntoma como

expresión de la violencia estructural? Dunker (2015) establece una conexión entre la noción de lo real en la teoría lacaniana y malestar en la cultura. Según Dunker, lo real hace referencia a lo imposible de nombrar, aquello que escapa a las categorías simbólicas y que se relaciona con la falta o el vacío constitutivo del sujeto. En este sentido, lo real es una dimensión fundamental del malestar en la cultura, ya que este último surge de la tensión entre las demandas culturales y la estructura psíquica del sujeto.

Para Dunker, el malestar en la cultura se relaciona directamente con la vida de condominio, entendida como una forma de organización social que se apoya en la explotación y la dominación. En este sentido, el capital se convierte en la causa nuclear de la existencia de la vida de condominio, ya que esta se sostiene en la lógica de la acumulación y la maximización del beneficio económico. Sin embargo, nombrar sintomáticamente al capital en tanto causa del sufrimiento y el malestar en la vida de condominio resulta contingente, ya que se trata de un fenómeno que escapa a las categorías simbólicas y que se sitúa en la dimensión de lo real.

La asociación que Dunker (2015) establece entre lo real lacaniano y el malestar en la cultura permite comprender la dimensión fundamental de lo imposible de nombrar en la experiencia del sufrimiento y el malestar. Asimismo, su análisis de la vida de condominio como una forma de organización social que se apoya en la explotación y la dominación destaca la importancia de una reflexión crítica sobre las estructuras sociales y económicas que subyacen en ella.

2.6 De lo real de la vida y el goce, a la identificación con significante y el deseo.

Una perspectiva inexorable para el presente trabajo es la del “marxismo lacaniano”, dada la directa vinculación de varias categorías que corresponden a la violencia estructural que aquí son retomadas (como lo son la explotación, opresión, violencia, etc.), estas categorías son cuidadosamente examinadas a la luz de una la teoría psicoanalítica en el mencionado marxismo lacaniano.

A consideración de la presente investigación, esta perspectiva orienta su trabajo en una reivindicación de la vida. Mientras que otras perspectivas lacanianas y filosóficas ponderan

fundamentalmente la primacía del significante, la importancia de la estructura simbólica, el deseo y la fascinación que causa su singular expresión, o bien, la relación de la ideología con el engaño de lo imaginario. No desestimando todo lo anterior, sino problematizándolo críticamente, Pavón-Cuéllar resalta la importancia de una reivindicación de considerar la base real que representa la vida sobre la cual descansa toda la lógica de la estructura simbólica y la realidad imaginaria.

Del inabarcable análisis que ofrece el marxismo lacaniano, rescatamos los dos siguientes aspectos que son de interés para el presente trabajo: se trata de un trabajo con una mecánica conceptual que implica una dinámica entre conceptos psicoanalíticos comprendidos en el análisis; mientras que el segundo aspecto es que la mencionada mecánica conceptual interna del análisis ofrecida por el marxismo lacaniano, tiene un espíritu profundamente crítico del marxismo. Es decir, los conceptos psicoanalíticos son puestos en una relación dinámica, cuya relación se realiza a partir de una lectura crítica marxista.

A continuación se presenta un recuadro con un compendio de conceptos utilizados en la propuesta teórica del marxismo lacaniano, en el que se ubican conceptos lacanianos con una clara visión marxista:

Lo real	Lo simbólico	Lo imaginario
La vida.	El sujeto y su deseo alienado al deseo del gran Otro.	Identificación con el capital.
Extracción de la fuerza de la vida.	Explotación (de la vida) y opresión (se realiza con la fuerza extraída de nosotros).	Realidad Ideología-supraestructural.
Vida perdida por el sujeto que se experimenta como objeto causa de deseo que	Significante, donde su real fuerza que porta proviene de la vida	Yo alienado en significativo amo del Otro.

se aliena al deseo del gran Otro.	explotada. Sustentos literales.	
Cuerpo en sí del sujeto.	Sujeto cuyo deseo se aliena al deseo del capital.	Lo imaginario tiene por propósito sacar de la visión lo real de la fuerza explotada como fuerza de trabajo que subyace a la fuerza real del significante y la realidad ideológica.
Goce que se experimenta como satisfacción pulsional de muerte.	Plus-de-gozar para el ser del capital que goza de la explotación de la vida para sumar y acumular plus-valor.	Conciencia que no conoce lo real porque desconoce que se halla en el interior de la conciencia del capital.
Verdad inasimilable al saber del Otro.	El saber del gran Otro.	La conciencia es producida por el sistema simbólico.
Trabajo enunciativo.	El super yo articulado por el gran Otro en tanto inconciente transindividual que configura lo enunciable en el lenguaje.	La realidad imaginaria es producida por el sistema simbólico que toma la fuerza real de la vida.
Vida que al pasar al sistema simbólico es tomada como objeto mercantil.	Mercantilización de los sujetos a través de la transformación de la vida en fuerza de trabajo: transformación de la vida en significante.	Acepción de ser comprador e ignorar que también se es un objeto mercantil más que es puesto en el mercado del consumo.

Fuerza productiva.	Estructura y lógica de la producción industrial.	Reacción defensiva de la conciencia ante lo real.
--------------------	--	---

Partiendo de lo anterior, iniciemos por mencionar que el marxismo lacaniano considera la existencia de un espacio político que resulta indispensable considerar, para cualquier análisis crítico, y se trata del momento histórico de las condiciones capitalistas de existencia. Pavón-Cuéllar (2019) nos recuerda que Lacan reconoce que el lenguaje ha sido desde siempre en la historia un empleador de lo humano, que nosotros no adquirimos el lenguaje sino que somos incorporados en él.

Por lo tanto, las condiciones capitalistas de existencia marcan las condiciones intrínsecas de la matriz del lenguaje que codifica al gran Otro. El marxismo lacaniano propone una teoría que define el gran Otro no sólo como tesoro signifiante del lenguaje, sino también como codificación positiva definida por las condiciones materialmente históricas de existencia: es decir, el gran Otro no sólo representa el lenguaje lacaniano, sino que también se trata de incluir formalmente al capital como un lenguaje (Pavón-Cuéllar, 2016).

Aunque Lacan (1972) formula la estructura de un “discurso capitalista” como fórmula de excepción a las cuatro formas de lazo social que representan los discursos del amo, universitario, histórica y del psicoanalista, haciendo patente que el discurso capitalista es un único discurso que no es realmente un discurso, en tanto que en él es imposible establecer un lazo social, así como también admite que tal discurso tendría sus días contados por ser insostenible. Podría llevarnos un importante recorrido retomar aquí las menciones que Lacan dedica al abordaje del capitalismo como elemento relevante de considerar a la hora de pensar las consecuencias conceptuales, teóricas o clínicas.

Por ello, nos limitamos a mencionar que a pesar de que en la enseñanza oral de Lacan y en sus escritos, el capitalismo se halla presente en sus reflexiones y en sus consideraciones teóricas, es notorio que, a diferencia del marxismo lacaniano, Lacan no parece articular suficientemente sus propios conceptos al amparo de una visión crítica para formalizar las consecuencias de una conceptualización del capitalismo. Que Lacan reconozca la deuda que tiene con Marx y su conceptualización del plus-valor como antecedente raíz del plus-degozar, no es sinónimo de profundizar en las consecuencias conceptuales y hasta perjuicios de la práctica clínica en relación a la consecución de la revolución.

Es de resaltar que para el marxismo lacaniano el criterio de la verdad no sólo es un aspecto fundamental en su propuesta teórica, sino que también hace evidente la exigencia de un especial punto de partida en sus reflexiones, y este punto de partida debe ser el de lo “real” lacaniano. Lo real lacaniano para Pavón-Cuéllar (2019) es la vida del sujeto.

Pavón-Cuéllar (2019) critica a los intelectuales que sitúan sus reflexiones desde un punto de partida que termina siendo el objeto de la crítica, es decir, el discurso del amo, el discurso del Otro, y por ende, el discurso del capital. Es decir, que los intelectuales suelen criticar categorías tales como la explotación y la opresión, situándose ellos mismo desde el discurso de la explotación y la opresión. Terminaría tratándose de un efecto de reflexividad donde el capitalismo terminaría pensándose cómodamente a sí mismo a través de las críticas de los intelectuales.

Según Pavón-Cuéllar (2016), el problema de muchos intelectuales y de la mayoría de los lacanianos es que abordan el capitalismo no desde el verdadero objeto de la explotación misma, que es la base del funcionamiento del capitalismo, sino que tanto los lacanianos como los críticos del capitalismo encuentran inadvertidamente su propio límite crítico en el punto donde el capitalismo encuentra el suyo, lo que les impide pensar el sistema de manera más profunda y efectiva. Los críticos terminarían pues por confundir el objeto de explotación del capitalismo con la retórica del capitalismo.

Para evitar esto en cualquier examinación posible del capitalismo, Pavón-Cuéllar (2019) nos propone no partir desde el discurso de la explotación que representa el capitalismo, sino más bien partir desde el objeto de su explotación. El objeto de la explotación es la vida.

¿Por qué razón es necesaria la explotación de la vida? En primer lugar porque la ubicación del capitalismo es la del significante, y “el Capital, como significante, no posee por sí mismo ninguna fuerza real, ningún ímpetu vital, pues no es más que algo puramente simbólico, inanimado, muerto, sin vida propia, sin fuerza intrínseca” (Pavón-Cuéllar, 2014, p. 236). El funcionamiento del Capitalismo en tanto ser muerto requiere vivir de la vida que explota. Esta premisa, como muchas otras en el marxismo lacaniano de Pavón-Cuéllar, es un elemento teórico diferenciador respecto de otras propuestas no sólo lacanianas, sino también filosóficas.

Basta recordar que para una obra como la de la “Topología de la violencia” de Han (2013), toda la argumentación de la explotación de sujetos descansa en el cambio que representa

pasar de la sociedad disciplinaria, a la sociedad de la productividad. Esta transición histórica implica la permutación de la explotación represiva y objetiva por la introyección de esa explotación gracias al desarrollo social impulsado por las tecnologías y la paulatina pérdida de terreno de la represión de Estado que Foucault (2009) ya había considerado.

Bien sea que se trate de una “autoexplotación de los sujetos”, o bien sea que la explotación capitalista se baste con un “Sublime objeto de la ideología” de Žižek (2003) para explicar la explotación capitalista. En contraste con lo anterior, adelantemos que en Pavón-Cuellar encontramos no solamente una compleja aplicación crítica de la teoría lacaniana para una rigurosa examinación del capitalismo, sino que, como ya lo habíamos adelantado, tiene una direccionalidad que orienta su análisis y mecánica conceptual.

Para Pavón-Cuellar (2014) parece ser necesario poner en un primer *ni* al *significante*, o a la ideología y su correlativa realidad imaginaria, sino el orden de lo real de los sujetos, que antes que *sujetos con lazos sociales* son sujetos con vida. Partir de la vida parece permitir no solo un riguroso ordenamiento lógico-argumentativo de los conceptos, sino también afilar la penetrante y reveladora crítica, y así contrastar lo que debe ser resaltado: ubicar en primer lugar que la vida en sí misma, es el objeto de la explotación capitalista.

Es necesario resaltar que para Pavón-Cuellar (2019) la vida en sí no le sirve al capitalismo, sino que más bien se trata de transformar la vida en algo útil para el sistema. Se trata de transformar algo de lo real imposible de significar que le representa la vida al sistema simbólico, y por esta razón permutarla por algo utilizable y compatible en el orden de lo simbólico que configura lo imaginario.

Pavón-Cuellar (2014) sostiene que la violencia capitalista es estructural. Es decir, no se trata solo de considerar la explotación, opresión, represión y alienación que genera el capitalismo, sino también la fuerza de la que se nutre esta violencia estructural. Además, es esencial incluir nuestra voluntad, nuestro deseo, nuestro poder y nuestra fuerza vital para poder combatirla. No se trata de limitarse a una tesis del *amo* en su exterioridad y su alienante investidura que nos identifica con todos los caracteres que el capitalismo representa, sino considerar la genuina esfera del sujeto en su carácter de *extimidad*.

¿Qué implicaría para el autor del marxismo lacaniano atender la esfera del sujeto en su carácter genuinamente de *extimidad*? Iniciemos por recordar la concepción freudiana que distingue el objeto y la investidura con la que es revestido el objeto. La investidura libidinal

de objeto en relación con un sujeto, implica para Freud, una economía de una fuerza psíquica que se halla en su teoría libidinal. Según Freud (1914), la fuerza que hace que el objeto deseado aparezca atractivo para el sujeto no reside en el objeto en sí mismo. Más bien, el sujeto es seducido por el objeto gracias a la libido que deposita inconscientemente en él. De esta manera, el sujeto se ve involucrado en un discurso inconsciente que lo relaciona con el objeto de su deseo.

En este sentido, para esta perspectiva teórica como la del marxismo lacaniano, implica considerar que aquello a lo que nos mantenemos unidos (el capital) no se confunde con la causa por la que nos mantenemos unidos (el objeto causa de deseo). En esta concepción se sostiene que la verdadera naturaleza del goce de la pulsión implica experimentar la vida en las condiciones inmanentes del capitalismo, que se manifiestan en una dimensión simbólica. Pavón-Cuéllar (2014) afirma que:

Aquello a lo que nos aferramos no es el Capital, puramente simbólico, sino el meollo real que el Capital entraña y que no es ni más ni menos que aquello mismo que el Capital nos arrebató para mantenernos aferrados a él. Esto que se nos quita y que nos mantiene unidos al Capital, a la plusvalía que se acumula como Capital, es nuestra propia vida usada como fuerza de trabajo por el Capital, y por ende no gozada como pulsión por nosotros mismos, sino perdida como objeto causa de nuestro deseo, como plus-de-goce que subyace a cualquier plusvalía. (Pavón-Cuéllar, 2014, p. 235)

Pavón-Cuéllar (2019) destaca la transición que se produce desde la vivencia real de la vida, que permite experimentar el goce de la pulsión, hacia una comprensión de la vida en el mundo del lenguaje, donde la vida se convierte en un trabajo orientado a servir a la utilidad del gran Otro. La concepción materialista lacaniana (1975) sobre el lenguaje ubicada en el gran Otro, tesoro signifiante, es para Pavón-Cuéllar el Capital. Esto implica que el Capital no solamente es un lenguaje sino que también es una comprensión lógica de la vida muy particular, se trata de una gestión, una administración de la vida enraizada a las formas de la violencia estructural, en tanto que el sujeto “le da toda su fuerza real a lo puramente simbólico, a lo fabricado por el mismo sujeto, pero diseñado y gestionado por el Otro, por un lenguaje, por un sistema” (pp. 236-237).

De esta manera, conceptos que son correspondientes a la categoría violencia estructural, tales como la explotación y la opresión capitalista, codifican la matriz simbólica que constituye el gran Otro lacaniano. En este punto es necesario entonces intentar seguir la

lógica de cómo se conciben la opresión y explotación capitalista a la luz del marxismo lacaniano.

Iniciemos por explorar la propuesta del autor respecto de la explotación, no negando que parece ser que la propuesta comprende la participación conjunta de la opresión, debido a que para lograr la explotación, se requiere necesariamente la opresión. Haciendo énfasis en que de no ser por la explotación y la opresión de tipo capitalista, no podría ponerse en juego la dimensión del sujeto en psicoanálisis. El sujeto no podría desear aquello de lo cual el sistema capitalista le priva, y tal como ya se había señalado en páginas anteriores, el objeto de la explotación es la vida en sí.

La concepción de la falta constitutiva del deseo para el psicoanálisis, entra en mayor relación con la inmanencia a través del Pavón-Cuéllar. El deseo, a pesar de su carácter contingente e infinita diversidad que ofrece la modalidad de lo singular, en lo más fundamental, todo deseo tendría relación con el mismo origen. La misma explotación se ejerce sin distinción en toda vida que se desarrolla en la estructura del capital que requiere de la explotación de la vida de los sujetos para su propia supervivencia.

Definir al lenguaje, el gran Otro como el capital, requiere también de proponer la estructura del lenguaje, de la cultura, como un espacio de funcionamiento capitalista donde se explota la vida para manufacturar bienes simbólicos útiles en el mercado del sistema.

En términos del marxismo lacaniano, este proceso industrial implica, consecuentemente, la pérdida de la vida que podría ser dedicada a la plena satisfacción pulsional del goce. En lugar de ello, la vida se experimenta como pérdida para el pleno goce, que es consecuencia del emplear la vida al inagotable trabajo de enunciación del lenguaje. Se pierde el goce para la manufactura de la enunciación del discurso del gran Otro (Pavón-Cuéllar, 2019).

El lenguaje, como el gran Otro que representa la matriz lógica del inconsciente, configura el mercado de los objetos que se ponen a la venta. Esta matriz simbólica que es el capital, interpela al sujeto al trabajo manufacturero. En ese sentido, es notoria la distinción entre la parte que configura el diseño y confección de las mercancías y, por otro lado, aquel que dedica su trabajo en la manufactura de las mercancías. El que el sujeto sea portavoz del gran Otro, no significa que sea el sujeto mismo el que se gestione a sí mismo, se auto determine, o si quiera que piense por sí mismo.

Esta perspectiva pone críticamente de relieve la problemática concepción del sujeto y el deseo en psicoanálisis. Tanto la categoría de sujeto, tanto como la de deseo, tienen en común que ninguna de las dos son una sustancia, o perenes y, por ende, no son esencialistas; el sujeto es una relación significativa en condiciones contingentes y el deseo es una enunciación en tanto revelación de la verdad que hace corto con el saber (Lacan, 1965). No solamente la categoría de sujeto y deseo pertenecen a la dimensión simbólica para Lacan, sino que además nada del sujeto ni del deseo se sabe apriorísticamente.

Las posibilidades de combinatorias significantes que pueden tener lugar para el surgimiento del sujeto y el deseo, pudieran ser infinitas. La infinita posibilidad de articulación significativa, no implica para Lacan que en lo que refiere a cada sujeto, la combinatoria pueda ser simplemente cualquiera, sino que más bien en lo singular de cada sujeto, se le supone la existencia de una sola cifra posible para la mencionada articulación significativa.

Podría más bien decirse que mientras que la categoría de sujeto en la teoría psicoanalítica es genérica en el sentido de que reúne dinámicamente un cumulo de conceptos (sujeto, objeto pequeño a, deseo, etc.); mientras que la combinatoria del caso por caso supone la existencia de una sola combinatoria significativa que aplicaría para un sujeto en lo particular:

“sólo hay una cifra que puede operar, ese uno de la cifra que supone un sujeto reducido a este uno de una combinación. Ahí no hay juego; el sujeto no es el receptor universal: tiene la cifra o no la tiene” (Lacan, 1965, p.261).

La interesante propuesta de Pavón- Cuéllar (2014) permite problematizar la infinita posibilidad de expresión significativa del deseo en el caso por caso, pero siempre problematizada en relación con la finitud de la matriz lógica del lenguaje, del gran Otro, del Capital. El deseo y su infinita posibilidad de expresión está comprendido dentro de la limitada lógica material del capital simbólico. Tanto la finita variedad de la batería significativa, tanto como la infinita posibilidad de articulación significativa, se hayan comprendidas en las determinaciones del espacio estructural capitalista y su mercado, espacio donde tiene cabida el deseo.

La alienación del deseo implicaría aquí una conexión directa con la violencia estructural. Tanto la explotación como la opresión capitalista están implicadas en la concepción del deseo y del sujeto. Recordemos que el objeto real de la explotación capitalista es la vida en sí, razón por la cual, la vida que podría ser dedicada a la plena satisfacción pulsional del goce se experimenta como pérdida (Pavón-Cuéllar, 2014). Sin embargo, también recordemos que la transformación de la vida que ejecuta el sistema capitalista (el Otro simbólico lacaniano) en significativa fuerza

de trabajo, no podría ser el objeto de la explotación sin que se tome su propia fuerza para ser explotada. Se requiere del objeto de la explotación (la vida) así como de la opresión que se realiza con la fuerza extraída de nosotros mismos (Pavón-Cuéllar, 2019).

Es decir, el goce se pierde por la presencia del significativo fuerza de trabajo para producir objeto mercantilizados. Por ende, los objetos mercantiles poseen no solo su cualidad cósmica, sino que también portan en ellos la presencia de la pérdida de goce. Si se quedase uno con la pura satisfacción pulsional que implica gozar de la vida, paradójicamente esta se perdería. Para conservar la vida esclavizada por el Otro, se requiere del Otro y, por consecuencia de sus determinaciones, para la supervivencia de la vida.

Esta condición implica problematizar no sólo al sujeto en su dimensión simbólica que le corresponde, sino más aun el orden de lo real que implica la transformación que va del goce pulsional de la vida, por el goce del inconciente que representa el plus-de-gozar. Hay un goce que se pierde como satisfacción puramente pulsional y hay un goce que se gana y se experimenta gracias a la alienación con el Otro que goza a través de nosotros. El plus-de-gozar representa el goce que se encarna en el sujeto, gracias al cual el sujeto goza pulsionalmente de la satisfacción del inconciente.

Pavón-Cuéllar distingue goce, goce del inconciente y plus-de-gozar a través de la categoría de lo abstracto y lo concreto. Las tres mencionadas concepciones tienen una aplicación diferenciada en lo referente al sujeto y al lenguaje entendido como el ser del capital, el inconciente.

En el sentido concreto, un sujeto renuncia al goce de la satisfacción de la pulsión para emplear esa vida en el trabajo útil para el lenguaje a través del significativo fuerza de trabajo; mientras que en el mismo sentido concreto, el plus-de-gozar implica la mencionada renuncia de un sujeto sometido a la explotación de su fuerza de trabajo por el trabajo del inconciente, del lenguaje, y que el sujeto de la explosión por ser “trabajador está perdiendo lo que habría podido ser un suplemento de experiencia gozosa de su propia vida. Este plus-de-goce, por lo tanto, se padece negativamente como una pérdida” (Pavón-Cuéllar, 2019, p. 137).

En el sentido abstracto, el lenguaje, el inconciente, el ser del capital, goza de la satisfacción de la pulsión de muerte a través de la encarnación en el sujeto, al convertir la vida en sí, en relación significativa que representa la concepción de sujeto, es decir se goza de la pulsión de muerte al transformar la vida en la relación precedera del significativo muerto que requiere

la concepción de sujeto. En este nivel, es preciso decir que, el sujeto experimenta, parcialmente, en carne propia el gozo de la pulsión de muerte, habilitado por la alienación con el gran Otro simbólico, el ser del Capital, en este nivel, el sujeto goza en carne propia, la pulsión de muerte del inconciente.

Mientras que en el mismo sentido abstracto, en lo que refiere al gran Otro, el ser del capital, el plus-de-gozar entra en relación directa con el plus-valor. El plus-de-gozar representa para el ser del capital, un excedente de goce pulsional obtenido gracias a la explotación de la vida que se emplea como fuerza de trabajo. Mientras que el plus-valor representa la cantidad de tiempo de vida empleada como fuerza de trabajo no remunerada, y por ello es posible ver en el plus-valor, la presencia de la cantidad de capital que falta del lado del asalariado.

El particular tipo de falta que es posible ver en el plus-valor en el lado del asalariado sostiene la explotación capitalista, al tiempo que la acumulación capitalista. La acumulación capitalista obtenida por la explotación de la fuerza de trabajo permite situar el plus-de-gozar como el “suplemento de posesión pura para la posesividad capitalista, un excedente de goce para el capital, un plus-de-goce para el capitalismo que solo goza de la plusvalía” (Pavón-Cuéllar, 2019, p. 137).

La forma abstracta del plus-de-gozar que gana el capital al momento en que un sujeto renuncia a la vida que podría ser dedicada al goce absoluto de la pulsión, implica la entrada lógica del objeto pequeño a causa de deseo. Para Lacan (1965) el objeto a es un real con la posibilidad de surgir por efecto y orden de la ley del significante y portar la engañosa apariencia de una imagen. El objeto a es un real que no es ni imaginario, ni significante.

Para Lacan (1966) el objeto a es una falta en lo real, un hueco a partir del cual es posible enlazar al sujeto con el gran Otro. Recordemos que esta falta, este real, aplica tanto para el sujeto por efecto de su incursión en el lenguaje, mientras que también aplica en el gran Otro en tanto que también desea el deseo del sujeto. Cuando el sujeto neurótico pierde el pleno goce de su vida que habría sido para la pura satisfacción pulsional, y así emplearse en la exterioridad del lenguaje, en el Otro, queda claro que al sujeto lo que le falta es su vida en sí, de la cual sólo puede gozar parcialmente. El sujeto queda dividido entre la vida que goza y el significante al cual le da vida con su vida.

La condición para que la vida con la cual el sujeto aviva al significante al emplearse en el lenguaje, es que el gran Otro también desee esa vida que emplea como posición enunciante de sus enunciados. Al gran Otro le hace falta la vida que no puede tener por ser un ente muerto, mientras que al sujeto le hace falta su vida misma para el pleno goce de la pulsión de muerte.

La falta de vida en el gran Otro en tanto exterioridad respecto del sujeto, entra en relación con la falta del sujeto: el deseo, la falta, del gran Otro se concatena al dar vuelta en lo real, en la falta, el deseo del sujeto (Lacan, 1966). El objeto a no sólo releva la alienación del sujeto al deseo del Otro, en el sentido de un enlazamiento posibilitado por la compenetración de las faltas, sino que también revela que el deseo del gran Otro deja de ser pura exterioridad y pasa a tener un carácter íntimo (Lacan, 1969).

La compenetración entre las dos faltas que anuda el gran Otro al sujeto, tiene entonces como efecto, el avivamiento del significante a través de la vida que se emplea para desempeñar la posición enunciante del sujeto en el campo del Otro, del lenguaje. Esta transferencia de fuerza real de la vida que se cristaliza en el significante avivado por el sujeto enunciante que Pavón-Cuéllar (2014) resalta, permite que la causa (la falta real de vida libre de la explotación del Otro, del capital) por la cual el sujeto desea el deseo del Otro. La relación con el Otro a través de la falta, permite que el significante caiga en lo real a través de la actividad del ideal del yo, y la imagen de objeto que funda la estancia del yo (Lacan, 1967).

Recordemos en este punto que, para Pavón-Cuellar (2014) la falta que representa el objeto a, es la presencia negativizada de la vida que se halla en el plus-valor de Marx, es la vida que adquiere el significante para el sujeto sin que jamás por ello sea asible. La vida necesaria para emplearla como fuerza de trabajo para producir mercancías, explica el por qué las cosas se comportan como objeto a, por ser algo de lo que no son por sí mismas, su consistencia cósmica comporta consigo un excedente de vida explotada que no se muestra en el carácter de objeto en sí, sino en su revestimiento de ser significante.

La explotación de la vida a través de la opresión de la estructura simbólica define dos formas de desempeñar un trabajo para lograr la transferencia de la fuerza que va de la vida, al trabajo muerto: en lo que refiere al trabajo del gran Otro, el trabajo del ser del Capital, consiste en convertir la vida en sí, en fuerza de trabajo que crea riqueza simbólica y

acumulación de capitales a través del plus-valor. El trabajo del inconciente consiste en se realiza con la vida del sujeto, con su capacidad expresiva, con su fuerza de trabajo.

La violencia estructural estaría asegurada por la transición del plus-de-gozar al plus-valor que previamente fue retomada a través de Pavón-Cuellar. La transición que permite al gran Otro vivir de la explotación de la fuerza de trabajo al apropiarse de la vida del sujeto, requiere de la identificación del sujeto como una “pieza del sistema, un cliente del mercado, un rey del ajedrez, un significante-amor” (Pavón-Cuéllar, 2014, p. 265). El sujeto del inconciente, sujeto del Capital, una vez desprovisto de su vida, agujereado por la falta de goce que acapara el plus-valor, requiere consecuentemente, de la real negación de la verdad.

La violencia estructural desapercibe su consistencia violenta y se contempla imaginariamente a sí misma sólo como estructura simbólica en la medida en que ella misma integra, en el sujeto, su comprensión. Por efecto de esta reflexividad, se constituye la falacia imaginaria en la que el gran Otro se ve a sí mismo a través del sujeto, desestimando el plus-valor en su ecuación.

El discurso del gran Otro crea su punto ciego en el plus-valor que le permite crear en el sujeto una realidad imaginaria que opera al margen de la verdad de su explotación. De esta manera, no sólo lo muerto simbólico se aviva con la sangre de la vida explotada, sino que con esa misma fuerza de la vida, se utiliza como combustible para crear la ficción imaginaria. La espuria de lo imaginario y el significante que miente, trabajan a partir del consumo del real fuerza del sujeto (Pavón-Cuéllar, 2014).

El gran Otro, identifica al sujeto como un elemento significativo con la posibilidad contingente de articular aleatoriamente su discurso a través de la enunciación de sus significantes. Por efecto imaginario, el sujeto no es consciente que articulando el conjunto de sus demandas, termina por enunciar inadvertidamente, su deseo a partir de la lógica metonímica del deseo del gran Otro. La violencia de la explotación capitalista que goza del plus-valor, es expresada en la metonimia del discurso del Otro que el sujeto enuncia.

Lo anterior implica una no disociación del deseo del sujeto por el deseo del Otro en la dimensión simbólica, y habilitada por la relación real de las dos faltas. La real falta es imaginarizada como circuito cerrado que permite la omisión de lo real en su categoría de verdad. Lo real es organizado por lo simbólico, e ignorado por lo imaginario. El Capital comanda su simbolismo basado en la lógica del plus-valor a partir de la obtención de la real

fuerza que se gana por la dominación de la vida que requiere una ideología que imagine la realidad.

Al respecto del revestimiento de lo real por lo imaginario y la dominación de lo real por lo simbólico, Lacan (1966) durante el seminario “La lógica del fantasma” afirma que el objeto a no sólo expresa una real falta estructurante del sujeto dividido que lo hace desear el deseo del Otro, sino que además esa dominación se presenta como un objeto de deseo que se presenta como una imagen de objeto y como significante del ideal del yo. ¿Qué implicaciones tiene esto de acuerdo con el autor?

Lo primero es remarcar que la capacidad de creación del significante es posible gracias a la fuerza que el significante toma de la real fuerza del cuerpo. Con la fuerza que el significante toma del cuerpo, el primero puede desarrollar la realidad del Capital y configurar las imágenes que se le presentan al sujeto. Es decir, que los significantes del Otro, del Capital, tienen la capacidad de dominar y explotar la vida gracias a la realidad significativa que crea, misma que produce una realidad imaginaria que obtura la verdad subversiva del sujeto.

En relación a lo primero, es necesario recordar que el autor retoma la división lacaniana del sujeto, y ello implica que la alienación es dicotómica. El sujeto padece la alienación por la mitad y por ello la explotación que realiza el gran Otro no podría lograrse de no ser por la participación de la voluntad y el deseo del sujeto. Lo segundo es que gracias a la alienación del sujeto en relación al Otro, el lugar del Otro es ubicado parcialmente en el cuerpo del sujeto gracias al cual el sujeto puede gozar del plus-de-goce del Otro, deseando los objetos que el mercado del Otro puede ofrecer.

El sujeto no sólo se ve forzado a trabajar incansablemente para producir los objetos mercantilizados del capitalismo, que en este momento histórico son representados por el gran Otro, que acrecienta plus-valor para el plus-de-goce del Otro, manufacturando los objetos que el discurso del Otro comanda, sino que también estaría trabajando para su propia explotación y opresión.

La explotación de su vida se estaría realizando con la opresión de su propia energía que lo esclaviza gracias a la estructura del lenguaje. La relación del deseo del sujeto por el deseo de plus-valor del Otro, tendría consecuencias en la concepción del deseo mismo, sería deseo de explotación que se hallaría en continua enunciación en el *caso por caso* de la clínica

psicoanalítica. Mientras que lo *particular* de la enunciación estaría dado por la ubicación del sujeto en la estructura del Otro.

2.7 La violencia estructural como expresión del Capital

Los estudios realizados por Pavón-Cuéllar (2016) han proporcionado un amplio campo teórico para analizar la violencia estructural. El autor ha puesto en relación conceptos como la violencia, el Capital y el gran Otro, entre otros, analizándolos y problematizándolos. A partir de sus trabajos, podemos entender con precisión que el Capital es sinónimo de violencia, ya que implica la aniquilación de la vida, transformándola en mercancía cuyo valor de cambio se convierte en una forma de vida explotada y asalariada. Esto genera un incremento de capital a través del plus-valor, mientras que el valor de uso se devalúa.

De este modo, el Capital ha sido la estructura responsable de la violencia que ha existido históricamente desde que comenzó a formar parte de la vida humana. La violencia estructural del Capital se presenta de manera insensible ante la subjetividad, a medida que los dispositivos disponibles en el capitalismo -simbólicos, institucionales, gubernamentales, jurídicos, entre otros- se lo han permitido. Asimismo, su crudeza es proporcional a las disposiciones que se requieran para abarcar más territorio y explotar más vidas

La violencia estructural ha sido responsable del sometimiento de numerosos pueblos a lo largo de la historia, como por ejemplo los africanos conquistados por Inglaterra o los pueblos latinoamericanos conquistados por España, Portugal y Francia. También ha sido responsable de la esclavización de personas de diferentes razas y de la opresión de la clase trabajadora por la burguesía, así como del saqueo de las riquezas endémicas de cada región, tal como sucedió con las minas mexicanas explotadas por Canadá. En todos estos casos, la violencia se origina en la estructura del Capital y se manifiesta a través de diversos dispositivos, como los simbólicos, institucionales, gubernamentales y jurídicos del capitalismo. Esta violencia, insensible a la subjetividad humana, se intensifica y adapta según las disposiciones necesarias para ampliar su territorio y explotar más vidas.

En este sentido, la violencia estructural estaría siempre ligada al Capital y su violencia sería la estructura fundamental que sustenta la apropiación de la vida para su explotación, así como la apropiación del producto producido por el trabajo. La mercantilización de la vida y

la fetichización de las mercancías son coordenadas fundamentales de esta violencia estructural.

La violencia estructural implica la conversión de la vida en algo cuantificable y explotable, lo que a su vez codifica la distribución de la muerte. La vida es inabarcable e incuantificable, pero la lógica del Capital la transforma en una mercancía cuyo valor se reduce a una expresión inerte y numérica. Para el Capital, lo que importa no es la riqueza de vida del jornalero que recolecta el grano de café, sino el valor numérico que ese trabajo pueda generar en alguna pantalla de Wall Street. En este proceso, la mercancía y su valor significativo prevalecen sobre la vida misma, generando una forma de violencia estructural que subordina la vida a la lógica del Capital.

La violencia inherente al capitalismo se manifiesta en la mercantilización de la vida y en la apropiación del producto del trabajo, lo que correlativamente implica la precarización de la vida. Esta relación entre la estructura simbólica del capital y la subjetividad ha sido estudiada por Neil (2011), quien se apoya en la concepción lacaniana de sujeto para analizar la violencia estructural. Neil utiliza otros conceptos de Lacan para abordar de manera profunda este tema, lo que permite una problematización amplia y compleja de la violencia estructural.

En el psicoanálisis lacaniano, la concepción de sujeto se aleja de una visión esencialista y se enfoca en una categoría negativa, que se expresa como una pura relación simbólica entre significantes. Sin embargo, según Calum Neill (2011), esta concepción no necesariamente excluye otros conceptos que pertenecen al mismo plano simbólico, como el deseo, el gran Otro y en general el significativo, y que además, se ven influenciados por las dimensiones de lo real y lo imaginario. Esto tiene implicaciones interesantes en la concepción de la violencia estructural, tema que el autor aborda y que podría aportar al desarrollo de una visión más completa de dicha problemática. Sin embargo, dada la complejidad y amplitud de las ideas de Neill, en este trabajo nos centraremos solo en aquellas que resulten más relevantes para nuestra reflexión sobre la violencia estructural.

Neil (2011) nos recuerda que en el psicoanálisis lacaniano el sujeto vive en el plano simbólico, donde el lenguaje representa al gran Otro, con el que el sujeto se relaciona a través del deseo. Esta relación constituyente del deseo del sujeto respecto del deseo del gran Otro también delimita la presencia o ausencia del sujeto a través del significativo. Es importante

destacar que el sujeto lacaniano no es una entidad esencialista, sino una pura relación simbólica entre significantes. Por lo tanto, el sujeto no es una presencia corpórea de un cuerpo de carne y hueso, sino que se presenta como una relación significativa. El lenguaje no sólo apuntala la estructura simbólica, sino que también condiciona el deseo del sujeto, que se constituye en relación al deseo del Otro. Como Neil señala, “el lenguaje nos precede y nos sucede, incluyendo los objetos con los que nos rodeamos y las personas que nos rodean” (p.32).

La preponderancia del significante se sitúa por encima de las personas y las cosas, las cuales adquieren su representación en el nivel del lenguaje, es decir, en el nivel del Otro. Este proceso representacional de los sujetos y su entorno en el nivel del Otro adquiere un papel fundamental en la violencia estructural, ya que está intrínsecamente relacionado con el capitalismo. La expresión "la muerte de la cosa en sí" condensa el papel preponderante que desempeña el simbolismo en el sujeto y en los objetos representados a nivel subjetivo, cultural y capitalista según el psicoanálisis lacaniano.

Para que el sujeto lacaniano emerja, es preciso que viva en el nivel de representación del lenguaje, en la cultura, en la estructura violenta. El sujeto debe ceder su lugar de vida de carne y hueso a la vida significativa que le permita existir como un puro efecto del lenguaje. Como bien señala Neil (2011), "el sujeto, en cierto sentido, no es más que lenguaje, mientras que, al mismo tiempo, el sujeto no es nada debido al lenguaje" (p. 34). Es decir, el sujeto se define por su relación con el lenguaje y la cultura, pero al mismo tiempo, queda despojado de su dimensión más íntima y esencial como ser humano. La primacía del significante en el nivel del Otro condensa esta violencia estructural que se sitúa en el capitalismo y que afecta tanto al sujeto como a los objetos que lo rodean.

El psicoanálisis lacaniano podría considerarse como una contradicción de la idea cartesiana de la consciencia, que sostiene que el pensamiento consciente es capaz de reconocer todas las motivaciones y deseos que constituyen la subjetividad. Según Neil (2011), el pensamiento impersonal del inconsciente lacaniano implica la sujeción del deseo del gran Otro, que se vincula con el deseo del sujeto a través del significante. Este enlace permite que el deseo del sujeto sea representado por otros significantes en la estructura simbólica del gran Otro. En este contexto, el significante que representa el deseo del sujeto

habilita la posibilidad de desear todo aquello que la estructura violenta del capitalismo puede ofrecer.

En su obra, Neil (2013) hace hincapié en que la relación entre el deseo del sujeto y el deseo del Otro no es simplemente una cuestión de estructuración, sino que también implica una relación entre el deseo subjetivo y la lógica y organización de la sociedad en la que vive. En este sentido, la estructuración subjetiva no solo se basa en sistemas de equivalencia y diferenciación, sino que está influenciada por la lógica social que la organiza. En cuanto a esta lógica, es importante destacar el papel de la violencia y su capacidad para convertir la vida y el entorno en capital.

Para explicar las implicaciones sociales del capital en la subjetividad, Neil (2014) se vale de conceptos psicoanalíticos como la exterioridad del inconsciente en Lacan, las identificaciones imaginarias del yo ideal que permiten al sujeto idealizar a la burguesía y confundirse con ella, las determinaciones del gran Otro en el sujeto a través de la función simbólica de la ley ejecutadas por el ideal del yo y la imposibilidad de que el sujeto en el psicoanálisis lacaniano pueda subsistir independientemente del ámbito social. Según Neil, siempre que se hable del sujeto en este enfoque, “implica siempre ya la asunción de una posición subjetiva que debe estar, en cierta medida, condicionada y ligada en relación con el Otro” (Neil, 2011, p.206).

Aunque Neil (2014) nos recuerda que el sujeto lacaniano, limitado por su carácter representacional del lenguaje, no es el sujeto de carne y hueso, y tampoco se le considera exactamente agente del discurso que enuncia, existe una verdad que sostiene el discurso del sujeto y que apunta hacia lo real, que es necesariamente transindividual (Neil, 2013). En este sentido, la verdad es instigadora del discurso del sujeto, pero no necesariamente representa la realidad objetiva, sino más bien un proceso constante de construcción y reconstrucción de la realidad en el ámbito social.

La verdad a la que apunta el discurso del sujeto permite dar cuenta de lo real de la estructura, su límite, su imposibilidad de ser asimilada a los principios que organizan la matriz simbólica. A diferencia de cualquier otra categoría simbólica o imaginaria, esta verdad no engaña como el falso ser imaginario que se explica en la instancia del yo o el significante que también engaña. Además, permite una salida a la dialéctica del deseo, ya sea para el deseo de reconocimiento, la cancelación de la demanda o el deseo limitador del goce.

La verdad del sujeto puede compararse con la idea de conciencia de clase en Marx. Al igual que esta última, la verdad del sujeto tiene la capacidad de trascender la ideología y poner al descubierto la realidad del capitalismo que explota la vida a través del plus-valor. La verdad que emerge en el lenguaje y en el sistema capitalista podría tener una dimensión performativa, ya que permite reconocer la imposibilidad estructural del sistema y, por lo tanto, abrir la puerta a la posibilidad de transformación.

En su obra, Lara (2016) nos alerta acerca de la importancia de la verdad liberadora en la categoría de sujeto en psicoanálisis. Sin ella, el sujeto estaría condenado a ser un mero efecto del lenguaje, atrapado en la alienación al goce perverso del capital y su deseo necrófilo por la explotación, tortura y dominación. En este sentido, las formas de violencia estructural impiden que los sujetos alienados al capital puedan ejercer la crítica y asumir la culpa de su deseo mortífero, lo que limita su capacidad de transformación y liberación.

La alienación de la subjetividad al Capital no solo permite la identificación imaginaria que confunde al sujeto con el Capital, sino que también afecta al nivel del significante. Los significantes del lenguaje, considerados como tesoro significativo, se organizan en forma de cadenas significantes que, según Lara (2016), pueden colocarse en la estructura violenta de tres maneras: la primera es la élite que disfruta de privilegios gracias a su representación del Capital, lo que les permite realizar el discurso de la violencia, transformando la vida en objeto de explotación y esclavizando el trabajo por el plus-valor, saqueando sociedades enteras. En segundo lugar, están los sujetos que siguen los significantes impuestos sin lograr los beneficios de la élite. Por último, se encuentran las minorías que se oponen a los significantes impuestos y reciben la violencia en su forma más cruda.

El autor identifica tres formas principales que se realizan en la estructura capitalista: el goce del privilegio asentado en la explotación, la del servilismo y la aniquilación. La clase privilegiada está destinada al vaciamiento de cualquier posibilidad de subjetivación más allá del pleno deseo del capital y su afán por lo material, mientras que los sujetos alienados disfrutan de la fantasía ideológica que no impide su padecimiento de la violencia denominada insensible por Galtung (2003) como, pues el acomodo lógico-simbólico los ubica como la personificación de la ideología, pero sobre todo como meros significantes de fuerza de trabajo. Por último, encontramos aquellos que reciben la violencia más mortífera por su resistencia a representar solamente el significante de fuerza de trabajo para el capitalismo.

La violencia en tanto estructura tiene una presencia amplia y diversa en todos los sectores sociales, pero su expresión y propósito pueden variar. La burguesía, por ejemplo, puede encarnar el goce del capital y su deseo por la aniquilación de la vida, ser parte de la fuerza de trabajo y padecer la explotación de la vida a través del plus-valor, o participar en el activismo político y sufrir la misma explotación, pero con la amenaza adicional de ser aniquilados. En resumen, la estructura violenta se manifiesta de formas diversas en función del papel que cada individuo o grupo social desempeña en la matriz simbólica del capitalismo. Lara (2016) señala que la violencia estructural no solo se ejerce de forma visible y directa, sino que también se infiltra en la ideología y la subjetividad de los individuos, lo que les lleva a aceptar la explotación y la opresión como algo natural e inevitable.

Se dispara sobre, mujeres, niños y jóvenes como si fueran un obstáculo para el desarrollo social y económico de un mundo embriagado, extasiado, condenado al ininterrumpido goce del fracaso de una sociedad más igualitaria. Se goza como una bestia devorando a sus presas en el coliseo abarrotado. Se grita a los emperadores como lo hacían los súbditos, aplaudiendo la corrupción, la destrucción de los cuerpos humanos como objetos sin valor. (p.86)

La violencia estructural del Capital se caracteriza por la destrucción de los cuerpos y la mercantilización de la vida. Esta violencia no solo es legitimada por la ideología del Estado, sino que también cuenta con el respaldo de los aparatos gubernamentales, cuyo poder, según Hobbes (2016), proviene del consentimiento de los sujetos. En este sentido, podemos afirmar que la violencia estructural no es ajena a ningún sector social, sino que atraviesa todas las esferas de la sociedad, perpetuando la explotación y la opresión de los cuerpos y las subjetividades.

La violencia estructural es la causa de la desigualdad que se capitaliza a expensas de la barbarie que ocurre en la sociedad. Tanto el Estado como el Capital obtienen su poder letal de la conversión de la vida en fuerza de trabajo, lo que perpetúa la opresión y la explotación. Además, el Estado se financia a través de los aportes significativos de la ciudadanía, quienes son explotados para financiar la estructura gubernamental. Los sujetos a los que el Estado se refiere como ciudadanía son, paradójicamente, aquellos que sostienen el poder del significante y su ejercicio estructural.

CAPÍTULO III: ANÁLISIS CONCEPTUAL DE LOS POSIBLES VÍNCULOS ENTRE CONCEPCIÓN DEL SUJETO Y VIOLENCIA ESTRUCTURAL

3.1 Construcción de la violencia estructural

A lo largo del presente trabajo hemos revisado diferentes autores que abordan diferentes maneras de reflexionar psicoanalíticamente categorías que corresponden a la violencia estructural. Es necesario ahora comenzar por abordar posibles propuestas que permitan construir psicoanalíticamente la concepción de violencia estructural.

Es necesario resaltar que no se apunta a una construcción original que no tenga precedentes, sino que por el contrario se aspira a una síntesis conceptual de la violencia estructural que retome en lo más elemental el amplio y vasto trabajo de autores que se han citado con anterioridad. Es decir, previamente nos hemos dedicado a retomar trabajos de autores que explícitamente o indirectamente tocan la concepción de la violencia estructural.

Sin embargo, a pesar de que la violencia estructural ha convocado a múltiples disertaciones así como trabajos escritos, esta vastedad no se refleja en la misma medida en una definición de violencia estructural que sea adoptada por varios de los diferentes autores citados. Es probable que esta falta de uso explícito de la “violencia estructural” como concepto central en los diferentes trabajos sea debido a que en dichos trabajos se abocan a estudiar alguna o varias de las categorías que conciernen directamente o indirectamente sin por ello verse en la forzosa necesidad de hacer uso del concepto de la “violencia estructural” como tal.

Por un lado se trata de un concepto contemporáneo que aparece en importantes estudiosos del psicoanálisis que son sensibles a las causas de lucha social y política que buscan combatir activamente contra el poder y las injusticias por la desigualdad social que suele encrudecerse en poblaciones cada vez más empobrecidas. Vemos así que el uso del concepto de violencia estructural es usado explícitamente en la importante obra colectiva antes referida: *De la Pulsión de muerte a la represión de estado. Marxismo y psicoanálisis ante la violencia estructural del capitalismo* (2016) que reúne diferentes trabajos dedicados a examinar la violencia estructural como tal, aunado a esto es notorio el uso de la violencia estructural como

concepto figura en diferentes trabajos de Parker y Pavón-Cuellar, pero al margen de esta obra y autores mencionados, su uso es poco frecuente.

Su escaso uso es probable que se deba a que el concepto es muy amplio y abarcativo y los diferentes autores y autoras que examinan formas de la violencia estructural suelen realizar sus trabajos enfocándose mucho más a un examen minucioso que les permita profundidad y especificidad. No obstante, los trabajos en los que aparece explícitamente el concepto de violencia estructural parecen atender una dimensión de relevancia de las elaboraciones teóricas comprometidas con la realidad social: se trata pues del compromiso de los trabajos académicos e intelectuales que dedican su trabajo a la transformación de la realidad a través de su compromiso con la acción política y lucha emancipadora.

Esto desde luego supone una amplia diversidad no solo de numerosos estudios de cualquiera de las categorías que podrían corresponder a la violencia estructural (violencia de género, racial, económica, política, ideológica, etc.), sino que también esta amplitud, complejidad y diversidad se halla presente en la manera de abordar y examinar cada uno de los temas problematizados.

Esto supone también lo problemático de tener coincidencias entre las perspectivas de los diversos trabajos que abordan formas de la violencia estructural en la misma medida que divergencias. Lo relevante de esto es que esta condición no parece menguar la construcción del concepto “violencia estructural” en tanto que se considera lo siguiente: 1) la construcción del concepto “violencia estructural” parece aprovechar la experiencia, complejidad de pensamiento y fuerza colectiva de diversos autores y autoras provenientes de diferentes contextos, se trata pues de sumar numerosos esfuerzos sin dejar del lado que lo sumado está hecho por diferencias; 2) la violencia estructural no solo permite reunir fuerzas comprometidas con la lucha social a través de la suma de los diferentes esfuerzos, sino que la concepción se muestra con apertura al diálogo y reflexión producto de poner en debate las diferencias, provocando así también la apertura al movimiento sensible a la renovación y vigencia.

Diríamos que la construcción de la violencia estructural como concepto se halla forjado por una vastedad y diversidad de trabajos de distintos autores provenientes de diversos contextos reflexionando desde su singularidad. Este enriquecimiento hecho por la diversidad

construye una propuesta conceptual labrada por una alta exigencia teórica que nunca se separa de su objetivo principal que es la erradicación de las violencias estructurales.

Este carácter práctico es parte de la constitución inmanente del concepto “violencia estructural” para con los fenómenos de violencias que configuran el capitalismo en nuestra época. Este carácter inmanente del concepto violencia estructural ahora debe ser revisado a la luz de las aportaciones de los autores previamente revisados, pues recordemos que aunque es el sociólogo Johan Galtung quien a finales de los años sesenta popularizara el término nutriéndose de la teoría marxista, es un concepto que se ha venido construyendo de una manera aun más reciente, novedosa y atrayente desde el campo del psicoanálisis.

3.2.- El psicoanálisis contra el poder, la opresión, explotación, colonización y el patriarcado.

Ya que hemos identificado que el concepto de “violencia estructural” se halla enriquecido por una amplia diversidad de reflexiones plasmadas en diversos trabajos de distintos autores y autoras y que a su vez el concepto tiene la tendencia a unificar fuerzas que denuncian las violencias sistémicas. Una vez hecho este recorrido general podemos revisar ahora más al detalle los elementos que se suelen incluir en la concepción de la violencia estructural.

Como ya hemos mencionado en los primeros apartados del presente trabajo, la concepción de la violencia estructural tiene una fuerte compatibilidad con el marxismo; esto no es de extrañar pues es la tradición marxista como ninguna otra la que ha permitido visibilizar y denunciar las fuerzas coercitivas, beligerantes, represivas y opresivas del capitalismo, y ello ha permitido influir e inspirar diversos trabajos críticos. El psicoanálisis no ha sido la excepción e históricamente ha sido buen receptor del marxismo. La concepción de la llamada violencia estructural es buena muestra de ello. Debemos ahora preguntarnos ¿qué es lo que recoge y reúne críticamente la concepción de la violencia estructural?

En este sentido, antes de ofrecer una respuesta, conviene recordar que se trata de una revisión panorámica con poca sensibilidad ante los detalles más finos, para privilegiar el seguimiento de la construcción de la violencia estructural a través de los elementos que en mayor medida son empleados en los diferentes trabajos.

Inicialmente podríamos asumir que la concepción de la violencia estructural utilizada en el campo del pensamiento psicoanalítico tiene una fuerte influencia del marxismo, puesto que aunque no todos los trabajos que abordan sus reflexiones desde la violencia estructural se declaran explícitamente marxistas, sus planteamientos, sin embargo, sí tienden a coincidir en planteamientos de orientación marxista: a pesar de que la violencia estructural podría reunir un abanico importante de violencias sin necesariamente aludir a una jerarquía entre ellas; podríamos también observar que se hace referencia a la violencia económica principalmente al aludirse al objetivo principal que es lograr y mantener la explotación, esta violencia requiere a su vez ejercer otras violencias estructurales como la política, la colonial, la ideológica, patriarcal, etc.

Tenemos así ya los elementos mínimos que conforman internamente el concepto de “violencia estructural” que, como vemos, se separa ya terminológicamente de la concepción ofrecida por Galtung. Mientras que Galtung tiende a explicar la violencia estructural de la explotación a través de otras violencias y por tanto elementos estructurales, tales como: la penetración, segmentación, marginación y fragmentación; en el campo del pensamiento psicoanalítico se ha optado por denominar las violencias estructurales a través de señalar al plus-valor como producto de la explotación de trabajo humano, la ideologización permite la opresión de los sujetos a través de la enajenación de la consciencia, el colonialismo que ejerce su violencia a través de la lógica del capital global que oprime económica y políticamente a los pueblos más vulnerados, el racismo que sigue privilegiando el modelo norteamericano y europeo en detrimento de todo lo diferente y la violencia patriarcal que sigue ubicando el falo centrismo como eje a partir del cual no solo se debería explicar las relaciones interpersonales sino también laborales, académicas, familiares, etc.

Por otro lado, este conjunto de violencias que se evocan al referirse a la violencia estructural en el pensamiento psicoanalítico, parecen también tener la virtud no solo de mantener al psicoanálisis vigente en la discusión de los fenómenos sociales y así mantener afilado el sentido crítico, sino también permite prevenir de confundir al psicoanálisis con una cosmovisión del mundo. Es decir, el psicoanálisis al recurrir a la concepción de la violencia estructural permite también nombrar elementos concretos que son independientes a los sujetos pero que constituyen por sus efectos en gran medida el sufrimiento humano a gran escala.

Esta característica de la violencia estructural que permite no solo ser un concepto para nombrar los efectos nocivos que repercuten en la subjetividad sino también denunciar lo real subyacente al sufrimiento humano, permite conjuntamente una posibilidad inmanente para que el psicoanálisis siga anclado al servicio de reflexionar sobre posibilidades de cura en un momento histórico configurado por las violencias estructurales del capitalismo.

Esta posibilidad que la concepción de violencia estructural ofrece para pensar en una exterioridad respecto del psicoanálisis, también parece tener efectos importantes en cuanto a mantener en estado de constante movimiento y actualización los conceptos que sí pertenecen a la disciplina del psicoanálisis como tal. La violencia estructural al ser un concepto que apunta aspectos externos respecto de aquellos que sostienen la teoría psicoanalítica, exige el empleo de conceptos psicoanalíticos, a partir de los cuales, se pueda problematizar lógicamente las violencias estructurales a las que cada trabajo se dedica a examinar.

Por ello, ahora nos dedicaremos a examinar un poco más a detalle algunas elaboraciones de la puesta en relación de la violencia estructural con conceptos provenientes del psicoanálisis, tal como es el caso de la concepción del sujeto y conceptos relativos al psicoanálisis lacaniano.

3.3.- El sujeto y la violencia estructural

La concepción de la violencia estructural se muestra permeable ante los distintos esfuerzos de diversos trabajos críticos. Esta cualidad de permeabilidad le permite a la concepción de la violencia estructural condensar un vasto poder crítico dado por su gran espesor teórico y un implacable ímpetu por el activismo político para combatir todas las formas en que la violencia estructural se padece. Estas cualidades presentes en la concepción de la violencia estructural han revolucionado también el lenguaje teórico del psicoanálisis lacaniano, por ello, es necesario dar una revisión de propuestas previamente citadas en los que se ponen en relación conceptos del psicoanálisis lacaniano y de la violencia estructural.

Comencemos por revisar la concepción de sujeto en psicoanálisis lacaniano, pues es gracias a él, que el resto de conceptos a revisar hacen aparición. Lo primero que debemos mencionar es que todos los trabajos aquí revisados, siguen muy de cerca la propuesta lacaniana sobre el sujeto. Por consiguiente, todas las propuestas revisadas coinciden en la dimensión simbólica en la que el sujeto del psicoanálisis lacaniano habita, esto gracias a su

tendencia a la representación que el significante le habilita. Por otro lado, también hay consenso en asumir que el sujeto que el psicoanálisis lacaniano concibe, es aquél que vive en la representación significativa que es articulada discursivamente y desaparece tan pronto como la combinatoria significativa desaparece.

El aspecto novedoso que aporta la relación crítica de la concepción del sujeto con la de la violencia estructural, descansa en el hecho de que la concepción de sujeto renueva su capacidad de resistencia al deterioro teórico, así como un marcado realce a su capacidad transformacional. Estas dos virtudes permiten que la concepción del sujeto en psicoanálisis lacaniano no solo renueve su capacidad de permanecer vigente, al resistirse al deterioro teórico, sino que además sea resaltado en el concepto un potencial transformacional cuyos rubros ya no se limitan al espectro teórico, sino que además permite que sea retomado su carácter inmanente y se rescate su compromiso con lo social y político, reconociendo que se trata de aspectos insoslayables que trascienden al sujeto.

Esto nos recuerda que a Lacan (1967/2008) no le era indiferente la política, sino que afirmaba que el sujeto del psicoanálisis es aquel que se las ve con el “inconsciente” que no es otra cosa sino muy precisamente “la política” (p.93). El aspecto inmanente del sujeto es examinado en los distintos trabajos de manera muy cautelosa, al no caer en una psicologización del sujeto y con ello incurrir en la trampa del metalenguaje.

Notamos que al examinar la concepción del sujeto en relación con la violencia estructural, no solo permite recordar que en dicha concepción no hay una disociación entre las condiciones reales de existencia y los medios simbólicos e imaginarios que le corresponden a esa existencia, sino que antes bien, los tres registros simbólico, imaginario y real se hallan enlazados. Este enlazamiento que nos permite relacionar las concepciones de sujeto y la violencia estructural, nos recuerdan también a la apuesta materialista con Lacan (1975) concibió la realidad subjetiva, al poner en continuidad la materialidad y lo subjetivo.

Desde luego, lo material no se reduce a lo empírico o lo positivo, sino que se reconoce en lo material una exterioridad constitutiva de la subjetividad. Es decir, se ubica en lo material una dimensión real que se muestra imposible de ser aprendida en su totalidad por lo simbólico y lo imaginario.

La materialidad aquí retomada es de carácter monista que no se es capaz de distinguir tajantemente la materialidad exterior en la que se incluye la economía, política, ideología,

etc., y en general todo lo que constituye lo caracterizado como el inconsciente, y, por otro lado, la subjetividad que también es materialidad subjetiva, sino que por el contrario la materialidad subjetiva y la materialidad económica y política forman partes de una misma unidad. El sujeto no siempre es capaz de dar cuenta de su propia materialidad con vida, puesto que frecuentemente, el inconsciente prefiere olvidarse de esta materia viviente, gracias a la cual, el lenguaje adquiere vida a través de las enunciaciones que es capaz de lograr el sujeto vivo. En otras palabras, se rescata la idea que esboza una exterioridad material inanimada que trasciende y desborda a los sujetos, al mismo tiempo que ese espacio material exterior sujeta la subjetividad que no es otra cosa sino materialidad viva.

Esta distinción es de notable relevancia, pues es gracias a ella que no solo es posible mantener una relación en la que se distinguen estas dos materialidades, digamos, la de la violencia estructural y la del sujeto, sino que posibilita un análisis con mayor precisión que es consecuencia de esa relación conceptual. Esto es de notable importancia a la hora de considerar la vigencia y la no degradación conceptual de la categoría de sujeto, pues a menudo se puede observar la psicologización de la concepción del sujeto si dicha concepción es abordada en reflexiones en las que no son incluye el problema de la violencia estructural. Esta psicologización aparece incluso en aquellos psicoanalistas que se apasionan con la alta formalización de la jerga psicoanalítica, al resaltar acríticamente que el sujeto nada tiene que ver con la materialidad viva.

Esta puesta en relación moebiana que enlaza la exterioridad e interioridad, ha permitido a trabajos aquí retomados, reflexionar las implicaciones de la violencia estructural en el sujeto, no dejando de lado un marcado cuidado en dichos análisis, el carácter negativo de concepción.

En oposición a una estéril ecuanimidad, encontramos una novedosa formulación teórica-activista que aprovecha el entrecruzamiento de la concepción del sujeto y las violencias estructurales que lo oprimen, se trata pues del “sujeto revolucionario” que trasciende lo privado de la clínica psicoanalítica y lo reconduce a las funciones simbólicas del trabajo socialmente útil y la lucha política. Esta propuesta lleva hasta sus últimas consecuencias lo trascendente que es el lenguaje para el sujeto, al canalizar su lucha contra las violencias estructurales tanto en la “clínica lo mismo que en la política, el sujeto revolucionario aparece

y desaparece, nace, se forja en la lucha y se desvanece nuevamente cuando su trabajo ha terminado.” (Parker & Pavón-Cuéllar, 2021, p.44).

Tanto esta propuesta, tanto como las diversas propuestas que se han revisado, son fieles a los planteamientos lacanianos respecto a la vacuidad y la negatividad de la categoría de sujeto y, al mismo tiempo propone un potencial contestatario ante las violencias estructurales de lenguaje. Nos dedicaremos a retomar las siguientes:

1) la negatividad propia de la concepción del sujeto entra en relación dialéctica con las condiciones que los autores le adjudican al lenguaje. Es decir, las reflexiones revisadas denuncian las violencias estructurales del lenguaje en el que se incluye lo económico, político, ideológico, etc. Se identifica en el capitalismo una condición subjetivante puesto que los factores sociales, políticos, económicos e ideológicos, en su conjunto, integran las condiciones que atraviesan la subjetividad; es de resaltar también que reconocer la participación del capitalismo como mundo circundante con el cual se relaciona el sujeto, no implica, una definición positiva de lo que es el sujeto;

2) definir a un sujeto revolucionario no solo no le resta la cualidad negativa con la que el psicoanálisis rompe con la psicología, sino que realza la condición de real división del sujeto. La concepción del sujeto conlleva la imposibilidad de una alienación total que anule cualquier posibilidad de revolucionar el lenguaje que parcialmente habita al sujeto. Ser revolucionario se enuncia como potencialidad y no como una definición apriorística que anule la capacidad enunciativa del sujeto. Lo revolucionario del sujeto apela la irreductible libertad que tienen los sujetos, independientemente del sistema cerrado que representa el lenguaje y el capital. Lo revolucionario del sujeto tiende al desbordamiento de los enunciados del capital, es decir, la creatividad, la originalidad y al mismo tiempo implica al sujeto y su ética: pues son vinculadas las condiciones materiales de existencia, el lenguaje, y el capitalismo.

Esta sincronía que recoge tanto la diacronía del sujeto, las condiciones de existencia y su inevitable negatividad, es algo que podemos apreciar como una doble aportación de la puesta en relación de las concepciones de sujeto y la violencia estructural. Se trata de una propuesta teórico-ética de consecuencias políticas que se muestra mordaz ante la tendiente ecuanimidad que suele permear en el psicoanálisis cuando se ve reducida su sensibilidad ante las opresiones constitutivas del lenguaje.

Esto parece ser así debido a que en los trabajos revisados se localiza el riesgo que se corre cuando únicamente se apela a la negatividad de la concepción del sujeto del psicoanálisis lacaniano, puesto que dicha concepción quedaría expuesta, paradójicamente, a la psicologización, perdiendo así su potencial revolucionario. Esto podría ocurrir debido a que los análisis muestran que el deseo del sujeto tiende a la alienación al deseo del capital, su identificación con el capital, quedando atrapado el *objeto a* al servicio del goce del capital. Por ello ahora, nos dedicaremos a revisar dichos conceptos relativos al sujeto, basándonos en algunas implicaciones conceptuales una vez puestos en relación con la violencia estructural.

3.4.- Movimiento dialéctico en conceptos psicoanalíticos a partir de la violencia estructural

La puesta en relación lógica permite un realce dialéctico de los conceptos psicoanalíticos. De la misma manera en que la concepción de la violencia estructural realza el carácter dialéctico de la concepción del sujeto, consecuentemente esto ocurre también con otros elementos fundamentales del psicoanálisis. Una vez revisados algunos de los efectos conceptuales que más frecuentemente encontramos en la categoría de sujeto debemos ahora hacer lo mismo con los conceptos inconsciente, deseo, verdad, saber, goce y objeto a.

Retomemos el hilo a partir de ubicarnos en la enmarcación en la que todos los autores citados en este trabajo concuerdan: el lenguaje en la obra lacaniana se equipara a un sistema simbólico que representa al capitalismo, lo que implica que el lenguaje es equiparable al capitalismo: ello implica que es frecuente encontrar ideas que versan sobre el lenguaje subsumido en la lógica capitalista.

Es decir que, la profundidad, espesor y complejidad que adquiere el concepto del lenguaje en la obra lacaniana, no se compara con la profundidad de análisis, así como sus consecuencias que adquiere el concepto del lenguaje al igualarlo al capitalismo como tal. Es probable que esto suceda así debido a que el capitalismo al ser un momento histórico, tal como también lo han sido la época esclavista, feudal, o capitalista, no podría por ello el lenguaje reducirse a ser un concepto cuya única configuración posible sería el capitalismo. No obstante, esta condición no ha impedido que los diversos trabajos aquí citados aborden el

inconsciente en su configuración de este momento histórico del capitalismo, así como su violencia estructural que representa.

Este abordaje crítico de la concepción del inconsciente lacaniano, retomado a partir del propio Lacan y amplificada su capacidad crítica en los análisis ofrecidos por los autores, es algo que ha permitido paralelamente observar consecuencias en el concepto de la verdad del sujeto. Esto, debido a que la concepción lacaniana del sujeto implica también la represión. La represión se ejerce en el sujeto, ya que éste funge como representante de una verdad que está representada. Esta verdad es verdadera en el sentido de que se trata de una inflexión del saber del lenguaje.

Por su parte, el saber es algo impersonal que no le pertenece a nadie en sí, sino que se trata de una construcción social realizada por los sujetos para desempeñar sus funciones útiles en sociedad. Esta construcción socialmente útil representa al gran Otro del lenguaje, que es el tesoro signifiante. Este tesoro signifiante contiene todas las combinaciones significantes que en su conjunto, constituyen la matriz simbólica necesarias para perpetuar su reproducción como sistema cerrado. Por lo tanto, este saber evoca tanto la concepción del inconsciente así como la ideología.

Se trata de un saber inconsciente que al ser articulado en el discurso del sujeto no solo orienta la acción del sujeto en la estructura del capitalismo que le permita saber lo que debe desempeñar, sino que paralelamente se articula el gran Otro, se articula el capitalismo sin que esto le sea asequible al sujeto que lo habla. Diríamos que, el inconsciente cuando es articulado en el habla de los sujetos no solo desempeñan una función útil para la estructura del capitalismo, sino que además los sujetos cuando desempeñan el discurso del saber, inconscientemente le dan vida al capitalismo.

El saber inconsciente le permite a los sujetos desempeñar funciones sociales tales como: el trabajo, reproducir roles familiares, relaciones interpersonales, acciones que el sujeto reconoce tener la atención de dejar de hacer, etc. Es decir, que el saber inconsciente es una forma para que el sujeto pueda realizar la producción del capitalismo. Esto se hace posible gracias a que el saber inconsciente articula también la ideología del capitalismo que exagera la condición individualista del sujeto, misma que le hace creer que sirviendo al sistema simbólico capitalista, se sirve a sí mismo.

Ahora debemos retomar el hilo entorno a la represión del sujeto en la estructura del significante. El sujeto al estar identificado con el significante, este último pasa ocupar su representación en el orden simbólico, mismo que lo somete a sus leyes y normas. De entrada, podríamos aceptar que una representación no le concierne a un solo sujeto sino a varios sujetos. Aceptando que una representación le concierne a algo mayor que un solo sujeto aunque el sujeto mismo sea incluido en esa representación, podríamos aceptar también que esa representación que padece la represión a través de su representante, tiene un verdadero giro con respecto del saber. Diríamos en este sentido que la verdad del sujeto es un real contrasentido del saber.

Este contrasentido no sólo revela el límite, el no todo de la estructura del saber sino que atenta contra la continuidad de la estructura. En este sentido, los análisis aquí revisados parecen apuntalar al saber como algo impersonal que se halla en lenguaje, constituido históricamente por las contribuciones de los sujetos a través de su trabajo, este trabajo que genera saber, es luego adjudicado por el gran Otro a través del discurso universitario, ya no sólo para que los sujetos desempeñen su rol en la estructura del capitalismo, sino también sirve al propósito de la dominación de los sujetos que desempeñan una función en esa estructura.

Este saber inconciente es escindido por la verdad del sujeto. Diríamos que, mientras que el saber es hablado por los sujetos aun y cuando no den cuenta de ese saber hablado que produce el poder de la violencia estructural capitalista, se articula inadvertidamente la verdad singular del sujeto. Al momento de que el sujeto realiza la combinatoria significantes del saber hablado, la verdad del sujeto también aparece inadvertidamente en esa combinatoria fisurante del sistema cerrado del saber, provocando así la emergencia de un sinsentido.

El sujeto es inseparable de las condiciones materiales construidas aleatoriamente en su historia, mismas que lo singularizan y lo enraízan a una particular biografía de vida. Estas condiciones históricas singulares inherentes al sujeto, se expresan como un real creativo en las combinatorias significantes que el sujeto enuncia. Estas combinaciones significantes inéditas del sujeto no sólo permiten una historización que reúne las condiciones biográficas de vida a la luz de una perspectiva nunca antes considerada por el sujeto, sino que también rompe con el saber tecnificado y acrítico que mantiene la producción de la maquinaria capitalista, la cual se beneficia de la explotación humana gracias al plus-valor.

Este corte con el saber a partir de la enunciación de la verdad del sujeto, tiene el potencial para organizar una nueva forma de lazo social inspirada en las condiciones pasadas, que a consideración del sujeto, deben ser superadas para un mejor futuro.

saber es una habilidad práctica que se adquiere a través de la experiencia y que es esencial para la producción y el trabajo efectivo

Esta capacidad del sujeto para enunciar la verdad que se enfrenta al saber fundante de la violencia estructural del lenguaje, da cuenta de la posibilidad que el sujeto tiene para lograr realizar una formulación inédita del lenguaje como tal. Dicho de otra manera, el sujeto representante de la representación es objeto de la represión debido a su potencial representacional que se comporta como un real para el sistema simbólico sustentado en la violencia estructural. Diríamos que la represión ejercida por la violencia estructural se enfoca en todo sujeto que potencialmente articule, desde su singularidad, combinatorias significante representes de la representación del socialismo o comunismo.

Esta posibilidad de combinaciones significantes capaces de conducir la concepción del sujeto como abertura del lenguaje y expresión singular, termina enlazado éticamente al deseo como activismo por la liberación del ejercicio coercitivo de la violencia estructural. Esta concepción crítica del deseo y el sujeto en relación con la violencia estructural, no pierde de vista el carácter contingente del deseo del sujeto y su enajenación. Los estudios aquí revisados advierten que en un primero momento el deseo se constituye por referencia dialéctica con el deseo del Otro, no obstante, también se resalta que la alienación no es el único derrotero posible al que el deseo del sujeto puede llegar.

El deseo del sujeto puede ser alienado, pero esta alienación es siempre parcial por la condición dividida del sujeto, tal como han coincidido Parker, Pavón-Cuéllar, Laclau, Alemán, entre otros. El Capital encuentra la manera de uncir su consciencia como aquella que inconscientemente domine parcialmente la consciencia del sujeto, a través de las formas alienantes de la identificación.

En este sentido la consciencia del sujeto es parcialmente un efecto de la violencia estructural. Pues es en la consciencia del sujeto donde pueden encontrarse configuraciones del drama biográfico único e irrepetible, de la misma manera que funciona como un orientador de las aspiraciones del sujeto a través de los ideales del yo. Del mismo modo, es en la consciencia donde podrían ubicarse un reconocimiento positivo de las violencias

estructurales, lo suficiente como para que sea susceptible de normalización y aceptación de las violencias y volverlas estructurales (procesos efectivos de carácter coercitivo y opresivos pero “insensibles”), tal como nos lo advierte Fanon (2009).

Por otro lado, también se observa en las reflexiones de otras categorías de condición igualmente parcial para el sujeto, que resultan problemáticas para el sistema del lenguaje capitalista (entendida aquí como codificación de la violencia estructural) tanto como fecundas: nos referimos al goce y el objeto a. Por un lado suele haber cierto consenso entre autores al ubicar en el concepto de goce una experiencia de satisfacción dolorosa en el sujeto; en una misma proporción semejante, también se suele ver en el goce la parte más mórbida del sujeto, pues esa satisfacción gozosa del dolor evoca la satisfacción parcial de la pulsión de muerte.

Cuando el goce es puesto en relación con la violencia estructural, se suele destacar el carácter tortuoso de la experiencia gozosa que implica padecer las violencias estructurales. Las violencias estructurales padecidas por los sujetos, suelen ser relacionadas con experiencias con este concepto debido al carácter gozante del gran Otro. Se trata de un entrelazamiento de dos goces diferentes. Si bien el psicoanálisis lacaniano podría reconocer que el goce humano se halla presente en todos los sujetos, independiente del momento histórico específico en el que se encuentre.

Lo importante viene cuando esa experiencia gozosa inherente a la humanidad es sacada de ese hipotético estado abstracto (ahistórico) y se opta por incluir en toda reflexión en la que se aborde el goce del sujeto, lo trascendental de considerar el momento histórico junto con todas sus vicisitudes que ello representa, desplazando así el estado abstracto del goce del sujeto en dirección hasta el gran Otro. La ligazón del goce real de la experiencia del sujeto con el goce abstracto del gran Otro se halla determinado por la trama histórica del capitalismo y, por tanto, mediada por la violencia estructural.

Reconocer la participación de la violencia estructural en la experiencia gozosa del sujeto no es indicativa de una preconcepción que supla la narrativa del sujeto sobre su experiencia gozosa. Por el contrario, este señalamiento se limita a proponer una articulación entre la inabarcable e intrasmisible experiencia de goce del sujeto que incluye un carácter denunciatorio de la abstracta satisfacción gozosa del Otro, provista por las violencias estructurales que despliega.

La vinculación inextricable entre el goce del Otro y la experiencia de goce del sujeto, parece convocar en el psicoanálisis una mayor profundidad así como un mayor robustecimiento de su capacidad crítica, denunciatoria y activista. No considerar la satisfacción gozosa del capitalismo y su participación a través de las violencias que despliega en su estructura simbólica, impediría potenciar esfuerzos encaminados al análisis de la imbricada participación del capitalismo en las experiencias dolorosas del sujeto, así como un desinterés por el activismo que pugne por combatir la estructura.

El psicoanálisis reconoce que el sujeto vive en la estructura simbólica a través de pulsantes combinatorias significante que se deslizan metonímicamente, encadenando elementos diferenciales, donde irremediabilmente, los encadenamientos significantes padecen represión que se sintomatiza en sustituciones metafóricas, escamoteando el significante objeto de represión que es sintomáticamente sustituido por otro significante que toma su lugar en la estructura. Esta vivencia del sujeto en la estructura simbólica que el psicoanálisis reconoce, no deja de lado la vivencia corporal del sujeto que vive en el corpus del lenguaje capitalista.

El capitalismo y sus correlativas violencias estructurales (estructura que goza de la explotación de la vida) son el sustrato en el cual tanto el cuerpo del sujeto y sus combinatorias significantes tienen su gozosa existencia. La relación gozosa del gran Otro (violencia estructural) constituyente de la experiencia gozosa del sujeto (combinatoria significante y cuerpo), es algo que Lacan (1972) en el seminario “Aún” (XX), aborda explícitamente en las siguientes líneas:

Gozar tiene la propiedad fundamental de que sea, en suma, el cuerpo de uno el que goza de la parte del cuerpo del Otro. Pero esa parte goza también, lo que place al Otro más o menos, pero el hecho es que no lo deja indiferente. (p.33)

La relación del goce del Otro y el goce del sujeto al ser vinculados, permite a los análisis críticos evitar la mirada parcelaria que divide la experiencia de goce del sujeto como independiente al goce del capital. Esto evita en el psicoanálisis crítico la psicologización del goce del sujeto, al vincular el dolor gozoso del sujeto con la satisfacción gozosa del Capital.

Esta interrelación entre el goce del sujeto inseparable del goce del capital no implica cancelar la negatividad propia de la concepción del sujeto del psicoanálisis lacaniano. Sabemos desde el psicoanálisis freudiano que la vida por sí misma implica irremediabilmente experiencias dolorosas, incluso en aquellas que se muestran más

placenteras. Esta ambivalencia suscitada en la experiencia humana, no es capaz por sí misma de dar por sentado el tipo de narrativa que el sujeto podría construir de sus experiencias.

De la misma manera, señalar las condiciones de la violencia estructural no cancela lo necesario de la enunciación de la singular verdad del sujeto que logre atravesar los espejismos de la ideología, para advertir la relación que existe entre su goce y su particular experiencia de ocupar un lugar en la estructura del lenguaje. Estructura que como ya vimos, según los diferentes autores, no es una simple estructura ecuánime, sino que su lógica simbólica esta fraguada por la violencia económica, patriarcal, racial y colonial.

Esta interrelación entre el goce del sujeto y el goce del Otro se anuda para Dunker (2015), a través de la concepción lacaniana del síntoma. Tal como ya hemos visto, el síntoma es una metáfora que implica una permutación de significantes, cuyo intercambio entre significantes obedece a una lógica de represión de la verdad y enunciación del saber. La represión es ejercida sobre el significante que ubicaría al lenguaje como causa del goce del sujeto. Esta verdad al padecer la represión sufre una sintomática sustitución significativa en la cual la verdad es permutada por los significantes ordenados por el saber del lenguaje.

El malestar de los sujetos en el capitalismo está íntimamente relacionado con la represión de los significantes que enunciarían el verdadero lugar que ocupan las violencias estructurales con respecto del sufrimiento subjetivo. De esta manera, los distintos saberes del capitalismo estarían apuntalando no sólo a ocupar ideológicamente los lugares de la verdad, sino también a ser el medio, a través del cual, se ejercen las violencias estructurales causantes del sufrimiento subjetivo. Saberes entre los que se incluyen no sólo los académicos tal como podría ser el médico, psiquiátrico y psicológico, sino también los saberes de cultura popular más contemporáneos del capitalismo que utilizan plataformas digitales y que han logrado mayor capacidad de difusión y permeabilidad masificada.

Tanto los saberes académicos como los de la cultura popular contemporánea comparten el mismo principio: ocupar sintomáticamente el lugar de la verdad para lograr y mantener las violencias estructurales causa del sufrimiento. En otras palabras podría decirse que la enunciación de la verdad, a través de las cadenas significantes, revelaría la responsabilidad que tiene la violencia estructural (explotación del trabajo, la opresión cultural, la violencia patriarcal y la violencia racial y colonial) en las distintas expresiones singulares que a su manera dan cuenta del malestar cultural generalizado.

El malestar anuda sintomáticamente la satisfacción gozosa del capital, al transformar la vida en capital, con el goce inherente a la experiencia humana situada en el momento histórico del capitalismo. La fijación que tiene el capitalismo por la explotación de la vida del sujeto es algo que en las reflexiones críticas del psicoanálisis aquí revisadas ha convocado la concepción lacaniana del objeto a.

En este sentido, comencemos por asentar que la violencia estructural obtiene en gran medida toda su fuerza gracias al objeto a. A este respecto, tal y como el psicoanálisis lacaniano lo concibe, el objeto a es un real causa del deseo del sujeto, concepción que es reflexionada en las diversas propuestas críticas aquí revisadas de una manera vigente y muy original. Sin embargo, aquí nos enfocamos en posibles convergencias entre autores que tienden a vincular dicha concepción con un par de aspectos de la violencia estructural.

El primero está asociado a la compulsión consumista en la que el sujeto encuentra su ubicación opresiva en la estructura que le es ofrecida por la estructura misma. Esta posición opresiva que involucra encontrar en las mercancías una empobrecida movilización del deseo del sujeto, sobrellevada gracias a la identificación imaginaria del sujeto con el capitalismo. Esta forma de concebir el deseo del sujeto está relacionada con la violencia estructural, ya que busca que el deseo del sujeto encuentre su camino hacia objetos fetichizados.

La relación de la violencia estructural con el objeto a se basa en su fetichización que encuentra relación con la concepción galtungiana de la violencia estructural y sus cuatro elementos. En lo que refiere a la *penetración* intersubjetiva, se pretende que los objetos mercantiles del capitalismo se presentan como semblante de objeto causa del deseo. Este primer elemento estructural descansa en la ideología de consumo instaurada por la clase dominante.

Este asecho ideológico capitalista que apuntala los semblantes de objeto a, requieren también del elemento estructural de la *segmentación*. Los sujetos no podrían distinguir la presencia del plus-valor en los objetos mercantiles del capitalismo. El sujeto sólo podría sentir el efecto de atracción de los objetos fetichizantes debido a que usurpan el lugar del semblante del objeto a, sin necesariamente hacer consciencia de que el poder de atracción de las mercancías deben su poder al vestigio de vida que hay en ellas, vida en la que se padece la explotación estructural generadora del plus-valor.

El rastro de la explotación de la vida humana que se encuentra en las mercancías, y que se presenta como plus-valor, se debe a la presencia del trabajo humano. Esta presencia excluye la posibilidad de una vida libre de violencia estructural. El elemento estructural de la *marginación* de la violencia estructural no pretende dejar por fuera de la explotación el trabajo humano, sino que se excluye toda posibilidad de vivir la vida al margen de la explotación estructural.

Esta marginación basada en la explotación que no deja fuera la vida de la cual vive la estructura, busca en su lugar, excluir a los sujetos respecto de los beneficios que obtiene la estructura producto de su trabajo. Esta imposibilidad estructural excluyente de los sujetos para el goce del fruto de su trabajo, inaugura la imposibilidad del sujeto para vivir al margen de la explotación estructural. La explotación de la vida para producir mercancías en el mercado capitalista cristaliza, en todas las mercancías, la presencia de la explotación en la medida en que dialécticamente, representa la falta de vida emancipada de la explotación estructural.

La condición de falta de vida emancipada de la violencia estructural moviliza en el sujeto el deseo por cualquier objeto producido por el trabajo humano presentado como una mercancía para el consumo. Esta cualidad de la mercancía para presentarse como semblante de objeto a, no debe su facilidad a su capacidad evocativa de la ideología del consumismo, sino a su cualidad para evidenciar la condición simbólica de las mercancías reveladora de la presencia de la ausencia de una vida emancipada de la violencia estructural.

En este sentido, la concepción de la mercancía leída a través de la puesta en relación con la del objeto a, condensa el entrecruzamiento de semblantes imaginarios y simbólicos que taponean una real pérdida en el sujeto. Esta pérdida consecuentemente, reactiva la falta (deseo por la vida que se ostenta en las mercancías) de la vida en el sujeto por haber sido privada de ella por el capitalismo al explotarla.

En otras palabras, es a través de la concepción psicoanalítica del objeto a, que se permite ver en las mercancías un objeto inmanente al trabajo humano situado en el capitalismo, y por ello se distingue el entrelazamiento de los revestimientos ideológicos del consumismo, así como la condición simbólica que anuda los efectos del goce del gran Otro por la explotación de la vida y el padecimiento de la pérdida de la vida del sujeto debido a su explotación, y finalmente, la real presencia de la vida perdida por haberla empleado como fuerza de trabajo

que se diferencia de la fuerza colectiva para la preservación de la vida colaborativa y proactiva en favor de todos.

Es de resaltar lo prolífico de las reflexiones de conceptos psicoanalíticos, así como sus posibles alcances que representa enlazar una concepción constitutiva de algo tan singular de la experiencia del sujeto, como lo es el objeto a, con el provecho que el sistema simbólico logra a través del consumismo, pero que enfáticamente se nos revela que el objeto a es un vestigio de la vida que fue transformada en un plus-valor. La condición del sujeto dividido del psicoanálisis en el capitalismo es aprovechada al interpelar la mitad del sujeto alienada al deseo del Otro, para extraer de él la fuerza necesaria para su propia dominación. De esta manera, las fuerzas beligerantes de la estructura simbólicas del capitalismo son obtenidas de las fuerzas reales del sujeto a través de la opresión de su trabajo que se explica por la concepción marxista del plus-valor.

Este conjunto de semblantes imaginarios y simbólicos anudados a lo real, configuran posibilidades para reflexionar la concepción del objeto a con alcances para pensar no solamente en la alienación del deseo del sujeto al deseo del gran Otro, sino también para aperturar posibilidades para luchar contra el capital. En este sentido, es importante precisar que a pesar de que afortunadamente el objeto a ha inspirado una importante cantidad de trabajos críticos, la mayor profundidad de reflexión y de mayor elaboración teórico formal nos la ha dado el marxismo lacaniano de Pavón-Cuéllar y la perspectiva crítica de Parker. En este sentido, se remarca también que dichos trabajos son determinantes para la exploración de los posibles vínculos entre la concepción del objeto a y la violencia estructural, pues sin ellos no habría sido posible en absoluto dicha revisión y exploración entre ambas concepciones.

CONCLUSIONES

En este trabajo, hemos revisado diversas perspectivas de autores que analizan la violencia desde una perspectiva estructural. Si bien estas perspectivas son vastas, amplias y a menudo contrastantes, seleccionamos aquellos trabajos que vinculan la concepción de la violencia estructural con la concepción lacaniana del sujeto.

Tras la revisión realizada, se pueden identificar elementos y fundamentos clave relacionados con la violencia estructural. Por un lado, se abordaron las condiciones que conforman los diferentes elementos que componen la naturaleza de la violencia estructural. Por otro lado, también se exploraron los principios que guían y ordenan la maquinaria de la violencia estructural, según diversos autores.

Es notorio que los diferentes trabajos aquí citados reflexionan el conjunto de elementos y principios de la violencia estructural a través de interesantes discusiones no sólo dentro del campo de los conceptos del psicoanálisis lacaniano, sino también son incluidas en la discusión corrientes de la filosofía, tal como es el caso del marxismo y el anarquismo, así como la teoría crítica, la sociología y el feminismo. Vemos así que la concepción de la violencia estructural ofrecida por el sociólogo Galtung como punto de partida inicial es problematizada, profundizada, enriquecida y cuestionada psicoanalíticamente. Lo anterior provoca también que haya cambios importantes en el nivel conceptual en las reflexiones propuestas por los autores revisados.

La violencia estructural al ser reflexionada psicoanalíticamente por los diferentes autores ha dado pie a un enriquecimiento a la concepción de la violencia estructural que no se limita a dicha concepción sino que también se la capacidad crítica se ve expandida en conceptos provenientes del psicoanálisis lacaniano.

Tras el recorrido hecho en el presente trabajo, se muestran a continuación de manera global algunas de las principales elaboraciones conceptuales recogidas de los diversos trabajos en los que nos hemos enfocado. Cabe destacar que dichos conceptos se presentan a partir de los puntos que, a consideración del presente trabajo, podrían ser de consenso en pro de favorecer posibles puntos de acuerdo sobre la violencia estructural, tras previamente haber

atravesado las necesarias discusiones en las que se resaltó lo divergente que resultan los diferentes trabajos entre sí.

Lo primero que habría que comenzar por destacar se refiere a los elementos y sus principios de la violencia estructural que guían y ponen en marcha. En lo que refiere a los principios de la violencia estructural podríamos iniciar afirmando que todos los autores coinciden en afirmar que la violencia estructural es parte correlativa al capitalismo, y más precisamente se trata del despliegue del trabajo en marcha del capitalismo. Por tanto, el principal principio que rige, ordena, y permite actuar a la violencia estructural es la explotación de la vida.

En este sentido, no hemos rebasado lo ya denunciado por la crítica marxista, sino que en todo caso, se ha hecho por redescubrir la vigencia y actualidad de ese mismo espectro crítico a través de la actual concepción de la violencia estructural. Es decir, la violencia estructural representa la manera en que el capitalismo pone en práctica sus principios beligerantes. Este accionar de la violencia estructural originada por el capitalismo tiene diversas consecuencias, que en su conjunto forman los principios de la violencia estructural:

1. La violencia estructural se manifiesta a través del lenguaje, que no se limita a la mera comunicación, sino que se extiende hasta la extimidad lacaniana y busca explotar la vida humana a través de la fuerza trabajo. Todo lo que no puede ser comprendido por el lenguaje de la violencia estructural es reducido a un objeto de comprensión como recurso signifiante. Por ejemplo, las formas de organización social que podrían surgir en el socialismo o el comunismo no son consideradas relevantes porque la vida humana no puede ser explotada como recurso humano. Lo mismo ocurre con la preservación de la flora, la fauna y el medio ambiente natural, que sólo son valorados en tanto recursos explotables por el capitalismo. Todo aquello que está fuera del alcance de la comprensión del lenguaje de la violencia estructural es absorbido como parte de su estructura. Esta visión limitada y utilitaria del mundo del capitalismo y su correlativa violencia estructural no tiene en cuenta la vida humana y el medio ambiente como entidades valiosas e independientes a la explotación capitalista, sino que son considerados únicamente como recursos explotables.

2. La explotación del todo como elemento fundamental del capitalismo y principio fundamental de la violencia estructural se presenta como elemento excluido, ajeno, no reconocido, en la articulación del discurso ideológico capitalista. El lenguaje del capitalismo y su inherente violencia estructural, pasa por desapercibida en tanto violenta para su normalización. Por ello, la violencia en el capitalismo adquiere un estatuto ominoso, puesto que su presencia no sólo le es familiar, sino fundamental, empero gracias a la consciencia del discurso ideológico se le reconoce ajena y extraño.
3. La violencia estructural, como principio fundamental del capitalismo, se sostiene en la explotación del todo y requiere de la violencia directa para garantizar su funcionamiento. Sin embargo, cuando la violencia de la explotación no se cumple o resiste a su cumplimiento (lo que Galtung llama violencia indirecta), se activa el dispositivo de la violencia franca y directa, lo que desvela la cara menos opaca del capitalismo. Es importante señalar que la violencia indirecta resulta aún más letal que la violencia directa, tal y como lo han demostrado no solo Galtung, sino también los autores lacanianos aquí citados. Esta violencia mantiene a las personas en condiciones de pobreza extrema, hambruna, sobreexplotación y desprotección total o parcial de servicios médicos. Además, la proliferación de enfermedades crónicas ligadas a malos hábitos alimenticios fomentados por empresas para su enriquecimiento, así como la venta desregulada de productos que potencialmente desarrollan una propensión a distintas formas de cáncer, son solo algunos ejemplos de la letalidad de la violencia indirecta.
4. La violencia estructural posee una condición subjetivante, de ahí que la explotación pase a tener una participación directa o indirecta en las relaciones transindividuales. El principio de la explotación capitalista produce lugares simbólicos que los sujetos deben ocupar para poder desempeñarse en sus relaciones intersignificantes. La explotación como forma de violencia estructural interpela a los sujetos a través del discurso alienante para ser parte del lenguaje capitalista como significantes que representan la vida explotada dedicada a la producción del plus-valor. Esta condición subjetivante convierte a todo lo comprendido por ella en una empresa bajo su principio de explotación: gobiernos,

empresas transnacionales, empresas pequeñas y familiares, sindicatos, asociaciones civiles, organizaciones no gubernamentales, universidades, etc.

La violencia estructural tiene una visión delirante que garantiza su expansión y permanencia: la creencia de que todo lo existente es objeto de invasión y apropiación para su explotación. Estados Unidos es un ejemplo claro de esta lógica: su poder se ha construido a través de la violenta explotación de recursos y la dominación de otros países. Esta lógica del capital, que depende de la eficiencia de la violencia estructural, tiene graves consecuencias, como la pobreza extrema, la hambruna, la explotación laboral, la falta de acceso a servicios médicos, la proliferación de enfermedades crónicas, entre otras.

5. La explotación en el capitalismo se basa en la transducción, en la que la fuerza vital de los sujetos se transforma en fuerza beligerante para que la violencia estructural se despliegue como estructura subjetivante, tomando la forma de ideología y oprimiendo el cuerpo a través del trabajo proletario. Esta fuerza beligerante se ejerce contra todo sujeto en la estructura del capitalismo, pero se dirige principalmente hacia el sector proletario. Además, los dueños del capital también son afectados, ya que su vida se reduce a la explotación del trabajo proletario.

La violencia estructural no se enfoca en un sector en particular, sino que opera bajo el principio de reducir la vida humana o el goce pulsional del mórbido capital sin posibilidad de mediación de lo incierto, revelador, particular y poder creativo del deseo. En otras palabras, la violencia estructural es omnipresente y afecta a todos los sujetos en la estructura capitalista.

Estos principios de la violencia estructural dan origen a los elementos que logran dichos principios. Cabe mencionar que en la bibliografía consultada no existe un consenso que unifique un determinado número de elementos que en su conjunto conformarían la violencia estructural, sino que aquí se presentan los elementos recogidos de diferentes trabajos citados:

1. Podríamos comenzar retomando el elemento que más prevalencia tiene en los trabajos citados, y es que la violencia de la estructura capitalista es representada como un lenguaje. Esta estructura ordena los espacios simbólicos que en sociedad capitalista los sujetos deben ocupar. Los sujetos son significantes para el lenguaje,

por tanto son los sujetos que ocupan un determinado lugar significativo en la estructura del lenguaje. Esta estructura del lenguaje es en sí misma la violencia estructural, en tanto que todo aquello que ocurra en el seno de la sociedad capitalista sería el lugar del Otro. Todo aquello que cualquier sujeto piense en su privacidad, sienta o experimente, al momento de ser expresado, dicho, hecho, trabajado o ignorado, se hace en el lugar del Otro de la violencia estructural. Se habrá trabajado en pro de ella, o bien se habría dejado de trabajar permitiendo que su operación siga. En este punto, la estructura se comporta como un todo que reclama como propio cada elemento irreductiblemente diferente como parte de su discurso, por ello, la violencia estructural respecto de cualquier sujeto, es también un plano que representa para el sujeto la posibilidad de trabajar para ella o por el contrario combatir contra ella.

2. El gran Otro simbólico es tanto la estructura del lenguaje como el sujeto histórico. No sólo es la maquinaria que explota a los sujetos en el momento histórico capitalista, sino que también es el resultado acumulado de las experiencias de los sujetos, sus aprendizajes, los lazos simbólicos tejidos entre ellos, los saberes formalizados y transmitidos a través de generaciones, la memoria colectiva y todo aquello que permite a los sujetos tomar una posición histórica y luchar contra las opresiones de la violencia estructural. En este sentido, los sujetos no sólo son la fuerza de expresión del discurso capitalista, sino que también son los protagonistas de la lucha contra él, haciendo uso de la memoria histórica y colectiva para tomar acción efectiva y transformar las determinaciones que los mantienen oprimidos.
3. El poder del significativo destaca en la violencia estructural por su capacidad de interpelar a los sujetos y colocarlos en un lugar alienado dentro de la estructura, donde solo se reconoce a aquellos sujetos que se alienan a los significantes del lenguaje capitalista. En el capitalismo, lo que importa es la transformación de la vida en fuerza de trabajo, y la representación de esa fuerza de trabajo es lo que da origen al plus-valor. Es decir, el significativo capitalista se convierte en el medio a través del cual se extrae la plusvalía, y los sujetos son obligados a ocupar un lugar subjetivo determinado por el significativo para poder tener acceso a los medios de subsistencia. De esta manera, el poder del significativo se convierte en una

herramienta clave para mantener el sistema capitalista en funcionamiento y perpetuar la violencia estructural.

4. La presencia del racismo, el machismo y el clasismo son elementos fundamentales para el mantenimiento y funcionamiento de la violencia estructural. Actualmente, estos discursos no se manifiestan de manera abierta, sino que se han vuelto más sutiles y regulados a nivel institucional, ideológico y social. En lugar de ser abiertamente expresados, se han normalizado y velado, lo que dificulta su detección y combate. La presencia estructural de estas formas de discriminación tiene un impacto profundo y duradero en la sociedad, contribuyendo a la exclusión y la desigualdad en diversos ámbitos.
5. La ideología es la consciencia del Otro, en consonancia con sus intereses y propósitos, y dedicada a satisfacer su goce pulsional. Se presenta como una estructura discursiva subjetivante que interpela a los sujetos a través de significantes que ocupan en la estructura sin que sean plenamente conscientes de ello. La estructura ideológica ofrece semblantes de identificación que conforman el discurso del yo, proporcionando apoyo al sujeto y su malestar. Estos semblantes para el yo se comportan como la topología freudiana en el sentido de que el yo no es necesariamente consciente de lo que puede o no reconocer, y están ahí para tapar su falta en lo real del malestar. En el capitalismo, el yo cumple la función de permitir al sujeto reconocerse en lo que le es ajeno: su consciencia, su historia, sus condiciones reales de vida, en su discurso. No hay una representación del deseo del sujeto en el discurso del yo, porque el discurso del yo enuncia el discurso del Otro que para Lacan define al inconsciente.
6. El plus-valor y el saber desempeñan un papel clave en la violencia estructural. El marxismo ha denunciado la explotación que se sostiene en el plus-valor. El saber, por su parte, está desconectado de la verdad del sujeto, y se enfoca en producir plus-valor sin tener en cuenta las condiciones reales de los sujetos y sus entornos. Este tipo de saber se dedica a la reproducción de las condiciones de existencia capitalistas, en las cuales el plus-valor se impone como la única forma de sostenimiento del capitalismo.

El saber se apropia de los discursos de los sujetos para seguir reproduciendo estas condiciones. El Otro del lenguaje determina lo que el sujeto puede y debe saber, incluso sin su reconocimiento. En este sentido, el saber del Otro es parte de su consciencia, de la cual el sujeto no es consciente. La violencia estructural se basa en la explotación del plus-valor y el saber que no tienen en cuenta la verdad del sujeto ni las condiciones reales de vida de los sujetos.

7. El malestar estructural se origina en la violencia estructural, la cual se sustenta en la acumulación de capitales a través del plus-valor. Todo el diseño de la estructura está pensado para el bienestar del capitalismo, aunque esto signifique el malestar de los sujetos. El enriquecimiento capitalista, la expansión del mercado, la desregulación, la política pública a favor de los capitales, entre otros aspectos, provocan malestar en los sujetos por la pobreza, la falta de atención médica, la falta de políticas que protejan a los trabajadores, la falta de seguridad laboral, la falta de educación gratuita y de calidad, la devastación del medio ambiente, la falta de espacios de recreación, la falta de viviendas dignas, la falta de una producción alimentaria que fomente la verdadera nutrición, entre otras condiciones reales de existencia. A pesar de que la ideología trata de tapar estos aspectos, el sujeto sigue experimentando un malestar sintomático. El sujeto no deja de decir la verdad sobre la violencia estructural de alguna manera, lo cual provoca un redoblamiento del elemento ideológico de la estructura. Aquí es donde aparece un interés especial de los dispositivos psi del sistema, dedicados a señalar al sujeto como único responsable de su sufrimiento.
8. Los elementos de la violencia estructural como el poder de la opresión, la represión y la dominación impregna todos los aspectos de la sociedad contemporánea, desde los gobiernos y sus políticas hasta las legislaciones constitucionales, los dispositivos mediáticos, el aparato represivo, los medios de producción y las fuentes de empleo. La opresión del trabajo, la represión de los aparatos de la fuerza pública, la censura y la represión de las ideas revolucionarias, así como la limitación de la libre expresión y su complejo y diverso despliegue en la cultura, los medios de comunicación y las escuelas, constituyen la dominación que rige

nuestra sociedad. En este contexto, la opresión, la represión y la dominación son los mecanismos que perpetúan la violencia estructural en la que vivimos.

En cuanto a la concepción del sujeto en relación a la violencia estructural, podríamos resumir que se trata de una concepción que incluye la división del sujeto, pues por un lado, el sujeto es quien con su capacidad enunciativa puede darle vida al Otro del lenguaje, esta capacidad enunciativa implica como hemos visto la sujeción del deseo del sujeto al deseo del gran Otro, esta alienación del sujeto al gran Otro da una continuidad subjetiva con la violencia estructural (extimidad) y al mismo tiempo que su límite. El sujeto es también el infranqueable límite de la violencia estructural, por su singularidad, su deseo, su historia, su experiencia pulsional y gozosa, la enunciación de su verdad y su particular ubicación en la estructura del lenguaje, son asuntos que irreductiblemente le conciernen al sujeto sin que el gran Otro pueda reclamar en forma alguna.

Lo anterior no deja de ser problemático para las miradas psicoanalíticas retomadas en este trabajo, pues a pesar de que la violencia estructural mantiene una lejana distancia con la formula lacaniana del sujeto representado en el plano simbólico por un significante para otro significante, no obstante, en los distintos trabajos se reconoce que la irreductible negatividad de la concepción lacaniana del sujeto no cancela las determinaciones estructurales subyacentes, pues el propio Lacan, en diferentes momentos de su enseñanza, no dejó de insistir en que el sujeto es un efecto de las determinaciones de la estructura simbólica.

De esta manera, se reconoce la singularidad que la categoría del sujeto representa, al tiempo que los diversos trabajos no se limitan en ello y reconocen que todo aquello que el sujeto pueda enunciar, lo enuncia en el lugar del Otro, se enuncia en la estructura. Esto implica que a pesar de la negatividad del sujeto, este también es la fuerza del capital, la fuerza desde la cual nutre su violencia. Es la fuerza personalizada que al otorgarla como mano de obra a través del significante fuerza de trabajo, el Otro despersonaliza la fuerza del sujeto para ocuparla como un recurso de dominación, opresión y represión.

En este punto, vale la pena precisar que la dignidad de la categoría de sujeto impone al gran Otro no sólo el encuentro con su inexpugnable límite, sino también con su fin. El sujeto no sólo es la representación del deseo del gran Otro en la enunciación de su propio deseo, no sólo es un cuerpo que trabaja como proletario, no sólo es una identificación ideológica a la cual el imaginario del sujeto aliena su identidad, no sólo es una fuerza enunciativa de los

enunciados de la batería significante que representa el gran Otro, todas estas determinaciones no aniquilan la dignidad del sujeto lacaniano a la que todos los trabajos aquí citados rescatan, pues en la concepción del sujeto se destaca su indeterminación a priori de su capacidad enunciativa, y en contraste se reconoce una infinita capacidad de combinatoria significante, la enunciación de la verdad del sujeto respecto del sistema simbólico capitalista, la permanente contingencia del sujeto para el encuentro con el acontecimiento, la capacidad de transformación del sujeto expresada en la vicisitud de la experiencia de lo imposible del goce para ver a posteriori en ella una posibilidad contingente de vínculo con los otros a través del discurso.

TRABAJOS CITADOS

- Alemán, J. (2014). *En la frontera: sujeto y capitalismo*. Barcelona: Gedisa.
- Arruzza, C. (3 de Julio de 2016). *Reflexiones sobre el género. ¿Cuál es la relación entre el patriarcado y el capitalismo? se reabre el debate*. Obtenido de Sin permiso:
<https://www.sinpermiso.info/textos/reflexiones-sobre-el-genero-cual-es-la-relacion-entre-el-patriarcado-y-el-capitalismo-se-reabre-el>
- Bakunin, M. (22 de 08 de 2015). *Socialismo sin Estado: Anarquismo*. Obtenido de Proyecto espartaco: <http://www.espartaco.cjb.net>
- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- Buzzatti, G., & Salvo, A. (2001). *El cuerpo-palabra de las mujeres: los vínculos ocultos en el cuerpo y los afectos*. Madrid: Ediciones cátedra.
- Cappelletti, Á. (2010). *La ideología anarquista*. Barcelona: El grillo libertario.
- Dolgoft, S. (2017). *La anarquía según Bakunin*. Barcelona: Ariel.
- Dunker, C. (2015). *Malestar, sufrimiento y síntoma: una psicología de Brasil entre muros*. Sao Pualo : Biotempo.
- Dunker, C. (2019). El Discurso del Capitalista: espectros de Marx en Milán. *Teoría y Crítica de la Psicología, Volumen 13*, 108-130. Obtenido de <https://teocripsi.com/ojs/index.php/TCP/article/view/282>
- Fanon, F. (2009). *Piel negra, máscaras blancas*. Madrid: Akal.
- Flax, J. (1995). *Psicoanálisis y feminismo. Pensamientos fragmentarios*. Madrid: Ediciones cátedra.
- Foucault, M. (2009). *Vigilar y castigar: el nacimiento de la prisión*. Ciudad de México: Siglo XXI.

- Freire , P. (22 de 08 de 2018). *Pedagogía del oprimido*. Ciudad de México: Siglo XXI.
- Freud, S. (2011). *Yo y el ello y otras obras. (2a ed., Vol. 19)*. Buenos Aires: Amorortu.
- Freud, S. (2012). *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. Trabajos sobre metapsicología y otras obras. (2a ed., Vol. 14)*. Buenos Aires: Amorortu.
- Galtung, J. (2003). *Violencia cultural*. Obtenido de Gernika Gogoratuz. Centro de investigación por la paz: <https://www.gernikagogoratuz.org>
- Han, B.-C. (2013). *Topología de la violencia*. Titivillus.
- Hobbes , T. (2 de julio de 2016). *Leviatán. O la meteria, forma y poder de una república eclesiástica y civil*. Ciudad de México: FCE.
- Irigaray, L. (1993). *Una ética de la diferencia sexual*. Londres: Continuum.
- Irigaray, L. (2007). *Espéculo de la otra mujer* . Madrid: Akal.
- Kohan, N. (27 de enero de 2015). El fetichismo de la mercancía y su secreto. (E. d. cuadros, Entrevistador)
- Kropotkin, P. (20005). *La conquista del pan* . Bueno Aires: Utopia libertaria .
- Lacan, J. (1953-1954/2001). *Seminario I: Los escritos técnicos de Freud*. Buenos Aires-Barcelona: Paidós.
- Lacan, J. (1955-1956/2009). *Seminario III: Las psicosis. Clase IV*. Buenos Aires-Barcelona-Ciudad de México: Paidós.
- Lacan, J. (1958/2015). *Seminario VI. El deseo y su interpretación*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1964-1965). *Seminario XII Problemas cruciales para el psicoanálisis*. Obtenido de Staferla: <http://staferla.free.fr>
- Lacan, J. (1966-1967/2008). *Seminario XIV: La lógica del fantasma*. Obtenido de Escuela Freudiana de Buenos Aires : <https://e-diccionesjustine-elp.net/wp-content/uploads/2020/05/Lógica-del-fantasma.pdf>

- Lacan, J. (1968-1969/2008). *Seminario XVI: De un Otro al otro*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1970/2008). *Seminario XVII: El reverso del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1971-1972). *Seminario XIX...o peor*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1972-1973/2008). *Seminario XX: Aún*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1974). Entrevista a Jacques Lacan. (E. Granzotto, Entrevistador)
- Lacan, J. (4 de 10 de 1975). *Conferencia en Ginebra sobre el síntoma*. Obtenido de lacanerafreudiana :
<https://lacanerafreudiana.com.ar/2.5.1.25%20%20%20%20CONFERENCIA%20E%20GINEBRA%20SOBRE%20EL%20SINTOMA,%201975.pdf>
- Lacan, J. (2005). *Escritos II*. Ciudad de México: Siglo XXI.
- Laclau, E. (2012). *Debates y combates: por un horizonte de la política*. Ciudad de México: FCE.
- Lenin, V. I. (22 de 08 de 2015). *Obras escogidas. Tomo III*. Obtenido de Bolchetvo :
<http://bolchetvo.blogspot.com>
- Lorde, A. (2017). Edad, raza, clase y sexo: mujeres redefiniendo la diferencia. En I. Parker, & D. Pavón-Cuéllar, *Marxismo, psicología y psicoanálisis*. Ciudad de México: Gedisa.
- Marx, K. (2008). *El capital. Crítica de la economía política. El proceso de producción de capital I*. Ciudad de México: Siglo XXI.
- Marx, K., & Engels, F. (2017). *Manifiesto del partido comunista*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Méndez, N., & Vallota, A. (2006). Una perspectiva anarquista de la autogestión. *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, Vol. 12, núm. 1, 59-72.

- Mignolo, W. D. (2000). *La colonialidad a lo largo y a lo ancho: el hemisferio occidental en el horizonte colonial*. Buenos Aires: CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Mignolo, W. D. (2007). *La idea de América Latina*. Barcelona: Gedisa.
- Mitchell, J. (1974). La revolución cultural. En I. Parker, & D. Pavón-Cuéllar, *Marxismo, psicología y psicoanálisis*. (págs. 499-507). Ciudad de México: Paradiso.
- Neil, C. (01 de 06 de 2013). *Breaking the text: An introduction to Lacanian discourse analysis*. Obtenido de Researchgate:
<https://www.researchgate.net/publication/258190629>
- Neill, C. (2011). *Lacanian Ethics and the Assumption of Subjectivity*. Chippenham y Eastbourne: Palgrave Macmillan.
- Neill, C. (01 de 2014). *'The Evil I Retreat from In Myself: Nationalism and das Ding' in Auestad, L. (ed.) Psychoanalysis and Politics: Nationalism and the Body Politic*. Obtenido de Researchgate: <https://www.researchgate.net/publication/274632683>
- Parker, I., & Pavón-Cuéllar, D. (2021). *Psicoanálisis y revolución. Psicología crítica para movimientos de liberación*. Santiago de Chile: Polvora.
- Pavón-Cuéllar, D. (2010). Capitalismo y psicoanálisis la crisis económica y una crítica marxista-lacanianiana de la economía. *Psikeba*.
- Pavón-Cuéllar, D. (2014). *Elementos políticos de marxismo lacaniano*. Ciudad de México: Paradiso editores.
- Pavón-Cuéllar, D. (2019). Plusvalor, plus-de-gozar y plus-de-privación. *Teoría y Crítica de la Psicología*, vol. 13, 132-148.
<https://www.teocripsi.com/ojs/index.php/TCP/article/view/257>.

- Pavón-Cuéllar, D., & Lara Junior, N. (2016). *De la pulsión de muerte a la representación de estado: Marxismo y psicoanálisis ante la violencia estructural del capitalismo*. Ciudad de México: Porrúa.
- Proudhon, P. (2005). *¿Qué es la propiedad? Investigaciones sobre el principio del derecho y el gobierno*. Buenos Aires: Utopía Libertaria.
- Quijano, A. (2014). *Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina*. Buenos Aires: Clacso.
- Safatle, V. (2018). *Patologias do social, Arqueologias do sofrimento psíquico*. Río de Janeiro : Belo Horizonte .
- Tubert, S. (2003). Psicoanálisis y feminidad. En M. L. Saal, *La bella (in)diferencia*. Ciudad de México: Siglo XXI editores.
- Woods, A. (2011). Prologo. En k. Marx, & F. Engels, *Manifiesto del partido comunista*. Ciudad de México: Centro de Estudios Socialistas Carlos Marx.
- Žižek, S. (2001). *El sublime objeto de la ideología* . Ciudad de México: Siglo XXI.